

# SERGIO DEL MOLINO

## La mirada de los peces



Lectulandia

En 2016, Sergio del Molino no se sorprendió cuando el que había sido su profesor de filosofía del instituto, el activista **Antonio Aramayona**, le dijo que iba a suicidarse.

*La mirada de los peces* empieza como un libro sobre este carismático maestro, defensor a ultranza de la educación pública, el laicismo y el derecho a una muerte digna, para convertirse enseguida en un diálogo con el pasado y la memoria del propio autor, que recuerda una adolescencia cargada de rabia, ruido y violencia en el barrio pobre de Zaragoza del que siempre planeó fugarse.

En este diálogo «entre el pasado y el presente escrito desde una primera persona en la que muchos lectores podrán poner la suya propia», Sergio del Molino explora la culpa por abandonar a quienes nos enseñaron a mirar el mundo, las primeras traiciones y decepciones y los límites siempre grises entre la rebeldía y la complicidad con lo abyecto, volviendo siempre a la figura de un profesor «coherente hasta lo inverosímil» que accionó los resortes de unos jóvenes que buscaban su propia naturaleza.

**Lectulandia**

Sergio del Molino

# **La mirada de los peces**

ePub r1.0

Titivillus 30.07.18

Título original: *La mirada de los peces*

Sergio del Molino, 2017

Diseño de cubierta: Sara Morante

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Haced como yo, no me imitéis.

JACQUES LACAN

Crecí en una casa comunista, de un comunismo ambiental y sin carnet que glorificaba la educación y las buenas notas. Mi madre votó no a la OTAN en el ochenta y seis y mi abuelo era de Carrillo, aunque para entonces ni el propio Carrillo fuera de Carrillo. No te puedo dejar nada, decía mi madre, lo único que tengo para tu futuro es que estudies. Es la escuela pública, es el instituto público. Se decía con orgullo, eso de público, y se abominaba de curas y de monjas y del internado de Sigüenza donde encerraron a mi padre. Mi madre sólo estudió secretariado cuando las secretarias aún se llamaban secretarias, en un instituto público del Retiro. Años después, cuando yo vivía en Madrid, me pidió que buscara su título. Nunca lo había recogido y llevaba cinco lustros en un archivador. Subí la Cuesta de Moyano y entré en aquel edificio luminoso y racionalista, pegado al observatorio astronómico, todo siglo XVIII, y maldije a aquellos estudiantes que parecían mucho más felices que mis antiguos compañeros de clase. Aquí no se aburren, me dije. Cuando se escapan a fumar porros, se los fuman a la sombra del Ángel Caído o mientras roban libros en la cuesta. Yo fumaba porros en un portal frente al Riojano, una bodega que vendía litronas a los niños de quince años. Pensaba que el aburrimiento escolar era una cosa inevitable sufrida por todo el mundo, pero mientras esperaba en aquel mostrador a que me diesen el título de secretariado, sospeché que no todos los aburrimientos eran iguales.

Nos aburríamos. Me atrevo a usar la primera persona del plural e incluir a todos porque cada vez que levantaba la vista encontraba la misma viscosidad legañosa, las mismas espaldas retorcidas, los mismos intentos desesperados por no bostezar y caer muertos sobre las mesas. También se aburrían los profesores, ninguno de los cuales parecía querer estar sobre aquella tarima desgastada por los bordes, bajo el retrato de un rey también aburrido, captado por el fotógrafo en el instante que antecede al bostezo. Todo en el aula se preguntaba, desde las ocho y media de la mañana hasta las dos de la tarde: ¿me puedo ir ya? La pregunta tenía algo de retórico, porque marcharse tampoco solucionaba gran cosa. ¿Irse adónde? A comer pipas a un banco, al Riojano, a fumar a los futbolines. A deambular entre el cierzo con las manos en los bolsillos por el Parque Mercurio o la calle Zaragoza la Vieja. A encerrarse en el cuarto con el último disco de Iron Maiden.

Tenía dieciséis años y ya no me grababa casetes, compraba los discos. No tantos como Mauri, que había empezado un negocio prometedor de compraventa de hachís que le reportaba muchos beneficios, pero algunos sí me compraba. Fui de los primeros en hacerme con *The X Factor*, el acontecimiento heavy de la temporada, el primer disco de Iron Maiden sin el cantante Bruce Dickinson, que se había hartado del heavy comercial y experimentaba con otras notas más distorsionadas y difíciles. Estábamos ansiosos por oír al nuevo vocalista, Blaze Bayley, que parecía un gordo

cabrón, el típico inglés playero al borde del infarto. Escuché el disco de principio a fin y en su orden, con ritual, exigiendo no ser molestado durante la ceremonia. Era un disco raro desde la portada, que no era un dibujo, sino un montaje informático con colores apagados. Las canciones eran largas y también oscuras. Y la voz. Ay, la voz. Plana, arrastrada, sin una sola nota alta, sin nada que se pareciese a la amplitud vocal prodigiosa de Bruce. *The X Factor*, lo supimos hacia la segunda canción, era una mierda. Gustó a quienes estaban cansados de Iron Maiden y no se atrevían a escuchar a Radiohead, pero decepcionó a millones de chicos de barrio aburridos que sólo querían otro disco de Iron Maiden para berrear los estribillos y que no entendían esos simbolismos de tercera y ese ser o no ser de echadora de cartas.

El aburrimiento te convierte en Sísifo. Subes tu piedra maldiciendo la subida, pero no consientes que nadie te la cambie por otra cosa. Quieres tu maldita piedra, con su mismo peso y su misma textura de granito. Achica los horizontes de una persona, limita su mundo, dale lo mismo cada día a la misma hora. En unos años, rechazará todo lo que altere esa rutina que en verdad detesta, como se detesta a sí mismo. Antonio Aramayona sabía que llegaba a un instituto aburrido de un barrio aburrido, lleno de alumnos aburridísimos aleccionados por profesores para quienes él era el nuevo disco de Iron Maiden con su nuevo cantante.

Parecía inofensivo con sus gafas, su muleta, su coche adaptado, sus camisas como compradas al peso y su pelo teñido de un negro oscuro, sin una sola cana a la vista. Un interino más, una pieza móvil de ese mecano de profesores que no han ganado una oposición y sirve para que los que sí la han ganado puedan tener hijos, cogerse sabáticos, presentarse a cargos electos y pedir bajas por depresión sin que el aburrimiento cotidiano de los centros escolares se resienta. Son caballos de refresco del aburrimiento, y de ellos sólo se espera que mantengan a los alumnos bien aburridos, hasta que regrese el aburridor oficial.

Venía de otro instituto, en un barrio parecido y aledaño al nuestro, y le precedía una cierta fama de escandaloso, grano en el culo y carne de inspección ministerial. Sus alumnos, claro, le adoraban. Pronto los conoceríamos, nos haríamos amigos y crearíamos una especie de fraternidad interinstitucional. Yo, que me enamoraba de todas, me enamoré también de una de las otras, pero aún era pronto para eso. De momento, sólo se sabía que venía de otro instituto y que un grupo de adolescentes lo despidió llorando. Creo que eso era lo que no le perdonaban sus compañeros, la fascinación casi filial que despertaba en ciertos estudiantes. Y creo, también, que eso fue lo que nos llamó la atención al principio: un profesor que hablaba de sus otros alumnos como si fuesen sobrinos o hijastros que quería que conociéramos. Sabíamos que esta fraternidad incomodaba al resto del claustro, que el sistema no lo aprobaba, como los ganaderos no aprueban los cruces entre granjas vecinas y rivales, y eso nos excitó, porque a los chicos de barrio aburridos nos dejaban fríos las novedades en sí mismas, pero éramos muy sensibles a los dinamiteros.

Todos habíamos visto *El club de los poetas muertos*, era una de esas películas que

echaban los sábados por la tarde. Oh, capitán, mi capitán. Robin Williams como caricatura de los profesores enrollados. El maestro enseñaba a sus alumnos a explorar las cunetas del camino que habían diseñado para ellos. Contra lo burgués, contra la familia autoritaria y poderosa. Pero Antonio no era Robin Williams, no venía a enseñarnos a gozar de la poesía para que no nos ahogásemos en un futuro ministerial o de coronel sin suerte en la batalla de Borodino. Al revés. Venía a decirnos que nosotros también podíamos ser héroes de Borodino, que nuestro sitio no tenía que estar en el Riojano ni en los futbolines. No enseñaba los placeres de la transgresión poética porque ese barrio de nombre de santo obrero vivía en la transgresión poética. ¿Defraudar las aspiraciones de honradez y ascenso por el trabajo y el sacrificio? Rober, Mauri, Andrea, Asteres y unos cuantos más ya sabían que la belleza de una estrofa de canción bien valía una vida. No tenían que convencernos de que emborracharnos a las cuatro de la tarde era mejor que estudiar cualquier examen. Estábamos hechos de carpe diem. Antonio venía a hacer algo mucho más peligroso: dilatar el tiempo y el espacio, inocularnos una conciencia de poder, convencernos de que podíamos sostener el mango de la sartén y no freírnos en ella con resignación de calamares. Pocos se dieron cuenta, confundidos por la retórica del club de los poetas muertos, de que Antonio había venido a hacer de nosotros unos terroristas.



1  
NIEBLA

Hay luz en casa del Rafa, y tal vez sea su madre quien siga en aquel salón, más de veinte años después, cenando a solas un plato recalentado en el microondas. Doy por hecho que su marido borracho ya no está, que murió o volvió a Galicia, porque los maridos borrachos mueren o vuelven a Galicia, no se mantienen eternos como maridos borrachos. Éste era flaco, de piel fina pegada al hueso, de los que salen del bar a la misma hora a gritar los mismos gritos. Previsible, como cualquier borracho crónico. Es lo único bueno que tienen, que sabes a qué atenerte con ellos. Recuerdo a aquella mujer, madre del Rafa y el Fredy, y la forma en que se colocaba el vestido al sentarse en el bordillo y le pedía un cigarro a su hijo menor. Joder, cómo pasan los años, decía. Si hace nada era yo la que fumaba ahí en la acera, no en esa acera, en nuestro pueblo. Qué mierda, no tenéis ni puta idea, me cago en dios, ni puta idea, decía, y la forma de susurrar y el acento gallego subrayaban la violencia de las palabras en vez de sofocarla. Me cago en su puta madre, decía muy suave, si hubiera sabido a los veinte lo que sé hoy. Y daba una calada larga antes de aplastar el cigarro contra el bordillo. Miraba el reloj, se ponía de pie y se recolocaba el vestido. Tu padre está al caer, le decía al Rafa, no tardes, que ya sabes cómo se pone. Que sí, coño, decía el hijo, y ella se fundía en negro en el portal, confirmando el lugar común entre la pandilla de que era una madre follable.

Casi todos los padres repetían eso de que desearían haber sabido a los veinte lo que sabían a los cuarenta. Cuando se formaba un corrillo, el adagio no tardaba en ser pronunciado, que veinte años no es nada, qué febril la mirada y que hace veinte años que tengo veinte años. Daban por sobreentendido ese conocimiento misterioso que se les revelaba como zarza ardiente a los cuarenta, inútil ya. Sospechábamos que tenía que ver con nosotros, sus hijos. Sobre todo cuando añadían, mirándonos con ternura ovina, que no se arrepentían de nada y que volverían a hacerlo todo exactamente igual. Qué mentirosos, con esas caras de moto nueva y pasión turca que ponían. Se sentían malvividos, pero no se atrevían a concretar el arrepentimiento, no fuera a abrirse la espita de un divorcio. Se contenía en aquel suspiro genérico, parte del catálogo de banalidades que se intercambian en los ascensores y las puertas de los colegios. Parece que refresca, son todos unos ladrones, este equipo no vale ni para una pachanga y si hubiéramos sabido a los veinte lo que sabemos hoy. Luego enumeraban algunos fracasos, nunca graves. Lamentaban, qué sé yo, haber dejado la orquesta con la que recorrían las fiestas de los pueblos. El padre de Mauri hablaba de una carrera deportiva abortada: yo era una promesa en los filiales del Zaragoza, decía, y citaba a futbolistas famosos que jugaron con él en los campos de patatas, como quien recita alineaciones de finales de mundial. A la hora de cenar, San José olía a fritanga y a vidas no vividas. En cada ventana, una estrella del rock, un delantero

centro campeón de Europa o el ganador de un Oscar compartían con su familia un plato de empanadillas ultracongeladas.

La madre del Rafa era la única que sonaba grave al suspirar el tópico. No lamentaba no haber cruzado en moto el Sáhara o no haber sido corista de los Rolling Stones. En su inflexión, en la forma de aplastar el cigarro contra el bordillo y en cómo se recolocaba el vestido al ponerse de pie y fundirse en negro en el portal, había un conocimiento que nos estremecía. Aquella mujer sabía algo verdadero, pero nadie se atrevía a preguntárselo ni se debatía a sus espaldas. El Rafa podía partirte la cara si mencionabas a su madre, y el Rafa era cosa seria: su hermano controlaba casi todo el costo que entraba en aquella parte del barrio.

¿Qué sé yo ahora que no supiese a los veinte? Poco, y nada que me sirviera hace veinte años, que me ayudase a decidir mejor o tan siquiera a comportarme con algo más de elegancia. En veinte años sólo he aprendido a fingir y a disimular, pero se me sigue escapando qué sabía la madre del Rafa, y reprimo las ganas de llamar al timbre y preguntárselo, si es que es la madre del Rafa la que está cenando bajo esa bombilla de bajo consumo. La siento ahí, como siento de pronto el barrio en la niebla que baja y el frío de diciembre.

En la cuesta me encuentro con mi hermano, que acaba de aparcar. Va a ver a mi madre. Ahí tienes a tu sobrino, le digo, porque vengo de dejar a Daniel con sus abuelos. ¿Dónde vas hoy? Arriba, señalo, a nuestro instituto. No jodas, ¿a qué? Me han invitado a dar una charla a los alumnos de bachillerato y a los profes, ¿te vienes? No puedo, pero te llamo más tarde, qué fuerte, ¿no? Luego me cuentas si había gente conocida, estarán todos viejísimos.

Creen que acepté de inmediato. Qué buena disposición, qué generoso, qué maravilla, con la agenda tan complicada que tienes. Pero no es cierto: me lo pensé. Ya estaba escribiendo estos cuadernos, ya había muerto Antonio y llevaba un tiempo escarbando en los descampados de San José. Volver al instituto como ex alumno pseudoilustre, inspirador, orgullo de un barrio sin orgullo, me sonaba inverosímil, casi peor que una reunión de antiguos alumnos con ponche y reina del baile y bola de espejos en el gimnasio. Háblanos de tu último libro, me escribió el director, y no se me ocurre qué puede interesar a un chico de diecisiete años de un libro como el mío. Me sé impertinente, paternal, agresivo, soberbio y gordo. No sé por qué acepto. ¿Vanidad? Sin duda. Vanidad y rencor. Presumir de lo bien que me va todo, como un pazguato de película americana. Pastoral española, me voy diciendo al remontar la cuesta, recordando la novela de Roth. Soy un judío de Newark y la cuesta es el túnel de Nueva Jersey. Vengo de Manhattan, con un gabán recién comprado y un jersey de cachemira que habría hecho trizas a los diecisiete años si mi madre me lo hubiese comprado. ¿Me he vestido así por casualidad, porque es como me visto a diario, o he puesto algún énfasis? Sólo me falta Cris del brazo, para enseñarle orgulloso la cuesta y la entrada. Orgulloso de no haber pasado por allí en veinte años.

Los patios enormes, anejos a las vías y las huertas, perfectos para el trapicheo. La

verja penitenciaria, las canchas oscuras en la tarde nocturna de invierno. Nadie por ningún sitio. En la puerta principal todo me parece pequeño. El instituto, como algunos adultos a los que pierdes la pista y reencuentras en tu adultez, ha encogido. ¿Cómo entraba por esas puertas? Reconozco más o menos el interior. El zaguán está lleno de murales con los típicos motivos de exaltación democrática y solidaria de cualquier instituto público, sólo ha cambiado la factura. Nosotros los hacíamos con cartulina y tijeras, y ahora todo está impreso y diseñado con programas. Pasa, Sergio, me dice el director, un hombre nervioso y amable, en los cincuenta y pico, con el pelo un poco largo e indumentaria hippie matizada por el funcionariado. Tenemos alguna sorpresa para ti, pero luego te la damos. Vamos a buscarte en las orlas, ¿en qué año terminaste? Hice la selectividad en el noventa y siete. Ajá, tendrías que estar aquí. No estaré, no te molestes. Hombre, que sí, ¿cómo no vas a estar? ¿Por la de o por la eme? Por cualquiera. A ver... Pues va a ser verdad que no estás. ¿Seguro que era el año noventa y siete? Segurísimo, éstos son mis compañeros, los reconozco, pero faltan también algunos de mis amigos. Joder, ¿y por qué no estás? No me digas que nos falta el ex alumno ilustre. Tampoco veo a Asteres, ni a Andrea, ni a los que me importan. Pero, vamos a ver, ¿qué pasó?, me dice. Pues supongo que boicoteamos la orla, digo, que la idea nos pareció cursi, americana, burguesa, de derechas. Seguro que fue eso, nos pareció de derechas, y con diecisiete años no hacíamos nada que pareciese de derechas. No como ahora, pienso, que llevo un gabán de derechas y un jersey de derechas y unas zapatillas que parecen informales pero podrían ser de derechas. Voy mucho más de derechas que el director del instituto, pero eso es normal. Cualquiera parece de derechas junto al director de un instituto público, porque la izquierda-izquierda de España se compone de directores de institutos públicos. Por eso saca tan pocos votos, la izquierda-izquierda, porque no hay tantos directores de institutos públicos. De derechas, ¿no?, dice el director, y por un instante creo que se refiere a mí. La orla, dice, y yo respondo sí, claro, la orla era de derechas. Se ríe. Tenemos una cosa donde sí saliste con foto, luego te la enseñamos.

Subimos al salón de actos y todo parece igual que hace veinte años. Mejor, de hecho. No hay nada roto. Antes todo estaba destrozado porque lo rompíamos constantemente. Sí, erais mucho más vándalos y violentos, pero eso se acabó hace años, me dice un profesor, y me extraña, porque el apocalipsis diario de la prensa insiste en que los institutos públicos son zonas de guerra donde reinan unos *condottieri* que abusan de todo el mundo. Qué va, me dice el profesor, vosotros erais muchísimo más bestias y duros. Ya nadie rompe un extintor ni una cristalera ni una mesa. En mis tiempos, digo, y digo mis tiempos, en plural, como el viejo de derechas que soy, arrancábamos las puertas de sus marcos, desatornillábamos las patas de las sillas, rajábamos con navajas las paredes, pintábamos en la pizarra con tóxex y sacábamos los listones de la tarima. Una vez nos obligaron a pagar el cristal de una manguera contraincendios que hicimos añicos y nos pusimos de acuerdo para llevar el importe en monedas de una peseta. Eran veinte mil, se llenó una bolsa de basura.

No había presupuesto ni tiempo para arreglar todo lo que destrozábamos. Y el acoso era atroz. El profesor asiente: y más grave que el de ahora. Sí, entonces no salía en los periódicos y no se debatía en los consejos escolares, y quizá por eso era peor, porque ningún ojo lo controlaba. Había un chico afeminado al que teníamos loco. Digo teníamos, porque, aunque yo no participaba en primera línea, consentía con mi silencio y me reía, porque reírse significaba que no me lo estaban haciendo a mí. Tirábamos sus cosas por la ventana. La mochila, los cuadernos, todo. Y cuando bajaba al patio a por ello, le arrojábamos proyectiles desde la clase. Borradores, tizas y, cuando la broma se desmadró, sillas, cajones, tablones de corcho. Como en un motín carcelario. El chico esquivaba la lluvia de objetos y contenía las lágrimas mientras recogía. Eso sucedía a diario, y casi nunca llamaba la atención de los profesores, que andaban oportunamente encerrados en el claustro, tomando café y subiendo el volumen de la tele para no oír nuestro alboroto. Sois mayores, decían. Apaños. Ya no son tan salvajes como vosotros, me dice el profesor. En general, son muy buenos chicos. Los problemas son otros. De integración, de pobreza. En fin, ya sabes, pero el vandalismo no existe como en tus tiempos.

Me siento en el escenario del salón, junto al director. Ahora viene la sorpresa, dice. Sergio del Molino empezó su carrera literaria aquí, como vosotros. Ay, digo, porque recuerdo de pronto que es cierto. El año de COU gané el concurso que organizaban los profesores de literatura. A mi lado se sienta una alumna con la intención de leer el texto que escribí entonces. Es la ganadora del concurso de este año. Tu sucesora, dicen. Pobre, le digo, ¿por qué te hacen esto? El relato se titula «La bruma», y yo pienso en la obsesión que tenía con silencios y fenómenos meteorológicos. El aprendiz de escritor es alguien pendiente del cielo, como si de las lluvias o los vendavales dependiesen los resultados de su trabajo. Los titubeos de muchos autores están llenos de partes del tiempo, con gotas que golpean ventanas y vientos que arrastran desgracias. O brumas y nieblas fantasmagóricas que, en mi caso, servían para no tener que dibujar un mundo del que lo desconocía todo. ¿Qué rodea a los personajes? Bruma, una bruma móvil que les acompaña en su viaje hacia el norte, hacia el exilio. Porque mis primeros personajes corrían siempre hacia el exilio. Escapaban de un franquismo que se parecía al Burgos de la película *Amantes*, de Vicente Aranda. Los comienzos de la carrera literaria de Sergio del Molino, anuncia el director, y esos comienzos estaban asfixiados de adjetivos y lugares comunes. No es que me avergüence. Escribir aquello no fue lo peor que hice a los diecisiete. Incluso no está del todo mal para haberlo escrito un idiota que no tenía más mundo que los descampados del barrio de San José, pero no estoy yo. Como sucede con casi todos los que empiezan a escribir, la voz se pierde entre macetas y jardineras. Sólo se ve a un paleta vestido de gala que esconde el único atributo literario que puede sonar interesante: que es un paleta con un traje que le viene grande y que le pica.

¿Paro ya?, me pregunta la alumna. El texto es muy largo y hace mucho que el

público ha dejado de prestarle atención. Sí, claro, muchísimas gracias. Se levanta y me quedo solo en el escenario. ¿Qué voy a hacer? ¿En serio voy a hablar de mi libro a estos alumnos que parecen tan educados? Pienso en lo que me ha dicho el director en el despacho: es muy importante para nosotros que venga gente como tú. Ya ves cómo es esto, los problemas que tenemos, la cantidad de alumnos inmigrantes. Qué te voy a contar sobre el barrio. Que vean a un escritor que ha salido de aquí, que ha sido como ellos, es importantísimo. Si lo es, me pregunto, no puedo pasarme la hora siguiente hablando de un libro que les da igual. Pienso en contar la historia del coche del Garcés, cómo lo desguazamos e incumplimos la promesa de reunirnos para montarlo de nuevo. Pienso en hablar de Antonio. Fijaos, les diría, en este mismo lugar sucedió lo de los falsos nazis. ¿No habéis oído hablar del festival que reventaron los falsos nazis de Antonio Aramayona? ¿Cómo no aparece en los anales del instituto? Yo estaba allí, y señalaría a mi izquierda, donde sigue estando el control de sonido y de las luces. Fue hace más de veinte años. Joder, me digo y me repito: fue hace más de veinte años, y ese joder suena fuerte en mi cabeza, un joder definitivo y viejo.

Empiezo hablando de *American Beauty*. Lester, el protagonista, describe a su hija como la típica adolescente: malhumorada, irascible, etcétera. Me gustaría decirle que se le pasará, pero no quiero mentirle. No os suena la peli, pregunto. *American Beauty*, repito. Caras de no saber de qué hablo. Algunos niegan educadamente con la cabeza. Claro, digo, si es del noventa y ocho o del noventa y nueve, no habrías nacido. Ni siquiera se conocían vuestros padres. Los pierdo. De mi boca sale un monstruo senil y condescendiente que está a punto de lamentar no haber sabido a los veinte etcétera. Tengo que recuperarlos, quitarme toda la autoridad de cátedra que me está cubriendo de polvo y tiza. Improviso un par de chistes hasta que consigo hacerles reír. La comunicación humana no existe hasta que el otro se ríe. Cuando tengo que hablar en inglés en público, dudo de ser comprendido hasta que el auditorio se ríe de un chiste. Ojalá estuviera hablando en inglés, me digo. Los públicos son más compasivos con alguien que habla inglés si no es su lengua materna. Les hablo del barrio y desarmo la nostalgia. Sé que la gente se queja del hoy. Sé de la añoranza chovinista de un barrio español donde los únicos extranjeros eran los gitanos, pero el barrio era mucho peor entonces, les digo. Estaba lleno de descampados, las vías al descubierto, bancos rotos donde nos sentábamos a comer pipas. No había kebabs ni tasquitas peruanas. El restaurante que hay aquí al lado y que ahora tiene una estrella Michelin era una taberna de mugre. Vivís en un barrio mejor. Y pienso: también sois mejores que nosotros. No hay más que veros. Sobre todo, a los negros y a los que tienen rasgos árabes y del Este de Europa. ¿Cómo no vais a ser mejores? Con ese castellano tan bueno que habláis, con vuestra forma de reír. No nos reíamos así entonces, y eso creo que lo estoy pensando mientras cuento, por fin, historias de mi vida como periodista y de por qué y cómo me hice escritor, mentiras blandas que no consigo creerme. Soy escritor porque soy muy vago, les digo, y se ríen. Es verdad, les digo, la gente

esforzada no se hace escritora. Somos vagos y no tenemos ni idea de qué va el mundo, y para cuando descubrimos que esta vida exige mucho trabajo ya es tarde. Somos escritores y no nos queda más remedio que levantarnos a las seis de la mañana a llenar cuadernos de palabras antes de despertar a nuestros hijos para llevarlos al colegio. Digo cosas así, y otras peores, pero sólo me fijo en lo bien que se ríen. Se ríen mejor que nosotros. No recuerdo que nos riéramos así. Éramos muy serios, muy conscientes, muy suicidas y trágicos. No aprendí a reírme hasta que no gané mi primer sueldo.

Firmo unos cuantos ejemplares, me hago unas fotos, estrecho unas pocas manos, y cuando salgo, cargado con una copia enmarcada de la primera página de aquel relato con el que gané el concurso, donde se reproducía una foto mía tamaño carnet con el pelo muy largo y la piel finísima, no me doy cuenta de que no he mencionado a Antonio, aunque he pensado mucho en él. He visto durante una hora lo que él veía desde la tarima. He visto su adicción, el poder de la ironía, la gratitud de quienes están acostumbrados a la homilía y al tropo paternal cuando se les habla como adultos. ¿Están listos para ser terroristas? Antonio Aramayona podría hacer de ellos un buen comando. O tal vez no, porque se ríen demasiado. Les falta un sentimiento trágico de la vida, y quizá también el aburrimiento. Nosotros nos sentábamos como los aburridos que éramos, con la espalda arqueada, derrumbados en las sillas. Ellos se sientan bien y atienden con educación, ya he dicho que son mejores. No se lo digo a ellos porque no me creerían.

Salgo cargado en busca del coche cuando la niebla se cierra. La bruma de mi cuento me envuelve veinte años después. Bajo la cuesta convencido de que al final de ella estará el año 1996. La avenida será otra vez una lengua de tierra húmeda y la tienda de Trofeos Pódium tendrá el escaparate iluminado junto a su solar, tomado otra vez por esa familia gitana con gallinas y el pastor alemán que se las comía. Estaremos fumando los mismos porros en el mismo banco, condenados a veinte años de aburrimiento, sin tomar Manhattan ni Berlín porque ambos están protegidos bajo la niebla.

En aquel tiempo me fascinaban dos cosas: los años setenta y Nueva York. John Carpenter combinaba ambas en algunas pelis, y mi favorita era *Asalto a la comisaría del distrito 13*. Aunque había otra, de 1980, que no iba de Nueva York pero que sin duda plagué cuando escribí mis cuentos sobre nieblas: *The Fog*. El título era unívoco, una niebla viene del mar y cubre poco a poco un pueblo costero. De la nube salen unas criaturas que van matando a la gente. Leprosos del pasado, espíritus errantes que develan el origen ominoso del lugar. Me atrajo la idea de una niebla asesina y descubrí que había varias. *Killer fogs*, se llaman. La más famosa es la que cubrió Londres en diciembre de 1952 y que probablemente inspiró el guión de Carpenter. También la llaman el *Great Smog*. Llegó un noviembre muy frío, en la posguerra asmática, y los londinenses quemaron mucho más carbón del habitual. Un carbón pésimo, que desprendía al aire un humo negro que se quedó suspendido sobre las

calles. No se veía a más de un metro, los coches circulaban con un peatón delante que les marcaba el paso, los trenes se pararon y la gente murió a puñados. Unos ocho mil pacientes con problemas respiratorios, ancianos y niños cayeron en pocas semanas. Miles más enfermaron y murieron años después. Más de cien mil personas abarrotaron los hospitales.

No es la única niebla asesina del siglo xx. Desastres industriales, lluvias ácidas, incendios. Las nieblas asesinas han matado mucho en muchos sitios, pero mi bruma era sólo agua. Gotas que mojaban las aceras y los capós de los coches. Melancolías de lluvia tras los cristales. Mi bruma sólo mataba por depresión, porque la niebla del valle del Ebro puede durar semanas. A nadie le gustaba, y eso me permitía caminar más erguido, feliz, con una sonrisa insolente que me guardaba los días de sol. Vestía de negro, escuchaba heavy metal, leía libros argentinos. La niebla era el adorno romántico que necesitaba San José. Le sentaban bien el efecto *floou*, la mala luz y la insinuación.

Escuchaba el *Purple Haze* de Jimi Hendrix. Leía las desventuras de Dolores Haze, Dolores Niebla. También una novela de un señor aburrido que se titulaba *Niebla*. Niebla era un pueblo donde mi madre había sido feliz con un novio que la llevaba por toda Andalucía en moto, antes de que yo naciera. Mi madre también quería saber a los veinte lo que sabía a los cuarenta, para quedarse en Niebla con aquel novio motero y no tener que bajar al banco a buscar a su hijo neurótico adolescente cada vez que discutíamos y me marchaba dando un portazo. En tardes de niebla, sin atreverme a llegar a la estación donde los novios se despedían en andenes con niebla, como han estado siempre los andenes en las despedidas. Jimi Hendrix canta que una chica le ha echado un conjuro, porque la niebla es púrpura y está en su cabeza.

Nunca pasaba del banco frente al portal, donde me sentaba a esperar a que mi madre viniera a buscarme. Teníamos unas broncas bíblicas de portazos y amenazas, no recuerdo por qué. Por el tabaco, por una noticia sobre Palestina o por la sugerencia de que saliese de mi cuarto y me diera el aire. Lo que me enfurecía era el cómo, nunca el qué. Cuando seas padre, comerás huevos. Calla, niño. Tú qué sabrás. Una sonrisa, un suspiro, un ya lo entenderás, un ya cambiarás de opinión, un las cosas no son tan fáciles o un la vida da muchas vueltas y me encendía con una rabia incontrolable. Aún hoy me cuesta mantenerme sereno cuando alguien me da una palmada compasiva en la espalda. Sigo pensando que el paternalismo es una actitud abyecta, pero a los dieciséis años no conocía ningún método para esconder la rabia. Metía unas cuantas cosas en una bolsa de deporte, daba un portazo y esperaba en el banco a que mi madre viniese a buscarme. Cuando todo se había calmado y se ofrecía a deshacer mi hatillo de vagabundo, descubría que sólo había libros, un par de camisetas y calzoncillos. Se reía. ¿Adónde ibas con tanto libro?

A la estación del Portillo. Ése era mi plan. Pedir un café con leche en la cantina y preguntar por el siguiente tren a Madrid. Salía más caro que el autobús, mucho más



caro, pero la estación de los autobuses a Madrid era una cochera grasienta en el centro de la ciudad y yo aún no había escuchado a los Allman Brothers, esa canción que decía «and I was born in the back seat of a Greyhound Bus». De haberla conocido, me habría montado en uno de esos coches de línea de Enatcar, la Greyhound ibérica, que salían hacia Madrid con una puntualidad que nadie exige a ese medio de transporte, pero escapar en autobús me deprimía. Mi fugitivismo era esnob y necesitaba un tren. Sorbía el café con leche de la cantina ferroviaria que había junto a los andenes, me quemaba la lengua con él y maldecía su sabor a achicoria y a posos de cafetera sucia. Dejaba mi bolsa de deporte en la rejilla del equipaje, me acomodaba junto a una señora mayor de las que se encogen, retráctiles, al ver a un chico de pelo largo y camiseta de Iron Maiden, y abría cualquiera de los libros sin intención de leerlo. Todo eso sucedía en mi cabeza. Nunca llegué ni a la estación. Mi madre aparecía por el banco cuando el tren mental cruzaba Calatayud, y el café, de cafetera italiana de acero inoxidable, me lo tomaba en la cocina, desde donde oía silbar en las vías cercanas el tren que no cogí, y me consolaba pensando que en verdad no era ése, porque había salido del túnel y, por tanto, iba a Barcelona. Aún estaba a tiempo de coger el de Madrid. Siempre estaba a tiempo de coger el próximo a Madrid.

Por eso llenaba de niebla mis cuentos. Bruma, silencio, *boira*, como se decía en el aragonés de las montañas y en el catalán de mi infancia. Como un dibujante vago que difumina fondos para no perder el tiempo con los detalles. A menudo digo que la miopía es un punto de vista literario, y tal vez fueran mis ojos enfermos los que espesaban la niebla en aquellos textos. No veo bien a los lados. Todo es borroso sin gafas. Quizá escribía sin lentes, empeñado en no mirar el mundo, sintiéndolo asesino e invasor, puro *fog*. Quería que la niebla destruyese todo y que, al despejarse, abriera otro paisaje. Sin descampados, sin bancos, sin el Riojano y sin vías de tren.

2  
TERRORISTAS

Finalizar. Palabra horrible. Concluir, terminar, incluso clausurar. Acabar. Todas son mejores que ese alongamiento de fin, pero él dijo finalizar, y esto empieza con su voz. No quiero corregirle el verbo, por eso lo escribo tan pronto, cuando todavía suena en mi oído. Si espero unos días, pondré mi voz en la suya y haré literatura con sus palabras, y esto no va de hacer literatura, porque la literatura casi nunca consiste en hacer literatura. Si me pusiera estupendo, escribiría: me voy a matar. Hola, Sergio, te llamaba para decirte que me voy a matar. Así se dicen las cosas en las novelas. Los personajes no finalizan sus vidas, ni las acaban o las dan por concluidas. Los personajes se matan, ni siquiera se suicidan.

Llevaba semanas persiguiéndome, llamándome cuando no podía cogerlo y mandándome wasaps. Tengo que hablar contigo. Quiero tomar un café contigo. ¿Cuándo podemos vernos? Es muy importante. Pero yo siempre tenía algo que hacer. En estos días vivo entre viajes y entrevistas. Acabo de publicar un libro que ha funcionado muy bien y siento que todo me reclama, mis días se pierden en minucias y actos literarios. Ni siquiera encuentro minutos para lo que es importante para mí, escribir otro libro que me haga olvidar el anterior y me aleje de la tentación de corregirlo, ampliarlo o darle otras vidas. A la mierda, ya está escrito. A la mierda las erratas, los fallos, todo. Quiero hacer otro. Soy escritor, no reescritor. No debí hablar con él, habría sido tan fácil orillararlo entre tantos hilos sueltos. Ojalá se hubiese perdido en las pilas de libros y los correos que me olvido de contestar. Te llamo esta tarde, le escribí, y al llamarle me dijo ese verbo imposible. Sergio, voy a finalizar mi vida.

No sé nada de este hombre, me dijo Cris por la noche, creía que no era nada en tu vida, un recuerdo, y un recuerdo vago, y de pronto irrumpe así, no lo entiendo. Yo tampoco lo entendía, pero estaba obligado a fingir que sí. Discutimos. ¿Qué puedo hacer?, dije. No te puedes negar, dijo, os ha puesto en un dilema. La vida son dilemas, dije, no se puede pasar por la vida sin mancharte, la gente te roza, te influye, te contamina, exige cosas de ti, y hay que resolver los dilemas, no puedes inhibirte. Qué tontería, dijo, la gente que te quiere no te pone dilemas, nosotros no nos hacemos esas cosas, nuestros amigos no nos hacen eso, lo que pide es cruel. Bueno, dije, en realidad no lo pide él. Pero consiente, dijo, acepta, instiga, no le parece mal. Yo creo que él está a otras cosas, dije, que se va a matar, que va por ahí hablando de Shangri-La y tiene una fecha, se ha puesto una cuenta atrás. ¿Y no se puede hacer nada?, dijo. ¿Hacer qué?, dije. Qué sé yo, dijo, que no esté tan solo, que se sienta querido. No creo que la cosa sea tan sencilla, dije. Pero lo que no puede ser es que os pida eso, dijo, que te pida eso. No puedo negarme. Sí puedes, inténtalo, habla con Jon, di lo que te parece. Cris, cuando alguien te llama diciéndote que se va a matar, no le niegas

un favor. Esto no es una película, dijo, y este favor no es un favor.

Mi mujer y yo apenas discutimos, pero, cuando lo hacemos, casi siempre pierdo yo. Tropezco en mis propias frases, enrocado en una postura en la que no creo pero que mantengo porque me parece más noble. El sentido común de Cris suena mezquino cuando me acaloro. La veo como una matriarca que protege el clan de las amenazas del mundo, aunque para ello tenga que recurrir al crimen o a dejar que ese mundo insolente se rompa allí fuera. La llamo Lady Macbeth. Yo interpreto el papel de la moral. Finjo que hago lo correcto y estoy a la altura de las circunstancias, aunque las circunstancias inunden la casa con la familia dentro. Nos acostamos enfadados. No mucho, pero lo bastante para que me cueste dormir. Ella sabe que por la mañana le daré la razón, y yo sé que se la daré. Porque la tiene. Porque mi moralismo solemne sólo es una forma elemental e idiota de plantarme ante lo que no sé afrontar.

Haz lo que quieras, dijo Cris, pero a mí me parece una mierda. Yo no lo haría.

Recuerdo la despedida de tu hijo en el cementerio de Torrero, me dice Antonio. No había ataúd, ni cuerpo, ni siquiera una foto de Pablo porque no tuvimos tiempo de encargarnos que imprimieran una. Vino muchísima gente. Leí un papel que llevaba escrito. Lloré. Lloré mucho y pusimos un par de canciones. Antonio escribió en el periódico sobre aquel día. Me pidió permiso y se lo di, agradecido. Escribió sobre una de las canciones que sonaron, «California Stars». Le mandé un correo explicándole por qué era tan importante para nosotros. Es de Woody Guthrie, le dije. Guthrie tenía la enfermedad de Huntington, y al final de su vida no podía tocar la guitarra, esa que llevaba una pegatina con la leyenda «this machine kills fascists». Vivía encerrado con sus dolores en un apartamento de Mermaid Avenue, la avenida de la sirena, en Coney Island, al final de Brooklyn. Desde allí se ve el Atlántico, esa playa enorme que en invierno parece un vertedero industrial y en verano se llena de neoyorquinos blanquitos y gordos. Guthrie escribió letras de canciones sin música porque no podía tocar la guitarra. Canciones en las que se imaginaba casado con Ingrid Bergman o añorando algún amor de juventud desde su ventana, triste y solo. Dejó un baúl de poemas que fueron musicados y grabados muchos años después por un cantautor llamado Billy Bragg y un grupo llamado Wilco. Son tres discos titulados *Mermaid Avenue*, y en el primero está «California Stars». La escogí porque habla de descansar sobre un lecho de estrellas de California. Un enfermo sin esperanza encerrado en un apartamento de Coney Island sueña con volar y descansar su cabeza pesada en un cielo de California. La enfermedad convierte en extranjero todo el paisaje de la ventana, por eso sonó en la despedida de mi hijo, devorado por la leucemia, extranjero él mismo. Se lo conté a Antonio sin tanto detalle. No conocía a Guthrie, no sabía nada de su historia ni de su música. Se compró el disco. Lo escuchó. A veces, me dijo, pongo esa canción, «California Stars», y pienso en vosotros, en esa despedida.

Me doy cuenta al escribirlo de que Antonio tomó la decisión de matarse por aquellas fechas. Cuando vino al funeral o a la despedida o a lo que fuese de mi hijo, ya lo tenía todo decidido, y aquella ceremonia y aquella canción le dieron el escenario y la banda sonora. Cuando entró en esa sala (una simple capilla a la que habían quitado las cruces y los símbolos religiosos para halagar sensibilidades laicas como la nuestra) ya quería matarse. Puede que hubiese hablado con sus hijos y que le hubieran pedido una prórroga. Hace cinco años que tomé esta decisión, me dijo Antonio, he esperado sólo por mi hijo, porque me lo pidió.

¿Qué hicisteis después de la despedida de Pablo?, me pregunta. Fuimos al parque con unos amigos. Tomamos cerveza en una terraza de nombre ridículo, flandes y Fabiola. Nos reímos mucho con ese nombre, flandes y Fabiola. Luego comimos en

casa de esos amigos. Arroz. Creo que temían dejarnos solos. Recuerdo que hablé mucho y que me emborraché un poco y que volvimos a casa tarde y que dormí muchas horas porque llevaba un mes sin dormir. Antonio quiere saber qué hicimos tras despedir a nuestro hijo porque tiene un plan para los que asistan a su despedida. Quiere que tomen cerveza y vino en flandes y Fabiola y que alguien les invite a comer arroz.

Antonio se va a matar y están rodando una película sobre su muerte. Pasa sus últimas semanas haciendo de sí mismo, perorando, dando lecciones, invocando a Kant y su imperativo categórico. Antonio, no lo he dicho aún, se mueve por la ciudad en una silla de ruedas eléctrica. Hace años que va en ella, desde 2008, y lleva desde entonces bromeando. Mi vida va sobre ruedas. Ha escrito y dicho tantas veces el chiste que ya suena violento. Escribe un blog titulado *Diario de un perroflauta motorizado*. Antonio tiene una pierna amputada desde hace varias décadas. Cuando me daba clases en el instituto llevaba una pierna ortopédica y caminaba con una muleta. Ahora, en la silla, los nervios del muñón se necrosan y le dan pinchazos súbitos de dolor que calma con analgésicos potentes. Hace tiempo trabajó de voluntario en un centro de rehabilitación de toxicómanos. Allí, medio adoptó a un chaval que todos los viernes le preparaba un canuto de marihuana. Toma, le decía, para el finde. Y Antonio se lo fumaba en casa y dice que los parches que se pone para el dolor del muñón le pegan igual que aquellos porros, que son una maravilla, aunque él no ha sido nunca de drogarse ni un gran fumador. Antonio toma treinta y una pastillas al día, y no todas tienen efectos recreativos, la mayoría son para su insuficiencia cardíaca. Ha pasado unas cuantas veces por el quirófano. Ha estado a punto de morir sin ayuda en varias ocasiones, entre ellas, en un ictus. Le han abierto el pecho y manoseado el corazón, un corazón que late sin metrónomo. Se le ha apuntado un principio de Parkinson. No tiene setenta años aún, pero está casi roto.

¿Cómo está Antonio?, me pregunta Cris. Hecho un asco, le respondo. Aunque en realidad no tanto. No está postrado en un lecho de sábanas que huelen a orín, ni amorrado a un gotero de morfina. Puede ir por toda la ciudad con su silla de ruedas. Antonio escribe artículos, aunque se los censuren. Antes de contarme todo esto, cuando presenté mi último libro, me llamó para preguntar si la librería donde estaba programado el acto era accesible con silla de ruedas, porque quería asistir. Estaba orgulloso: quien me presentaba era la directora de cine Paula Ortiz, que también fue alumna suya. Dos ex alumnos en primera línea de la trinchera cultural. Él, que soñó con ser escritor y filósofo, se sentía en parte responsable de nuestros éxitos, y en parte lo era. Le dije que sí, que la librería no tenía escalones, y entonces me preguntó qué tenía que hacer para escribir artículos en el *Heraldo de Aragón*, donde yo colaboraba. Joder, le dije, ¿por qué quieres escribir en el *Heraldo*? Solía hacerlo en *El Periódico*, la competencia, pero le censuraron y se enfadó. Lo mismo le sucedió en *eldiario.es* y en otros medios. Antonio, le dije riéndome, es que ya te vale, siempre acabas forzando la censura, ¿crees que en el *Heraldo* va a ser distinto? Estás fatal. Se rió. Nos reímos. Busca periódicos donde seguir escribiendo, se enfada cuando en el *Huffington Post* retrasan la publicación de su última columna y hoy mismo (porque el

presente es el tiempo de escritura de este cuaderno) ha colgado una nueva entrada en su *Diario de un perroflauta motorizado*.

Hace unos días me llamó muy enfadado. Había grabado una escena con su cardiólogo, un señor del Opus Dei, según dice él, que quiere disuadirle. El tipo, dice, me pidió que anotara cada día tres cosas buenas que hubiese hecho. Ya he apuntado las de hoy: ducharme, salir a la calle y cagar. Lo de cagar lo voy a poner todos los días, porque es una cosa buenísima que me sienta genial. Me río. ¿No me crees capaz?, me pregunta en serio, como si fuera posible creerme lo de su suicidio pero no le creyese capaz de una travesura. Se enfada cuando piensa que no le tomo en serio.

Antonio está hecho un asco, pero no para el tiro de gracia ni en esa fase en que hasta la medicina se compadece del sufrimiento y consiente diluirlo en un gotero. Antonio es feliz, tiene amigos, conoce por el nombre a todas las camareras del barrio y despliega con ellas una cortesía coqueta e inocente que parece sacada de un cuadro de Arniches. ¿Qué va a tomar? Un bloody mary, responde. Y le ponen un café cortado, que es lo que le ponen siempre. Antonio tiene dos hijos que le quieren, dos ex mujeres con las que mantiene alguna cordialidad y dos nietos, uno de ellos recién nacido. Antonio se sabe en Shangri-La. Así lo dice, con esa querencia cursi que, le digo para pincharle, pone en peligro su ateísmo militante. Me responde que el misticismo no es incompatible con el ateísmo. Pero sí con Nietzsche, y Antonio es nietzscheano. Pero qué sé yo, también Nietzsche vio algo en Turín y se lo susurró a un caballo.

Te llamará Jon Sistiaga, dijo Antonio. Iba a escribir dijiste. He estado a punto de convertir este texto en una carta o en uno de esos discursos retóricos que se dirigen a los muertos como si los muertos fueran dioses. La segunda persona es un muelle que salta al enfadarnos. Así que te llamará Jon Sistiaga, me dijo, ¿conoces a Jon Sistiaga? No. Sé quién es, claro, un periodista famoso de la tele, uno de los que llevan el periodismo en la sangre, no como yo, que tengo una sangre tan pobre y oscura que no la quieren ni para transfusiones. Te llamará Jon Sistiaga para verte, me dijo, porque está terminando una película sobre mi muerte. No dijo mi muerte pero sí dijo película.

Quedo con él en el cafetín de la esquina de mi calle. Jon es bajito, nervioso y con esa habla apabullante y rústica propia de los vascos que me suena tan familiar, porque es el habla de algunos de mis amigos. Imagina la escena, me dice. Estáis cenando. Les hemos dicho a los ex alumnos que estamos rodando un documental sobre Antonio, como el tío excepcional que es. Estáis hablando de vuestras cosas y, de repente, bum, Antonio lo suelta. Cuando la cosa se calma, aparezco yo con los papeles. Digo: mirad, soy Jon Sistiaga, esto no es una broma. Habéis firmado un consentimiento para que os grabemos, pero yo ahora lo rompo (y hace el gesto de romper papeles, ras, ras) y quien quiera marcharse es libre, no saldrá en la película.

Le miro. Carraspeo. Busco las palabras para decirle que eso es una putada, pero sin usar el término putada. No quiero participar en una trampa, pero tampoco digo



eso. No me parece bien, Jon, le digo al fin, es muy injusto con ellos. Además, no sé qué aporta eso a tu documental. Como espectador lo digo. ¿No es todo bastante dramático ya? El resto de la gente que salimos en la peli estamos informados, ninguno vamos a una trampa para que graben nuestras reacciones. Parece que le convenzo. No sé.

Tengo aquí un botón, decía, y todos veíamos el botón imaginario. Estaba junto a su pierna ortopédica, rojo y con forma de seta, uno de esos botones de maquinaria industrial, de los que hacen sonar una alarma y luces intermitentes. Tengo aquí un botón, decía, y su mano lo sobrevolaba, silenciando el aula. Alguien reía en la última fila. Se oía una tos de atrezo, de las que hacen más silencioso el silencio. Bien, tengo aquí un botón, decía Antonio, sentado en la mesa, la pierna ortopédica colgando, la muleta apoyada en la silla. Cuando lo pulse, decía, seis millones de judíos morirán en el acto. ¿Os he dicho ya que soy Adolf Hitler? Pues me llamo Adolf Hitler, encantado de conocerlos. Como os decía, me dispongo a exterminar a seis millones de judíos. Como soy Adolf Hitler, me basta apretar esto para cargármelos, pero, ya que os veo preocupados, voy a concederles una oportunidad. Os doy cinco minutos para convencerme de que no lo haga, pero tenéis que usar un argumento irrefutable, no me vengáis con que está bien o mal porque para mí esto está muy bien, le estoy haciendo un favor al mundo al eliminar a todos estos judíos. Tampoco me digáis que es malo matar, porque a mí matar me parece muy bueno. No me vais a convencer con esas tonterías morales. Venga, cinco minutos. Convencedme o los mato.

Aquello era tercero de BUP. Éramos, por tanto, los listos del barrio, y habíamos visto muchas series de policías, sabíamos cómo negociar con secuestradores. Sería más fácil, era cierto, con un equipo de operaciones especiales apostado en el callejón, presto a abalanzarse sobre Hitler tan pronto se mostrase débil o distraído. Se acabó, Adolf, suelta ese botón, le diríamos antes de esposarle, la cabeza contra el suelo. Aquel Hitler con una pierna ortopédica era fácil de reducir. No harían falta más de dos buenos agentes, pero nadie hizo caso al que sugirió convencer a Hitler a hostias, que es como se convence a los dictadores. Menos aquí, dijo otro, que Franco murió en la cama. Y Hitler se suicidó, dijo otro. Yo no decía nada. Me sentía incapaz de dar un argumento porque pensaba que no lo había. Sin confesarlo, estaba con los de las series de policías, porque creía en la violencia mucho más que en las palabras. Era imposible no creer en la violencia viviendo en aquel barrio y en aquel año. Convencer a Hitler, qué idiotez. Dos buenas patadas en los huevos y en el estómago y se acababa el debate.

Tiempo. El golpe sobre la mesa nos sobresaltó. Ya están muertos. Seis millones de judíos. Me los he cargado. No habéis sabido convencerme. El silencio que siguió sonó a consternación sincera, como si nos doliese aquel holocausto de miércoles a segunda hora, antes del primer recreo. Qué cabrón, el cojo, me dijo alguien después en el pasillo. Te hace pensar, el tío este.



He derramado sin querer un poco de café sobre este cuaderno. No ha quedado mancha. Me inquieta que no quede mancha. Si muriese hoy, esa mancha de café sobre mis últimas palabras escritas sería un epitafio hermoso. Pero apenas ha quedado un leve olor.

Hoy Antonio ha colgado una nueva entrada en su *Diario de un perroflauta motorizado*. Trata sobre las elecciones. Confiesa que quiere votar, lo considera un deber y dice que se está leyendo los programas de los partidos con tanto detenimiento como escéptico tedio. Escribe:

Votaré con ilusión (en todos los sentidos de la palabra) la opción que considero menos mala con la esperanza de que en los próximos cuatro años se amortigüen los recortes que ineludiblemente han dictado llevar a cabo desde Bruselas, la City, Frankfurt y desde vete a saber dónde más. Hasta el aspirante a gobernante español más progre ha visto pelar las barbas de su vecino Tsipras, y tiene ya puestas a remojar las suyas propias. España y el mundo entero necesitan una buena pasada por una contundente revolución (interior y exterior), pero la cosa no está para esos bollos.

Antonio habla de un futuro inmediato en el que ya no estará, lo que me hace pensar en una muerte fingida y en su reaparición en su propio funeral. Habéis fallado, nos diría a todos en esa sala de ceremonias laica. Me teníais que convencer de que no me matara. Y mirando a los ex alumnos, diría: como en el ejercicio del botón de Hitler, ¿os acordáis del botón de Hitler? Tampoco me habéis salvado a mí.

¿Estamos suspendiendo el ejercicio al no darle argumentos para que no se mate? El cardiólogo es un ingenuo que no respeta las voluntades ajenas y confía en doblegarlas con juegos de psicología infantil sacados de un programa de la tele, pero, al menos, hace algo. Los demás, tan intelectuales, tan sofisticados, tan dados a recordar a Nietzsche en Turín en cuanto nos dan la palabra, no hacemos nada por disuadir a Antonio de que no apriete el botón. Al contrario, parecemos animarle. Respetar su inteligencia es respetar su voluntad, y respetar su voluntad es consentir su muerte. ¿Somos más listos que el cardiólogo del Opus? ¿No estaremos, tan sólo, siendo perezosos? Como yo aquella mañana de 1995 en la que no dije nada para disuadir a Hitler de su holocausto. No porque no supiera qué decir, sino porque estaba convencido de que no había nada que decir, que cuando alguien quiere matar a alguien, lo mata si puede matarlo. Y cuando alguien quiere matarse, se mata.

Sigo leyendo el blog de Antonio sin encontrar pistas de sus intenciones más allá de algunos alegatos de la Asociación Derecho a Morir Dignamente, a la que pertenece. En la columna de enlaces a otros blogs, muy desfasada, encuentro uno que dirige al de Eduardo Haro Tecglen, el periodista que murió en 2005. El enlace remite a su última entrada, escrita por su viuda, Concha Barral. En ella anuncia que Haro Tecglen tuvo un infarto ese mediodía en un restaurante de la calle Ballesta. Seguía

con vida, pero su recuperación era muy improbable. La entrada terminaba hasta luego, Eduardo.

Yo leía mucho a Haro Tecglen; Antonio, al parecer, también. Haro Tecglen se fue sin saber que moría, sin preparar una despedida, y la carta de su viuda, escueta y limpia como son los peores dolores, ha quedado ahí colgada, una mancha de café sobre un manuscrito.

A partir de esta línea del cuaderno, que no sé si será la misma línea que está en el libro, si es que esto se vuelve libro alguna vez, estoy solo. Todo lo anterior ha sido leído por Antonio. Le gusta mucho la referencia a los terroristas y me deja un comentario en Facebook: te he enseñado bien, eres todo un terrorista.

Para que pueda leerlo, fotocopio las páginas, las meto en un sobre y acudo con mi familia al Parque Pignatelli, que está junto a su casa y cerca de la mía. Mi hijo Daniel lo conoce bien, lo llama el Parque Blanco, porque tiene una puerta neoclásica de blanco calcáreo y el polvo de los senderos, que se lleva por puñados en los zapatos, también es blanco. Encontramos a Antonio cerca de la torre de los italianos. Conduce su silla con habilidad entre rampas y parterres. Mira, Daniel, Antonio fue profesor de papá hace muchos años, dice Cris. ¿Quieres subirte a la silla? ¿Te doy un paseo por el parque? Daniel se niega, pero quiere tocar los botones y la palanca. Le reñimos. Se ríe. Los vuelve a tocar en cuanto nos descuidamos. Toma, te he traído un regalo, está en la mochila, colgada del respaldo. ¿Qué es?, pregunta Daniel. Se llama matrioska y sirve para guardar secretos. Muñecas rusas. Daniel dice gracias y las llena de piedras. A Cris le regala un ejemplar de su último libro. A mí, un búho de escayola que sirve de pisapapeles. Este búho lleva muchos años acompañándome, lo tenía junto al ordenador, me dice. Ahora está junto al mío. Un poco escondido, porque Daniel llena mi mesa de juguetes, pero está, vigilante, como un amuleto tutelar.

Le doy las fotocopias, que ya no incluyen este párrafo, sin saber si va a entender mi letra y con todas las prevenciones del escritor que no sabe lo que está haciendo. Son notas, están desordenadas, quizá no salgan en el libro, etcétera. Hace con la mano ese gesto sacerdotal de no importa, quiero leerlo. He escrito que eres un hacedor de terroristas, le digo. Se ríe. Si quieres ver el trabajo acabado, le digo, tendrás que darme más tiempo. Se vuelve a reír.

Paseamos los cuatro por el parque. Daniel corre y Cris vigila que no se rompa la cabeza mientras Antonio y yo hablamos. Hace calor de junio, la gente corre o va en bici y del quiosco sale una música como de megafonía de piscina. Bromeamos, nos reímos fuerte y yo sé que Cris sólo piensa que ese hombre se va a matar en unos días. Yo también lo pienso, pero no me incomoda.

La noche anterior habíamos cenado juntos. Jon Sistiaga montó al fin el encuentro con sus antiguos alumnos, pero renunció a su idea original de llevar engañados a los comensales y que el protagonista diese la noticia por sorpresa a los postres. Antonio llamó a todos, les contó lo que me contó a mí, los citó en el Parque Pignatelli y lloraron. Todos fueron a la cena libres e informados. La productora de Jon me

telefoneó un par de días antes para darme la dirección del restaurante. No lledes cuadros o rayas muy finas en la camisa, que hace moaré. Por lo demás, es una cena informal, no hace falta arreglarse, dijo. Me puse una camisa con un estampado de aviones de combate de la primera guerra mundial. Pequeños aeroplanos de colores sobrevolando mi pecho y mis mangas. La escogí porque era alegre, chillona y hortera, como me gustaría ser a mí cuando tenga la edad de Antonio: un tipo que lleva camisas de colores y que algunas tardes se pasa con el whisky y se pone un poco pesado con los camareros.

El restaurante era un sitio de bodas al otro lado del Ebro. Fui en coche y aparqué un par de calles río arriba. Al cruzar la rotonda me encontré con Silvia. Hacía años que no nos veíamos y estaba muy guapa. Te he visto caminando despacio, me dijo. Es que estoy dilatando el paseo, intento llegar tarde. Yo también, dijo. ¿Sabes quién más va a la cena?, dije. Me contaron que alumnos de los últimos años, muy jóvenes. Me alegra que estés tú, me daba cosa no conocer a nadie. A mí también me alegra tenerte a mano, Silvia, a mí también. Sentémonos juntos, por favor.

En la entrada nos esperaba otra alumna a la que conocía sin saberlo, porque no la asociaba al universo Aramayona. Ingrid, le dije, no tenía ni idea de que fuiste al instituto con Antonio. Sí, dijo, te lo conté alguna vez, pero no te acuerdas. Mira, Silvia, dije, ésta es Ingrid, es bailarina, coreógrafa, una bailarina excepcional. La conocía del mundo literario local, rondaba el círculo del difunto Sergio Algora y fue pareja de uno de los poetas del 22. Buena gente, noctívaga, risueña y divertida. Ingrid fue a mi mismo instituto, pero en turno de tarde, porque durante el día daba clases en la academia de danza de María de Ávila. Ahora vivía en Madrid y preparaba un espectáculo con La Zaranda. Silvia fue periodista, si es que se puede perder esa condición que para algunos es sacerdotal. Estudió periodismo conmigo, un curso por delante, pero tuvo mucha mala suerte con los trabajos. Yo le decía siempre que era mejor así, que el periodismo es una mierda, que yo preferiría arrancar sal en una mina del centro de África con mis manos desnudas antes que volver a una redacción. No la convencí nunca.

Los otros tres comensales eran, efectivamente, muy jóvenes y tenían el aramayonismo muy exaltado aún, con la memoria reciente llena de epifanías y utopías y tutorías, con vocaciones docentes tiernas, todo a estrenar. Joder, Sergio, vaya camisa, me dijo Sistiaga. Son avioncitos de la primera guerra mundial, dije. Ya veo, ya veo, ¿no tenías otra cosa más discreta? El operador de sonido también se enfadó porque la tela era de muy mala calidad y creía que el micrófono, oculto en los pliegues, iba a rozar demasiado. Nos sentaron en una mesa circular, bajo una luz que creaba sombras espiritistas, en un salón que abría sus ventanales al río Ebro, donde anochecía. Las cámaras quedaban fuera de nuestra vista y los miembros del equipo del documental sólo eran bultos en las sombras. El mundo no existía fuera del haz de luz sostenido como una mandorla mística sobre nuestras cabezas santas, y al ver la forma en que la lámpara se derramaba sobre las caras, los cabellos, las camisas bien

planchadas, los escotes de los vestidos de verano de las chicas y hasta el pelo negro y recio de Antonio Aramayona, me sentí ridículo. Era tarde para quitarme los aviones de la primera guerra mundial. La camarera sirvió un aperitivo con pan crujiente. Frente a mí, vi a Jon agazapado con los cascos puestos y mordí el pan con fuerza, agachando la cabeza para acercar los dientes al micrófono. Se llevó las manos a los oídos. Mi mordisco le sonó a trueno. Me miró riéndose y llamándome cabrón. Yo me reí también, y la risa se contagió a la mesa, nerviosa. Todos reíamos y tocábamos los cubiertos y hacíamos bolitas con las migas de pan y nos preguntábamos qué habíamos ido a celebrar en aquella última cena.

Antonio, al contrario que nosotros, estaba perfecto. Parecía haberse preparado para esa noche, como una gran actriz en el papel crepuscular por el que sabe que nadie le va a negar el Oscar. Asentía ante las indicaciones que Jon le susurraba, conocía de sobra el guión que había que recitar. Yo me relajé en cuanto la camarera cantó el menú y anunció que entre los segundos se podía escoger merluza o *chulatón*. Chuletón, dijimos algunos. No, es *chulatón*, corrigió. ¿Y cuál es la diferencia? Es carne de cerdo latón con forma de chuletón, dijo, sería e incómoda por las cámaras que ya estaban funcionando. Yo querré *marluza*, dijo Antonio, y de pronto reapareció el viejo profesor, y la carcajada fue de reencuentro con el contador de chistes malos.

Varias generaciones de alumnos. Cuando los más jóvenes de la mesa estaban en el instituto, los más viejos llevábamos años trabajando, pero los recuerdos eran intercambiables. El botón de Hitler, por supuesto, pero también ese otro dilema del suspenso. ¿Os acordáis?, decían. ¿Cómo era? Algo así como que tenía que suspender a dos, que la inspección no dejaba pasar el aprobado general, pero que él no quería tomar esa decisión y que debíamos ser nosotros los que escogiésemos a las víctimas. Sí, es verdad, decía alguien, hasta salía de clase para dejarnos deliberar. Qué cabrón. Pero, decía Antonio, ¿recordáis el propósito del juego? Cómo no, hacer un Fuenteovejuna, un comité de huelga, un soviet. Desafiar a la autoridad. Ser solidarios. Claro, decía Antonio, la única respuesta correcta era plantarse ante mí y decir: no, aquí no se suspende a nadie. Si quieres hacerlo, lo decides tú, pero no nosotros. ¿Cuántas veces sucedió eso?, preguntamos. Muy pocas, dijo: cuando regresaba, a los pocos minutos, ya habían escogido a los pringados que iban a palmar. Me daba una vergüenza tan grande, decía, ¿será posible que sean tan cabrones?

Dos copas de vino y Silvia reía a mi lado como si se hubiera pasado la vida riendo conmigo y nadie se hubiese separado de nadie tras el instituto. Cuando me dabas clase, dijo, pasó algo. Atropellaron a un amigo mío, un compañero, que murió tras un tiempo en el hospital. Teníamos dieciséis años, no sabíamos cómo enfrentarnos a eso. Recuerdo que quedé contigo, y señaló a Antonio, y me trajiste aquel poema de José Hierro. Lo leímos en el parque y paseamos y no sé qué hubiera hecho sin eso. Antonio sonreía, sanador y beato, y nos dimos cuenta de que estábamos hablando de nuevo de la muerte. ¿Alguien sabe por qué sigo tomando las treinta y una pastillas diarias?, preguntó. A los profesores se les queda la costumbre de querer escuchar

todas las respuestas de boca de sus alumnos, asegurarse hasta la hartura de que han asimilado la lección y de que no hay un detalle que se les escape. ¿Por qué tomo treinta y una pastillas que me mantienen vivo si lo que quiero es morirme? Para llegar al día decidido y no morirte antes, dijo uno de los alumnos jóvenes. Sobresaliente.

Tenían un truco guardado. Las cámaras estaban en las esquinas y nos habíamos olvidado del rodaje. Sólo las sombras de la luz cenital lo recordaba un instante, pero enseguida acudía una nueva anécdota, una carcajada o un chiste malo que restituían la cena, aunque no estábamos ahí para eso. Ni Antonio ni el equipo iban a permitirlo, del mismo modo en que el realizador se esforzaba por cerrar mucho el plano sobre mi cara para que no se vieran los aviones de la camisa. Ingrid me ha traído un regalo que quiero que escuchéis, dijo Antonio, y por los altavoces empezó a sonar una música, sobre la cual caminó la voz de Ingrid, recitando unos versos sobre la muerte, unos versos que no habían sido escritos para Antonio, que ni siquiera eran de Ingrid y que formaban parte del espectáculo que preparaba con la compañía La Zaranda, pero parecían recitados a propósito para ese momento. Antonio tomó de la mano a Ingrid. Intenté aguantar las lágrimas y lo conseguí, pero se me congestionó la cara y el realizador lo vio y coleccionó largos planos de mi resistencia al llanto, los dientes apretados. Otros no aguantaron, y las lágrimas resbalaron hermosas por las mejillas, brillantes a la luz cenital, que reflejaba rayos en ellas, como en los mejores finales de película. No era el clímax que pensaron al principio, con la encerrona melodramática, pero tenían uno, y Antonio se elevaba en él, agradecido y sintiéndose en la plenitud del homenaje.

Faltaba el segundo plato. La camarera sirvió el *chulatón* y la *marluza*, pero se quedaron casi sin tocar en los platos. Habíamos perdido toda el hambre. Yo pasaría directamente al gintónico, dije, y los demás se rieron, pero hablaba en serio, quería beberme uno de un trago, seco, con mucho hielo y poca tónica. Mordí unos pocos trozos de carne que se me hicieron bola y dejé los cubiertos en el plato para no vomitar. Quiero que me contéis cómo os hace sentir todo esto, dijo Antonio. Pronuncié la palabra desasosiego, que es una palabra que no debería pronunciarse en la televisión ni en la radio, porque se tropieza en las eses, y si la dije fue porque había olvidado por completo que me estaban grabando. Dije que me sentía muy feliz y muy honrado por estar esa noche allí, y era cierto. Pocas veces he sentido tan aguda la conciencia de vivir algo delicado y trascendente. Pero, dije, y me quedó una pausa demasiado larga tras ese pero, no puedo evitar decirte que puedes echarte atrás, que no tienes que demostrarle nada a nadie. ¿Te reafirmas en esa palabra, desasosiego?, me preguntó, y me reafirmé, aunque sabía que tenía que haber escogido inquietud, duda o paradoja. Y de la paradoja tendría que haber saltado a Nietzsche, pero no al Zarathustra que anunciaba la muerte de dios como le gustaba a Antonio, sino al Nietzsche que susurraba a los caballos en Turín. Quería decirle que aquella noche lo había conseguido. Lo que no estaba en sus libros ni en su activismo público ni en sus apariciones en televisión. Lo que sólo estuvo insinuado en sus clases y un poco más



explícito en las veladas de su casa y en las cenas de pizzería con los alumnos, tan distintas de aquélla. Había forzado el dilema hasta el límite, el examen no tenía respuesta. Se podía sentir horror y felicidad al tiempo, rechazo y aceptación, estar de acuerdo y en desacuerdo a la vez.

Tendría que haberle felicitado por alcanzar esa forma de arte en la vida, como quería el joven Nietzsche, convertido al fin en superhombre. ¿Te das cuenta, Antonio, de que has hecho de tu vida una obra de arte? Has roto las distancias y todo lo que separa el trabajo del cuerpo. Eso debería haberle dicho, y no la idiotez del desasosiego, pero entonces aún no lo sabía, era una intuición neblinosa. Las revelaciones suceden cuando ya no tienen remedio ni importa si son dichas o calladas.

Sobre el papel de estos cuadernos todo se conecta. Las intuiciones encuentran sus nombres, sus fechas y sus correspondencias. En enero de 1872, Nietzsche publicó un opúsculo dedicado a Wagner, *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*. La edición, de unos pocos ejemplares, apenas circuló entre los académicos, pero enfadó a muchos de ellos, tal y como quería su autor. Aunque una reacción inesperada sí le dolió, la de Ulrich von Wilamowitz-Moellendorf, compañero de pupitre en la escuela de Pforta y guardián desde entonces de un rencor más parecido a la envidia de un Salieri. Que reúna tigres y panteras a sus pies, escribió, pero no a los jóvenes filólogos de Alemania. Al poco tiempo, echaron a Nietzsche de la universidad. A filosofar, al desierto. O a Grecia. O a la India. A la montaña, como Zaratustra. Lejos de los jóvenes filólogos de Alemania.

Buscaba Antonio Aramayona sus propios tigres y panteras entre los jóvenes filólogos de San José. Desde la puerta del Riojano, Aramayona era un Nietzsche a punto de arrastrarnos a la perdición intelectual. Si nuestro profesor se veía siquiera un poco reflejado en los libros del filósofo, San José tenía que parecerle uno de esos cuartos de pensión italiana donde éste enfermaba, tosía y apuntalaba su eternidad. Hoy sé que le hubiese gustado que un Ulrich von Wilamowitz-Moellendorf le apartara de la juventud filológica de Alemania. Aramayona lamentó no haber tenido enemigos de altura que lo empujasen a la predicación, pero en los institutos públicos donde daba clase no había académicos furiosos. A lo sumo, funcionarios con bilis negra acumulada por trienios y gente buena que le llamaba por teléfono cada tarde para cerciorarse de que seguía vivo. A veces le mandaban un inspector del ministerio o conspiraban para quitarle asignaturas o colocarle los horarios más ingratos. Pequeñas miserias de claustro. Pero nunca le escribieron un libelo a su altura. Nunca nadie le señaló con el dedo y le expulsó de las aulas, y se cansó de aguardar aquella gloria filosófica.

¿Cuándo voy a leer mi libro?, dijo. No es tu libro, son cuadernos, no sé qué es, dije. Me da igual, ¿cuándo? Mañana. ¿Seguro? Mira que el tiempo apremia, dijo tocándose la muñeca del reloj. Prometido, dije, te fotocopio lo que tengo y te lo llevo a casa o quedamos en el parque y así ves a Daniel y a Cris, ¿te parece? Estoy

deseándolo.

Cuando le doy todo el material, me avisa de que lo destruirá después de leerlo. No sea que alguien lo encuentre después y no sepa qué es, dice. Qué peliculero eres, Antonio, digo. Daniel se guarda sus muñecas rusas y yo, mi búho. ¿De verdad que no quieres que te dé una vuelta en la silla?, le dice a mi hijo, que niega, tímido y acechante de los mandos, que quiere volver a tocar. Le abrazo y siento un helor rígido que interpreto como una conciencia física: ya no le voy a ver más. Salimos por la puerta neoclásica y blanca del Parque Pignatelli. Él se aleja cuesta arriba. Qué raro es todo, dice Cris.

Me gustaba la casa de Antonio, donde vivía solo, doblemente divorciado, con sus libros, sus discos y sus películas de vídeo. Sobrio y barroco a la vez, con esa afición a la quincalla que tienen quienes se sienten fuera de sitio y necesitan rodearse de baratijas con significado. Como el búho de escayola que me mira mientras escribo este cuaderno. O como las muñecas rusas que duermen en la habitación de mi hijo. Cuando nos invitaba a tomar café, tocábamos aquellos objetos que parecían puestos ahí sólo para ser tocados. Eran tardes de tertulia en que jugábamos a ser intelectuales. Alguien ponía en marcha el péndulo de Newton, que tomábamos por un juguete propio de un genio. Las personas inteligentes, pensábamos, tienen sus despachos y sus salones llenos de cachivaches como ése. El péndulo de Newton constaba de cinco bolas. La fuerza de la primera se transmitía sobre las otras cuatro al golpearlas, levantando la última. La inercia prolongaba el movimiento, que sonaba como un metrónomo. Clac, clac, clac, clac. Tomábamos café (bueno, ya es tarde para un café, si a alguien le apetece una cerveza...) y charlábamos y escuchábamos a Antonio con aquellos golpes marcando el compás. Hablábamos de otros profesores. Él no, pero nos dejaba hablar. El de latín lleva dos meses sin enseñarnos nada. Nos ha pedido que no nos matriculemos en latín en COU porque no tenemos ni idea. Le hemos copiado la traducción de *La guerra de las Galias* bilingüe que hay en la biblioteca, y le da igual. Es cura. Tiene pinta de cura. Es cura, ¿verdad?, y Antonio asentía. Fue cura, creo, como casi todos los profesores viejos que enseñan latín. Hala, cura, qué pasada. ¿Y es cierto que Gregorio es tan amargado porque le plantaron en el altar?, preguntaba uno. Qué gilipollez, decía otro, lo que pasa es que estuvo en el FRAP y le delataron y estuvo preso en Valencia un año. ¿Qué es el FRAP? Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, decía yo, poco dado a intervenir en los cotilleos, pero siempre dispuesto a dar el apunte de vencedor de Trivial Pursuit. ¿Tú estuviste en el FRAP, Antonio? No, yo era un tibio, a mí dejaron de hablarme por aceptar la Constitución, era un revisionista. Hay gente del PSOE que hoy manda mucho que entonces era de Bandera Roja y de cosas así que creía que los tipos como yo éramos tibios. Por aceptar la Constitución, había dicho, y nos costaba imaginar a Antonio aceptando algo, sumiso y educado. Antonio Aramayona, repudiado por conformista. Aquello sí era raro, por eso no añadíamos nada y las bolas del péndulo se hacían fuertes en el silencio. ¿Sabéis quién delató a Gregorio? El Garcés. ¿Qué dices? Antonio se reía. Venga, Antonio, seguro que lo sabes, ¿a que fue él? Muy bien no se llevan, decía, eso es verdad. Es que el Garcés y Gregorio estaban juntos en el FRAP, explicaba alguien, y pillaron al Garcés, que delató a toda su célula, y Gregorio se chupó un año de cárcel. ¿A que fue así? No sé, decía Antonio, a mí no me hablan. Pues yo creo, decía alguien, que cuadra más lo de que le plantaran en el altar. Pueden

ser las dos cosas. A lo mejor la novia descubrió que había sido del FRAP y le dijo ahí te quedas, que yo soy del PSOE. Pero si todos los del FRAP acabaron en el PSOE, ¿no has oído a Antonio? Bueno, pero el Garcés es un gilipollas, yo lo veo de chivato. Ey, decía Antonio, dejémoslo en que es un hombre de carácter difícil. Nos mirábamos y nos reíamos. ¿Qué pasa, qué os hace tanta gracia?, decía Antonio. Nada, nada, es que nos da risa el Garcés.

No podíamos contarle sin ponerle en un compromiso, pero hacía tiempo que jugábamos a desmontar el coche del Garcés. Aparcaba siempre en la misma calle y apenas lo usaba, así que lo estábamos desguazando poco a poco. Cada sábado, al volver al barrio de madrugada, le quitábamos una pieza. La antena, los retrovisores, un limpiaparabrisas, la insignia de la marca en el capó. Aquel sábado teníamos pensado llevar una palanca para sacar una llanta, y el siguiente objetivo era el parachoques trasero. El pacto, que nunca cumplimos, fue reunirnos diez años después y montar el coche de nuevo.

No sé qué os da tanta risa, decía Antonio, pero andad con cuidado, que tiene muy mala leche.

Había como una evangelización cultural en aquellas reuniones. Antonio aprovechaba para hablarnos de *La flauta mágica*, su ópera favorita. Una vez le regalamos una edición especial de Deutsche Grammophon. Nos contaba cosas de Pasolini, de su encuesta del amor, que él quería hacer en el barrio, de lo que saldría si Pasolini preguntase en San José esas mismas cosas. Nos enseñaba libros de José Hierro, nos leía los poemas que le emocionaban, que nunca eran políticos, siempre hablaban de amigos, ausencias y muerte. Era el salón de Madame de Staël trasladado a la parte alta del barrio, junto a los militares. Es que mi padre era militar, dijo una vez, y no quisimos preguntar mucho porque no nos esperábamos que su padre fuera militar. Nos lo contó en el portón de la residencia de oficiales que había frente a su casa, y miraba de reojo. Hubo quien creyó que eso lo explicaba todo: el hijo del militar con problemas para respetar a la autoridad, la sublimación sublime.

Oye, Sergio, ¿te vas a presentar al premio de la casa de juventud?, me dijo. Escribe algo, coño, que sé que andas escribiendo. Miré a Andrea, por si me había delatado ella, y esquivó la mirada. Qué fuerte, me había entregado a Antonio como el Garcés traicionó a sus camaradas del FRAP. Mi escritura era clandestina, no para premios idiotas. El péndulo de Newton seguía sonando, clac-clac. Haz lo que quieras, dijo Antonio, pero te quedan quince días. Por duplicado y con plica en sobre aparte. Elige un seudónimo que no sea demasiado obvio.

Me llama Antonio. Es sábado, Daniel ve dibujos animados y Cris acaba de irse a trabajar. Estoy en nuestro barrio, me dice. Voy por la calle Zaragoza la Vieja, por todas estas calles, por La Prensa, por los bares donde tomábamos cerveza, y he sentido ganas de llamarte, no sé por qué, me tienes que perdonar. Me acabo de despedir de mis hijos, ya no los veré más, lo han decidido así. Han venido de Madrid, hemos comido juntos y ya está, ahora se van a coger el tren de vuelta. Me he despedido hace un momento y me he quedado solo por las calles de nuestro barrio, Sergio, porque es nuestro barrio, y he sentido unas ganas enormes de llamarte. No digo mucho. Asiento. Doy las gracias. Me alegro de que haya hablado con su hijo y se haya despedido. No se atrevía, temía su reacción, que lo disuadiera, que lo amarrase a una cama, que hiciera lo posible por evitarlo. Tienes que contárselo, le había dicho, no puede enterarse de tu muerte cuando le llame quien sea. No habían vuelto a hablar del asunto desde que se concedieron esa prórroga de cinco años y tal vez Javier pensaba que todo había pasado, aquella ventolera suicida se había perdido como tantas otras obsesiones de su padre. No sé qué hacer, me decía Antonio, y había terror en sus manos. No en su cara, pero sí en sus manos. Me alegra que se lo contara, aunque no puedo siquiera imaginar esa última comida con un padre que se va a matar. Ahora voy por Zaragoza la Vieja, me dice, y pienso en ti, y yo imagino la cuesta de Zaragoza la Vieja, que hace muchos años que no subo. Esa parte del barrio alta y retorcida, con los bloques de pisos encajados en lo que fueron bancales de hortalizas. Antonio sube sin esfuerzo con su silla motorizada. Has visto que he cambiado el blog, me dice. Ya no soy un perroflauta motorizado, ahora soy un habitante del valle. Estamos en el menos dos, me dice. Menos dos. Faltan dos días para que se mate.

3  
EL SANTO

El descampado era la forma urbana más común de los extrarradios españoles a finales del siglo xx. Se usaban para llegar antes a casa, cruzándolos en diagonal. También eran buenos aparcamientos y almacenes de colchones, somieres y neveras rotas. Los que estaban a resguardo de alguna pared servían de espacio recreativo para los yonquis cuando los yonquis se recreaban en todas partes. De camino al instituto pasaba por dos descampados. El primero rodeaba una pequeña casa con comercio y un letrero, Trofeos Pódium, en cuyo escaparate se iluminaba una muestra del trabajo: copas de fútbol sala, menciones honoríficas, medallas de natación, platos de primer premio de concurso de relatos breves, etcétera, un etcétera muy etcétera, lleno de posibilidades. ¿Qué quiere ganar? Le fabricamos un largo etcétera de premios. Puede vencer en todo aquello que se proponga, sólo tiene que pedirnos presupuesto y le fabricaremos el trofeo que se adapte a sus ilusiones. Rosendo Mercado tiene una canción dedicada a Carabanchel titulada «El ganador», que habla, como tantas otras canciones de barrio, de esos indios que a veces pasan por la puerta de los futbolines como si no la reconociesen y les diera un poco de asco. Ganar, trofeos, éxito, el vocabulario de los descampados.

El segundo solar estaba sobre el túnel del ferrocarril y era una avenida que llevaba décadas planificada pero nunca se construía. A su vera, un almacén de chatarra y unos bloques de pisos cuyos portales daban a otro descampado. Cada mañana cruzaba las escaleras que salvaban la boca del túnel y pasaba junto a un edificio que tenía una puerta abierta a dos metros del suelo, porque ese edificio se construyó con una entrada por la avenida de construcción inminente que nunca se construía, y la puerta quedó ahí, en el aire, para que yo pasase por debajo en mi camino al bostezo. Había muchos otros descampados, pero esos dos estaban en todos los días de mi vida, recordándome (o no dejándome olvidar) que vivía en un sitio a medio hacer.

San José no es sólo un nombre de santo, sino de pueblo. Allí había una quinta, un camino que terminaba en Zaragoza y hectáreas de huertas que rodeaban la granja modelo. Tras la guerra de Cuba aquello se llenó de fábricas de cerveza, harineras y mataderos, como tantas otras periferias peninsulares, que se vieron obligadas a hacer lo que ya no se hacía en ultramar. Fue arrabal industrial, hortelano y anarquista, antes de ser devorado del todo por la ciudad, que plantó en las veredas de los caminos viejos hileras de casas baratas sin ascensor y con persianas que se rompieron antes de que entrasen a vivir en ellas. Si alguna vez hubo gente feliz, nadie se acordaba cuando mi familia llegó allí a finales de un verano de los años noventa. A mis padres les convenció un piso grande a buen precio en una zona rodeada de colegios e institutos donde podían fingir que seguían viviendo en un pueblo.

Todos menos nosotros tenían un pueblo al que volvían en verano y hablaban con un dialecto duro que me sonaba muy agresivo. La gente gritaba, y no es que no estuviésemos acostumbrados a los gritos, pues veníamos de un pueblo valenciano donde el grito era el idioma oficial, pero la modulación era distinta, grotesca, disonante. O quizá se debía a que nos gritaban a nosotros. Tú, valenciano. Tú, mono. Vete de aquí, co. Palabras que caían como cantos en los oídos. A cascarla, achanta, chipiao, capazo. Nunca había oído cosas así, ni siquiera a mi familia de Zaragoza, a la que visitábamos a menudo. Porque aquella ciudad no me era extraña. El Tubo, con su cigarrera y sus bravas, las calles umbrosas del Gancho, las palomas del Pilar y hasta el Parque Pignatelli donde vi por última vez a Antonio eran paisajes de infancia tan remotos como la playa del pueblo valenciano o la calle Embajadores de Madrid. Pero aquel barrio y aquellas palabras parecían sacadas de un negativo exótico.

Hasta que logré quitarme el acento valenciano y sustituirlo por un castellano neutro que aún hoy no consiente la intromisión de aragonesismos, fui el Valenciano. No me sentaba del todo mal porque venía de ser el Madrileño en Valencia, pero la edad era mucho más sensible y llevaba mucho más marcada la conciencia de ser el Otro, el Forastero, el Intruso. Cuando llegué a esa ciudad, sólo era un chaval tímido acostumbrado al mar que echaba muchísimo de menos su pueblo. Nunca he asimilado aquellas risotadas. Aún me siento incómodo ante ciertas formas bruscas que algunos aragoneses cultivan porque el ambiente las identifica con un temperamento franco, confianzudo y noble. La nobleza parece una obsesión etnográfica. Había dos grupos de jotas que se repartían el mercado. Uno se llamaba Nobleza Baturra (que, en términos heráldicos, sería una *contradictio in terminis*, pues el baturro es el villano sin linaje), y el otro, Baluarte Aragónés. Todo remite al orgullo como una forma de resentimiento, una altivez que retumba en los gritos del cante, en el que sólo destacan los pulmones más poderosos y donde, en una primera escucha, no caben la intimidación ni el susurro. Hasta su religiosidad es estrepitosa, con coplas chilladas a la virgen.

Adelanto al presente, pero no al de escritura de los cuadernos, sino a la infancia de mi hijo. Poco antes de las fiestas del Pilar, trae del colegio unos dibujos de cabezudos y canta una canción al dármeles: el Torero, como es tan chulo, salta la valla y se rompe el culo. Son las canciones que los niños cantan a los cabezudos para instarles a que les persigan con la fusta o el látigo. A encorrerse, según el vulgarismo local. Nos gustan las canciones de culos y de pedos y de cacas, pero aquella mañana me suena mostrenca, no por el culo, sino por oír en la voz de mi hijo unos cánticos que evocan lo peor de mi llegada a la ciudad, el San José más árido. Pienso, y me siento un melindroso por pensarlo, que la escuela no debería enseñar esas cosas, que la fiesta de los cabezudos es una tradición salvaje que atenta contra toda noción de convivencia. Se puede tolerar en la calle, si no queda más remedio y la gente se empeña en celebrarla, pero no comprendo que se fomente en los colegios, que los cabezudos corran por el patio y que se canten esas cosas en las aulas, con las profesoras como directoras de orquesta. Siento que exagero, por eso no me atrevo a



protestar ni a plantear mis remilgos a otros padres ni a los responsables del colegio. Los dejo aquí, en los cuadernos de Antonio, y se los cuento a Cris en la intimidad de la noche, donde me dejo llamar exagerado, aunque ella también convenga en que tengo un poco de razón. Los cabezudos son arquetipos monstruosos, máscaras gigantes con rasgos de esperpento. El Morico, el Tuerto, el Forano, la Forana, el Berrugón, el Torero, el Robaculeros, el Boticario, la Pilara, el Azutero y la Cigarrera. Salvo los tres últimos, que homenajean a personajes populares de Zaragoza (una cantante de un cabaret muy popular, Pilar Lahuerta; un jotero famoso, el Royo del Rabal, y Herminia Martínez, que vendía cigarros en el Tubo), el resto son manifestaciones de la otredad, tipos despreciables, marginales, ajenos a la tribu. La Pilara, el Azutero y la Cigarrera son creaciones muy recientes, de tiempos democráticos en los que a nadie se le ocurriría hacer burlas de la condición sexual, racial o física de nadie, pero los antiguos, que son de principios del siglo <sup>xix</sup> o un poco anteriores, conservan toda la mugre provinciana de una aldea violenta orgullosa de destripar gabachos y poco acostumbrada a la misericordia con el débil, el diferente o el extranjero. Del Morico se canta que le gusta el vino (por tanto, es un musulmán hipócrita y hereje), pero no trabajar; el Tuerto lo es por melón, es decir, por imbécil; al Berrugón le picaron los mosquitos, etcétera. El Forano es alguien de fuera de Zaragoza que va a las fiestas del Pilar, y como es un bárbaro, porque un atributo del Otro es su rusticidad y su ausencia de modales y civilización, la canción dice que se ha cagao y que la Forana lo ha tenido que limpiar con un trapo colorao. La Forana, por cierto, lleva bigote.

Los niños cantan esas coplillas a los cabezudos, que fingen enfadarse y les encorren (*sic*) con unos látigos o varas con los que les golpean el lomo. Cada vez menos fuerte. La democracia y las leyes contra el maltrato infantil han estilizado un poco la tradición y los muchachos ya no vuelven a casa con moretones ni brechas. Todo esto despierta nostalgias y ternuras en muchos zaragozanos, que recuerdan cómo cantaban las coplillas. Son menos los que recuerdan que se las cantasen a ellos. A mí me cantaban la del Forano. Saltaba en cuanto se me escapaba una palabra impropia que no entendían, en cuanto mencionaba cualquier costumbre que les sonase extraña, en cuanto bajaba la guardia y me expresaba con la libertad del niño. El Forano se ha cagao, el Forano se ha cagao. Si me veían hablando con una chica, se convertía en la Forana, y le correspondía su coplilla: la Forana tira la mierda por la ventana. Un, dos, tres, puta es. Qué bien les venían los cabezudos para marcarme, cómo lo celebraban sus papás, qué hermosas tradiciones, las que saltan de generación en generación. Que no decaiga el jolgorio, no dejemos a ningún forano sin incordiar, que se enteren de que esto es nuestro y ellos son unos mierdas, unos mierdas cagaos.

Aquel acoso tenía sentido en un San José que aún era español, donde todos venían de un pueblo con óxido y se reconocían en sus modismos, en el volumen de la voz, en la nobleza baturra, en las migas con uva tinta. Ahora, en el tiempo de escritura de este cuaderno, es absurdo del todo. San José ya no es baturro, ni siquiera

blanco. Está lleno de apellidos eslavos, africanos, latinos. Los otros no sólo han vencido en cantidad, sino en calidad e intensidad. Yo era exótico en los años noventa, hoy me fundiría en el paisaje. O sería exótico por español. La ciudad también ha cambiado. El país ha cambiado. ¿Qué tiene que ver nuestro mundo, el de mi familia y el del colegio, con el Morico y el Berrugón? En la voz de mi hijo, las coplillas de los cabezudos suenan a mensajes alienígenas hostiles o posesiones infernales.

Vengo de aquella burricie, Daniel, me dan ganas de decirle. Antes del primer porro, antes de la niebla púrpura, antes del nuevo cantante de Iron Maiden, fui el Forano en un barrio animal donde los niños hablaban como animales con pueblo. Todos tenían un pueblo lleno de motes y fiestas y coplillas sexuales que apenas entendían. Anda, moza, que te endiño la estación de Madrid, los cuarenta vagones y el ferrocarril. Ésa no es mi cultura. Me dejaron bien claro que yo no pertenecía a ese mundo. Por suerte. El Forano cagao tenía otros planes y otras querencias.

La primera querencia fue Rober, que tenía un pueblo estepario, pero no lo usaba como arma. Era lacónico y hablaba tan bajo que le pedía que me repitiese las palabras todo el tiempo. Joder, Rober, hablas poco, y lo poco que hablas, no sale. Hablas para el cuello de tu camisa, le decía, imitando una frase de mi madre, y Rober preguntaba qué camisa, si llevaba camiseta. Vivía en la avenida de San José rodeado de hermanas mayores, quizá por eso no hablaba y cuando abría la boca era suave. Nunca le vi insultar a nadie ni en medio de ninguna gresca. Qué templado, casi frío. El valenciano flaco al que nadie quería recaló en la playa del tío callado que hablaba para su camisa. Tal para cual. Íbamos algunas tardes a su casa y trasteábamos entre los discos de su hermana. Tráete unas cintas de noventa y te los grabas, me decía. Nos sentábamos en el suelo y escuchábamos en silencio toda la tarde, apenas cambiábamos tres palabras. Supongo que era lo que los psicólogos llaman juego paralelo, esa forma de estar juntos sin que lo parezca, cada cual en su propia cabeza. A veces llegaba la hermana, de vuelta de algún trabajo misterioso, con uniforme de cajera o moño o algo (¿en qué trabaja tu hermana, tío?, dije un día, y Rober se encogió de hombros), saludaba con sonrisa cansada, alborotaba el pelo de su hermano, entre maternal y traviesa, y Rober se apartaba con gesto violento. Ojito con ese disco de los Judas, que es de Víctor, decía ella. Ay, no te preocupes, que no romperemos el disco de tu amor, decía Rober, y se abrazaba a la funda y le daba besos: ay, Víctor, cariño, me gustas más que los Judas, muac, muac, muac. Se me hacía raro ver a Rober burlón, pero su hermana no se molestaba. No era colérica, como otras hermanas de otras habitaciones, quizá por la diferencia de edad. No existían ni el pudor ni las puertas cerradas en casa de Rober, y eso me gustaba mucho porque yo vivía encerrado en mi habitación, celoso de mis olores corporales y de mi cama sin hacer. Las hermanas y la madre de Rober parecían estar en movimiento perenne por todos los cuartos, siempre buscando cosas en armarios y cajones, canturreando entre dientes, riéndose, a veces gritándose, y quedándose en ropa interior delante de mí en cualquier momento. No saltaban esos comentarios rijosos

propios de los catorce años (qué buena está tu hermana, como se te ocurra decir algo de mi hermana, etcétera), nos centrábamos en la música. Sólo teníamos distorsión, guitarras eléctricas y veintidós minutos y medio por cada cara. No eran nuestros gustos, sino los de su hermana. O peor, los del novio de su hermana, dueño de la mayoría de los discos que había en la habitación. Es buen tío, Víctor, decía Rober, toca la guitarra. Un poco ecléctico, de Queen a Manolo Kabezabolo, pasando por Motörhead y Judas Priest. A Víctor le gustaban el volumen y la velocidad, y quizá un poco el cuero, en casi todas las portadas salía alguien enfundado en una cazadora o unos pantalones brillantes y con tachuelas. Eso son chupas de verdad, decía Rober, y no las chupas vaqueras que llevamos. Nos íbamos a comprar una chupa un día, cuando fuéramos como Víctor y tuviésemos un sueldo.

Las tardes de cuero eran extranjeras. Rober y yo, sentados en la habitación de su hermana, no estábamos más en San José. Aquello era Londres, un Camden Town de fábricas rotas, un viaje en metro hasta King's Cross, una noche en el Hammersmith Odeon en un concierto de Whitesnake. Lo decía David Coverdale entre canción y canción del álbum en directo: qué maravilla estar esta noche en Londres, y nosotros aplaudíamos entre el público del suelo de la habitación, londinenses perdidos. No había Forano, ni gritos, ni coplillas de cabezudos. Hasta las ocho o así, cuando me abrochaba hasta arriba la cremallera de la chupa y salía a la calle y otra vez era la avenida de San José, negra de humo de autobús, con olor a diésel mal quemado y aceras estrechas llenas de señoras serias y de maridos borrachos que volvían descamisados a sus casas por cualquier bocacalle. Cruzaba el polvo de la avenida fantasma que nunca se terminaba, junto al almacén de chatarra donde maullaban siempre los gatos, y llegaba a mi calle oscura, resignado a ser al día siguiente otra vez el Forano, sin amigos silenciosos a los que decirles no te preocupes, que ya me levanto yo a darle la vuelta al disco.

¿Cuándo decide alguien que ya no merece la pena cortarse las uñas, aunque estén un poco largas, porque a los pocos días se va a matar? ¿Cuándo se tiñe el pelo por última vez? Antonio lo lleva negro, sin sitio para las canas. Siempre me han inquietado los hombres mayores teñidos. Yo disfruto con mis canas, y la idea de ser un cuarentón barbudo y canoso no me desagrada. Cris no se tiñe las canas y algunas son muy blancas y largas y la hacen más bella. No las tenía la primera vez que la vi desnuda, han aparecido como los anillos de un árbol y son la prueba de que el tiempo ha ido convirtiéndonos en algo distinto y mejor. No quiero que se las tiña. Cuando follamos, hundo a veces mis manos en su pelo y le despeino esas canas tan blancas que incluso en la penumbra destacan, y siento que no estamos follando sólo en ese instante, sino en todos los instantes simultáneos, que somos nosotros después de tantos años pero también aquellos compañeros de trabajo que se buscaban como perros a todas horas hace no sé cuánto tiempo.

Teñirse sin dejar resquicios a lo blanco, a partir de cierta edad, es también una forma de suicidio. Matas al viejo que eres, lo asfixias en pringue oleaginoso de peluquería. A veces pensaba que Antonio llevaba peluquín. No perdía pelo y siempre estaba negro impecable. Creo que era su cabello, pero si fuese un postizo sería aún más revelador, porque alguien incapaz de afrontar su calvicie no soporta tampoco la vejez. ¿Cuándo se tiñó el pelo por última vez? ¿Convivió con su propia ancianidad, siquiera unos días? ¿Se atrevió a mirarse tal cual era, contemplando lo que el tiempo le había hecho a su cabeza, ya que no había forma de disimular lo que le había hecho a su cuerpo? El tinte de pelo tiene también que ver con el sentido narrativo: a Antonio le gustan los finales cerrados, no va a dejar nada al azar ni a la interpretación libre del lector. Si ha previsto hasta el guión de su funeral, no va a dejar de teñirse las canas ni un solo día.

Le gusta mirar el dolor en el ojo ajeno. No es mía, la frase, la he oído de boca de varias personas, en distintas fórmulas, ninguna tan perfecta como la que transcribo. Antonio cree que el dolor es una virtud moral. Cómo fue el día, cómo fueron los días posteriores, me decía. Nadie pregunta esas cosas. Por pudor, claro, pero también porque se las imaginan. Te lo puedes imaginar, se responde a quien pregunta a un deudo cómo lo lleva. No se pueden imaginar nada. Imaginan un salón oscuro y una figura sentada en silencio, y eso no es imaginar nada. Antonio quería cosas concretas. Qué decidimos hacer al día siguiente, adónde fuimos, qué calles dejamos de pasear y en cuáles nos sentíamos bien. ¿Por qué Estambul? ¿Por qué Berlín? Qué sé yo, Antonio, porque no entendíamos el idioma, porque no había nadie conocido, porque no hay sitio mejor para llorar que una habitación de hotel con decoración otomana en Sultanahmet y porque a nadie le llama la atención un tipo serio y pétreo en el Museo

del Holocausto. Se creen que se duele por los judíos y puede ser un ciudadano sensible que no tiene que dar explicaciones sobre sus hijos muertos. Qué sé yo, Antonio, por qué hacemos las cosas. No lo has superado, me decía en nuestras últimas conversaciones. Claro que no, ¿cómo quieres que lo supere? ¿Qué es superar? Se vive con ello. Nos sacudimos la rabia en un viaje, la dejamos tirada en Estambul y en Berlín, pero el dolor permanece. Todavía te queda duelo, me decía, y me irritaba que hablara en jerga psicológica. No sé qué es el duelo, Antonio, no tengo ni idea, ni quiero saberlo. No aspiro a superar nada, este dolor es mío y me gusta. Lucharé contra quien quiera quitármelo.

¿Se tocó la pierna? ¿Le dio un pinchazo en los nervios que se necrosaban o sólo se tocó su dolor al oírme hablar del mío? Le gustaba que me extendiese. A casi nadie le gusta. La gente evita mirarme mientras hablo así y busca un tema que me acalle. Los más torpes improvisan un consuelo de carrerilla, como si le dijeran a un niño que se acaba de caer de la bici que no llore, que no es nada, ea, ea. Pero Antonio me espoleaba para seguir hablando, con detalles, lento, mientras se tocaba la pierna que a veces le pinchaba. Le gusta contemplar el dolor en el ojo ajeno. No sé si le gusta, pero no aparta los ojos.

Dicen que es algo que se le quedó de sus años de seminario. Su gran paradoja, la menos aireada, si es que se aireó alguna paradoja suya alguna vez. Mi padre fue militar, decía desde la puerta de su casa, mirando la cúpula de San Fernando, en la residencia de oficiales que estaba justo enfrente. Ser hijo de militar no era exótico en Zaragoza, ciudad soldadesca rodeada de academias, bases y campos de tiro. Mi padre fue militar es una frase que se dice sin matices ni guiños en una ciudad llena de hijos de militares, y no todos tenían que ser militarotes de *El Alcázar*, coñac Soberano y castigos de cinturón. Los habría también padres buenos de caricia y beso que pinchaba los domingos por la mañana, cuando demoraban el afeitado. No todos los zaragozanos hijos de militar caminan con el trauma en el párpado y miran con intención dramática la cúpula de la iglesia castrense de San Fernando. Su padre fue militar, no sé en qué grado, pero un militar franquista y católico, de un catolicismo español, que criaba buenos hijos católicos. El más estudioso, Antonio, debía ser el más pío también, y su destino fue el seminario. Como sacaba muy buenas notas, obtuvo una beca para estudiar en Roma. El sacerdocio parecía poco para aquel hijo inteligente que sabía latín de verdad y citaba a san Agustín y a santo Tomás con soltura de teólogo. Antonio Aramayona llegaría a obispo. O a cardenal. Haría carrera, aunque sus padres no lo verían, pero lo dejarían encauzado. Algunas de sus hermanas fueron al convento. Los Aramayona iban a hacer una gran contribución a la santa madre iglesia.

Aramayona es un pueblo vasco metido en un valle al norte de Álava. Según la *Crónica general española y sumaria de la Casa Vizcayna*, de 1588, allí nació Lope de Aguirre. Por aquel entonces aún debían de vivir los antepasados de Antonio, con otro apellido, si es que tenían tal. Lo de Aramayona lo adoptarían al dejar el valle,

como tantos otros españoles sin alcurnia, que iban por el mundo con el nombre de sus villorrios a cuestas. Me gusta imaginar un parentesco lejano entre Antonio y Lope de Aguirre, aunque la historia oficial dice que éste nació en Oñate, muy cerca, pero ya en Guipúzcoa. Los de Aramayona no renuncian a presumir de conquistador ilustre, y eso les honra, porque Lope de Aguirre fue uno de los más raros de entre los conquistadores, que formaban una nación muy rara en sí. Se rebeló contra el rey y fundó su propio reino en el Amazonas, donde se hizo tirano con fiebre y se le puso cara de Klaus Kinsky.

Los Aramayona no fueron tan lejos. Ni siquiera cruzaron el mar ni llegaron a salir de Euskadi. Se conformaron con pasar al lado sur de la sierra de Toloño e instalarse junto al Ebro, en la llanura riojana. Antonio contaba que su abuelo paterno fue requeté. Estuve una vez en Oyón, decía, y pregunté por aquel alcalde Aramayona que tuvieron, y vi que la gente se mosqueaba y no quise indagar más. Bromeaba. Tal vez ni siquiera estuvo en Oyón preguntando por su abuelo, si es que fue alcalde. Requeté y carlistón, seguramente, pero eso en aquella zona era como ser militar en Zaragoza, una especie abundantísima. El hijo del requeté, padre de Antonio, acabó en Zaragoza, donde acababan muchos militares españoles porque no era un mal destino para acabar y ver crecer a unos hijos entregados a los latines. La niebla de Zaragoza es la del valle del Ebro, y alguien crecido en la Rioja Alavesa reconoce la bruma de su infancia y se acomoda a ella. A Antonio le gustaba subrayar la fiereza reaccionaria de sus ascendientes, con ese desfase de mal actor que aliñaba su retórica, pero su familia no sonaba más monstruosa que cualquier otra familia de derechas.

Las genealogías políticas españolas son muy complicadas, aunque parecen sencillas. La guerra civil cambió los abolengos y las hidalguías por dinastías ideológicas. Los anarquistas presumían de padres y abuelos anarquistas. Los comunistas lo eran desde la revolución de octubre, si no antes. El bastardeo político se tolera mal, sobre todo en la izquierda, más necesitada de identidades fuertes tras cuarenta años de persecución. Antes de tomar conciencia y pedir un carnet del Partido Comunista o de Comisiones Obreras, como el que tenía Antonio, había que obtener un certificado de pureza de sangre. Los hijos y nietos de los enemigos de Franco lo recibían automáticamente, por *Ius sanguinis*, pero los hijos y nietos de ese manto de lana sobre el que se tumbaba la dictadura debían convertirse y dar pruebas de su conversión. Había fórmulas y ritos en abundancia, porque sin los hijos de los jueces, policías, militares y paniaguados del franquismo, la izquierda se habría quedado muy corta de efectivos, así que se aceleraron los trámites de conversión. La cultura juvenil facilitó las cosas, pero no hacía falta fumar porros en un festival de rock ni ponerse muy contracultural para romper con la tiranía paterna y traicionar el legado. A veces bastaba con decir: mi padre fue militar, y lanzar una mirada de elipsis a la cúpula de la iglesia castrense de San Fernando.

Un silencio tras una frase que comienza con el sujeto *mi padre* agranda el dolor y el conflicto. Quienes la escuchábamos intuíamos broncas, insultos cuarteleros, golpes

sobre la mesa a la hora de la copa de anís. Antonio no contaba nada, pero dejaba en la imaginación ajena un mundo bronco que hacía más firme su compromiso ideológico, jurado contra el cetme de un padre irascible y quién sabe si golpista de camisa nueva que tú bordaste en rojo ayer.

El padre, fuera como fuese (y nada impide suponer que fue un padre normal dentro de la anormalidad española), murió pronto, antes de que el aplicado Antonio se ordenase. Aquella muerte lo sacó de las faldas de la iglesia y le deslizó, quizá no tan abruptamente como se pudiera suponer, al agnosticismo y a Zaratustra, como si la muerte del padre fuera también la de dios. Antonio dejó Roma y las vocaciones y anduvo por Madrid estudiando otras cosas y probando otros ambientes políticos, quizá tan religiosos como los del seminario, pero donde se podía blasfemar, dejarse barba y follar sin confesarse después.

Dice la Wikipedia que Barricada dejó de vender muchos discos cuando sacó *La araña*, en 1994, porque, textualmente, decidió tomar nuevos caminos y tendencias musicales. *La araña* fue el último disco de Barricada que me compré como fan, aunque no sabía que mi abandono había coincidido con el de otros, pero la Wikipedia se equivoca: no fueron Barricada quienes tomaron nuevos caminos y tendencias musicales, fuimos sus seguidores. Los veteranos, como Víctor, el novio de la hermana de Rober, ya no estaban para pogos, y los más jóvenes, como Rober y yo, teníamos las esporas demasiado abiertas y Barricada era música de secado rápido que había que humedecer con otros ruidos. Es la maldición de toda banda de rock, que muy pocas sobreviven a la madurez de sus seguidores.

Pero en 1993 aún no me había comprado *La araña*. Escuchábamos *Balas blancas* en la habitación de la hermana de Rober y comentábamos que *Por instinto*, el disco anterior, era muchísimo mejor. No discutíamos. Uno decía: *Por instinto* es mucho mejor, y el otro asentía, y volvíamos al silencio hasta que había que darle la vuelta al vinilo. El Drogas cantaba en el primer tema: aburrida, vaya generación, ser aburridos es nuestra vocación. En 1993 sucedieron dos cosas que me sacaron del aburrimiento. La primera fue que Rober y yo acudimos juntos a nuestro primer concierto de rock solos, sin adultos. La segunda fue el divorcio de mis padres.

Compramos las entradas dos meses antes del concierto, en una tienda de discos de la calle San Miguel, y las guardamos muy bien dobladas en la cartera. Mi hermana y Víctor han estado en Sanfermines este año, dijo Rober. Pamplona era la ciudad de Barricada, y desde San José nos parecía un sitio bronco y guitarrero, lleno de colegas esperando en un billar. ¿Y qué tal?, dije. Una pasada, dijo Rober, y como parecía que no iba a contar nada más, le pregunté por los garitos. Dice mi hermana que mejores que los de aquí. Joder, dije, aunque no tenía medida de comparación, porque nunca había entrado en un garito en ningún sitio. ¿Y fueron a la Txantrea?, dije. No, dijo, que eso está a tomar por el culo, se quedaron en lo viejo. Allí lo llaman así: lo viejo. Mola, dije. Sí, mola, dijo. La Txantrea, pesadilla siniestra, decía la canción «Barrio conflictivo», la de estribillo insurreccional (no, no, no nos vamos a dejar, este estado policial se tiene que acabar). San José, nuestra Txantrea. Paseando por las calles fantaseábamos con tirar piedras a los coches de policía. Hay que acabar con este estado policial. Cada vez que una patrulla pasaba despacio por Puente Virrey o por Tenor fleta levantábamos la cabeza, como gallos en posición de pelea. No nos vamos a dejar, canturreábamos, las manos en los bolsillos de la chupa. Ya están jodiendo estos maderos. Idos a patrullar a la Moncloa, que ahí están los delincuentes.

Qué emoción sentíamos, pero no podíamos expresarla porque no éramos unos pijos que iban a un concierto de Hombres G. Los fans de Barricada nos tragábamos la



admiración y escuchábamos con gesto de suficiencia, porque si te gustaba esa música estabas de vuelta de todo, sabías quiénes eran los opresores y quiénes los oprimidos, entre los que te contabas, y era todo muy serio y había mucha rabia y no se podía tolerar la frivolidad de emocionarse como un ñoño por una nadería como ir por primera vez a un concierto de rocanrol. Qué bien, de conciertoqui con los coleguis, ¿eh?, decía mi madre. Déjame en paz, decía yo. Míralos, qué tiernos, que se van a un concierto, decía la hermana de Rober, alborotándole el pelo. Vístete ya y déjanos en paz, decíamos. Pero sí, qué emoción, con qué cuidado sacábamos las entradas de la cartera para contemplarlas a solas en la habitación. Un concierto, joder, un concierto de Barricada.

Cuando llegamos aún no habían abierto las puertas, así que nos sentamos junto a la verja y encendimos un par de cigarrillos. Habíamos comprado una cajetilla de Marlboro a medias para la ocasión. Cuando por fin abrieron, fuimos a la barra y pedimos un litro de cerveza a un camarero que no se creyó que tuviéramos dieciséis, pero en 1993 a nadie le importaba que no tuviéramos dieciséis, y nos sentamos a beberlo cerca del escenario, como si estuviésemos en la habitación de la hermana de Rober y los altavoces fueran los bafles de su minicadena. Fumamos y bebimos sin dar apenas caladas ni tragos. La ceniza se caía por su peso y la cerveza se calentaba y perdía el gas en aquel vaso enorme de plástico que parecía más lleno cada vez que Rober me lo pasaba. Hacía frío y el viento helado se metía en la carpa y dentro de nuestras chupas vaqueras. La gravilla se clavaba en el culo, la música apenas se oía de lo distorsionada que salía y los grupos de peñistas y de heavies ya borrachos nos intimidaban. Nunca habíamos sido tan felices.

Nos pusimos de pie cuando se llenó el recinto, y silbamos y gritamos haciendo pantalla con las manos. Salid ya, hostia. En realidad nos apetecía más pedirlo con admiración y respeto y palmas, pero la costumbre entre el público de Barricada era dar órdenes cuarteleras. Al menos, no escupían ni tiraban cosas al escenario ni se subían a él para romper los amplificadores, como descubrimos que hacían otros públicos cuando, meses después, fuimos a ver a La Polla Records. Venga, coño, salid a currar un poco, cabrones. Hijos de puta, gritaba una chica a nuestro lado. Cuando se apagaron las luces, todos gritamos. De la oscuridad sonó la guitarra de Alfredo, brutalmente distorsionada, una nota larguísima que pinchó hasta el fondo de los tímpanos de cada cuerpo, cuerpos que alzaron los brazos y gritaron ey, ey, ey, ey al ritmo de un bombo y un bajo que salían de un escenario que seguía a oscuras. Todos reconocimos la canción y sabíamos el compás exacto en que los focos estallarían y el grupo machacaría con toda su metralla. Nos preparamos para saltar y pegarnos. La luz explotó y contra ella se formaron las siluetas de Alfredo, el Boni y el Drogas, pegados a sus instrumentos, zulúes y chimpancescos, enredando las melenas con cabeceos violentísimos. Empezamos el pogo y perdí de vista a Rober. Empujé, di codazos, pateé a los de enfrente, di vueltas sobre mí mismo, me golpearon, me clavaron codos en las costillas, todo brazos y piernas y torsos sin cabeza, un Lego de

cuero y tela vaquera que encajaba y desencajaba sus piezas como si las moviese un niño invisible e histérico. El Drogas se acercó al micro y empezó a cantar con su voz de profeta menor: vaya nene listo que se lo sabe todo, él dirá si vales o si eres un bobo. Y nosotros, desde el puzle de piernas y brazos, gritábamos: bien, muy bien. Hasta el estribillo. El Drogas: hoy por ti, mañana por mí. Nosotros: contra la pared.

Los conciertos de Barricada suelen ser largos, más de dos horas. He estado en algunos que duraron más de tres. Los he visto tal vez quince o veinte veces, pero nunca he vuelto a sentir esas ganas de arrasar ciudades. Cuando terminó el último bis, la banda saludó, aplaudimos, se encendieron las luces y Rober y yo nos buscamos para enfiar la salida. Todo el público se dispersó. Los que un minuto antes nos apalizábamos en el remolino del pogo sonreíamos amables, encendíamos cigarrillos, metíamos las manos en los bolsillos. Los novios se cogían del brazo. ¿Dónde se había ido toda aquella fuerza? Había que salir a correr y a tirar piedras, a romper todos los escaparates, a volcar coches de policía, a degollar señoras, a montar jaleo en la calle, como decía la última canción. Rober y yo resoplábamos, incrédulos. Y ahora, ¿qué? ¿Ya está? ¿A casa, sin romper ni una ventana? Afuera tronaba la feria de algodones de azúcar y perritos piloto. Saltábamos al andar, braceábamos, nos despeinábamos con los dedos. Nos apartamos del ruido feriante y atajamos por descampados. Rober pateó algo tirado, un cojín, un colchón, algo blando en la oscuridad. Le imité. Cogí una piedra y la arrojé lejos. Sonó clinc, le había dado a un poste. Rober tiró otra piedra. A ver si le damos a la farola, dijo. No le dimos. Nunca le hemos dado a nada, pero durante un rato acabamos con la ciudad. O con el barrio, al menos. Lo bombardeamos hasta los cimientos, dejamos los cadáveres irreconocibles, todo lleno de brazos y piernas y torsos esparcidos, como en un pogo taxidérmico. Nuestro *Blitz* duró cinco o diez minutos, luego volvimos a meter las manos en los bolsillos de las chupas vaqueras y arrastramos los pies hasta casa, pero nunca quise tanto a mi barrio y nunca me sentí tan parte de él como en el instante en que lo destruí.

El lunes deja un comentario en mi Facebook. Una historiadora me llama paniaguado por un artículo que publiqué el domingo en *El País*, y Antonio escribe: dejad que la historia entierre a sus historiadoras. Veo que también ha publicado una entrada en su blog, la número 745, «Mirando estrellas»:

No saldrá en los telediarios ni en los grandes titulares de la prensa, pero mañana morirá una estrella, al igual que morirán otros cientos de miles de estrellas más. En realidad, no sabemos bien cuándo las estrellas viven o mueren, sólo recibimos su luz. Por eso es tan brillante el firmamento: millones de estrellas y galaxias nos envían su luz y nos hacen sonreír un poquito, aunque no sea más que por lo bonitas que parecen todas juntas.

Sigue una lista de nombres (de estrellas) que describen su biografía intelectual. Thoreau, Beethoven, Machado, Nietzsche, Kant, Camus. Y al final, como en la adenda de agradecimientos de un libro, un montón de nombres propios encabezado por sus dos hijos. Todos los que han sido importantes en su vida y sus alumnos de Alcalá de Henares, Torrejón de Ardoz y Zaragoza. Ahí estoy yo, entre esos últimos. Sergio. Una nota, puede que una semicorchea, en la última página de la partitura. Esas estrellas que mira son las de California que contemplaba Woody Guthrie desde su ventana de Coney Island. Al leer los agradecimientos entiendo la llamada del sábado. Entiendo por qué volvió a hablarme de estos cuadernos que escribo y que se empeña en llamar libro. Su libro.

Me he pasado años subrayando que las causas y las consecuencias, y los planteamientos, nudos y desenlaces, son construcciones literarias. Nuestras vidas, compuestas por un amontonamiento de sucesos, sólo se explican mediante el azar, y somos nosotros, animales narrativos, quienes les damos forma y significado. Así inventamos que tal premio es consecuencia de tal esfuerzo y que tal castigo lo es de tal error. Incluso tenemos refranes que dicen que se recoge lo sembrado, y nos hacemos la ilusión proverbial de que, si esperamos lo bastante, veremos pasar por delante de nuestra casa los cadáveres de nuestros enemigos. Nada de eso es cierto, pero la vida se vuelve insoportable si no se pone en forma de novela. Antonio hubiera querido escribirla, y lo intentó en unos pocos libros. Por eso, quizá, quiso meter el sentido en la carne, hacer de la biografía un ejemplo de verosimilitud y de coherencia estructural. El profesor de filosofía nos quiso dar una clase de literatura.

¿Sabes que un eructo tiene altura y tono y puede anotarse en un pentagrama? Todo es música, decía Asteres. Era un año mayor que yo, tocaba la guitarra, llevaba patillas largas y botas vaqueras. Le gustaba Eric Clapton, tenía un hermano taxista dieciséis años mayor que nos llevaba a casa cuando nos daban las cinco de la mañana por ahí y vivía con sus padres jubilados en las calles más pobres y tristes del barrio, casi en Las Fuentes, en la zona baja. Asteres sacaba unas notas dignas de Harvard y había sobrevivido al acoso por la misma razón volumétrica que yo. En San José, sólo los empollones más grandes llegaban ilesos a la selectividad.

Con él podía hablar de Dylan, del blues, de B. B. King, de Johnny Winter y de todo lo que quedaba más allá de la distorsión y el ruido heavy. Admiraba esa altivez un poco hortera que paseaba por el instituto y por la puerta del Riojano. Con él también podía hablar de literatura. Mis amigos no leían nada, pero no importaba, porque el cemento que unía a aquella tribu era sonoro. Se podía escribir en un pentagrama, aunque ninguno, salvo Asteres, tuviésemos idea de notación musical. Nuestros héroes de la guitarra fueron también ágrafos musicales, genios de oído fino y dedo rápido que no necesitaron aprender porque vinieron al mundo a enseñar. La cuestión era expresar cosas, y de eso sabíamos un montón. Sobraba rabia, pero faltaban instrumentos.

Asteres era templado. *Cool*. No vivía con los dientes apretados aunque quizá tenía más razones que nosotros para apretarlos, en esa casa minúscula donde se rozaba demasiado con su hermano, el taxista divorciado. No le iba el punk y tampoco le iba Antonio Aramayona. Lo tenía por un histrión y un polemista demasiado *à la mode*. Quizá lo decía porque a él también le gustaba polemizar y gozaba teorizando sobre la acústica del eructo para enfadar a los profesores. Los gamberros dialécticos se reconocen entre sí y rara vez se soportan, pues se sienten en competencia. Creo que Antonio tampoco tragaba a Asteres.

Acabábamos muchos viernes en el Tres Hombres, en la calle José Pellicer, la puerta del barrio desde el centro de la ciudad. El Tres Hombres se abría tenue en un tramo oscuro. Un poco de música se escapaba por la puerta metálica, como un reclamo para Ulises adolescentes. Había que guardar unas monedas para tomar la última cerveza allí. Siempre tropezabas con el guitarrista de alguno de los muchos grupos que parecía que iban a triunfar, amigos de Bunbury, coristas de uno que tocó con los Héroes del Silencio, dinosaurios con tres minutos de gloria en un *Tocata* de hacía diez años que persistían en su condición de estrellas fugaces acodados en puntos de la barra que tenían en usufructo. Sonaba Clapton. Sonaban los Who. The Doors, Pink floyd, Frank Zappa, Jimi Hendrix. Coreábamos, beodos, «Purple Haze», con énfasis en «tomorrow or just the end of time». Música inapropiada para aquel

aquí y aquel ahora. Apoyados en las paredes negras, nos dejábamos arropar por texturas sonoras muy gastadas, mantas sin ventilar donde muchos otros habían dormido antes. Salíamos de la música que nos correspondía para hacer turismo por un país de veranos del amor y autoestopistas con cintas en el pelo. El Tres Hombres no estaba en 1996 ni en San José, estaba en mañana o en el final del tiempo.

Una noche entramos y no había música. Decenas de velas alumbraban la cueva y unos chicos de pelo largo estaban sentados sobre el billar, con unas acústicas y una armónica. Empezaron a tocar versiones de Led Zeppelin. «Tangerine», «Since I've Been Lovin' You», «Good Times Bad Times» y las habituales, las más fáciles de llevar a una guitarra sin enchufe. Asteres y yo dejamos que los botellines se calentasen mientras canturreábamos las letras, sin mirarnos, con mucho pudor. Un síndrome de Stendhal causado por las calles donde vivíamos, que convertían la entrada de cualquier bar en una puerta de la percepción, y las versiones torpes de unos estándares rockeros tocadas por unos aficionados, en virtuosismos de Paganini. Nunca nos habíamos sentido tan elegantes.

La elegancia era el sentimiento más inverosímil y la aspiración más ridícula que podíamos tener. En aquel mundo todo era música, pero casi nunca llevaba a la elegancia, sólo al anacronismo. La música nos sacaba del aquí y del ahora y nos hacía espuma de olas que ya pasaron. No nos dábamos cuenta de que nada era nuestro, todo lo tomábamos prestado. Podía sentirme elegante en el Tres Hombres y rabioso en el Berlín, donde cabeceábamos con punk y calimocho, pero ninguna de esas emociones era nuestra. Flaco, metro ochenta, mal vestido, torpe y miope, era un Frankenstein hecho con trozos de canciones muertas.

El día de su muerte, Antonio publica tres entradas en su blog, una de ellas póstuma. Sé que la tenía escrita y programada desde hacía mucho, y también la había grabado, leyéndola él mismo. Cuando leas esto, yo estaré muerto, dice, como si nos fuera a revelar las claves de la bomba atómica o a dejarnos en herencia su castillo de los Cárpatos, como si no se tomara en serio su propia muerte y jugase a las películas. A los pocos minutos de leerla, recibo un mensaje de wasap. Alguien me ha incluido en un grupo llamado «Despedida». Marisol, una de las amigas que le acompañó, escribe:

Queridos amigos: Antonio Aramayona ha vivido fiel a sus convicciones y luchando siempre por la justicia y un mundo mejor. Se ha ido en paz. Ha tenido una muerte digna tal y como siempre ha defendido y deseado. Os agradeceré que no contestéis a este mensaje. Cuando sepa hora y lugar en que se le va a hacer una despedida laica, os mandaré otro mensaje para decíroslo. Un triste y gran abrazo.

Son las cinco de la tarde, hora trágica en España cuando es verano. La madre de Cris ha venido a comer y Cris acaba de irse a trabajar. Daniel juega con su abuela en la cocina y yo intento mostrarme alegre y tranquilo, pero miro el ordenador con ansia. Facebook empieza a escupir condolencias. Las últimas palabras de Antonio saltan con mucha más fluidez que todas sus palabras anteriores. Caritas tristes en los comentarios. Caritas llorosas. Me dan ganas de abofetearlas. ¿Cómo puede alguien colocar un emoticono a los pies de una nota fúnebre? Saltan pequeños panegíricos por aquí y por allá. De los políticos de izquierda que lo trataron, de activistas sociales, de los vates locales que le llaman filósofo y profesor, de viejos compañeros de claustro y de alumnos que no estaban al corriente y les cuesta unos segundos entender que ese texto es póstumo.

Busco cosas de Antonio. Vídeos de la época en que hizo el escrache a la consejera de educación. Antonio con camiseta verde, el color de las movilizaciones contra los recortes presupuestarios en la enseñanza, apostado en la calle Alfonso I de Zaragoza con una pancarta que reclama una educación pública y laica. Antonio discutiendo con los policías que amenazaban con imponerle una multa. Antonio saliendo del juzgado cuando fue procesado. Antonio con una pancarta en la que presume de haber recibido una orden de alejamiento del delegado del gobierno. Sólo hay cosas del Antonio perroflauta motorizado, el que se regodea en incordiar, muy serio, pero roto de risa por dentro. En los vídeos, los policías se muestran tímidos y balbucientes. Leo algunas entrevistas que le hicieron en aquellos meses. En una de *eldiario.es*, que le convirtió en un icono fugaz del 15M, dice que no le importan las multas y que no las piensa pagar. Que me las quiten de la pensión, dice, así se verá que es un robo.

Daniel y su abuela siguen jugando en la cocina y yo finjo concentrarme mucho en

el ordenador para que no noten que me aguanto las ganas de llorar. Sigo buscando cosas de Antonio, pero no del Antonio activista. No quiero el Antonio que conoce todo el mundo ni el que él mismo se ha empeñado en que conozcamos, y encuentro algo precioso. Es un artículo de 2014 que escribió para el *Huffington Post*, en la época en que pasaba las mañanas en el escrache a la consejera de educación. Hay varios párrafos idénticos a los de su último texto. Antonio anticipa sus intenciones de matarse. Aboga por la buena muerte y arremete contra los que obligan a la gente a sufrir dolor y agonía en nombre de vaya usted a saber qué dios. Nada de eso es relevante ni era nuevo en su discurso a la altura de 2014, cuando Antonio llevaba años colaborando con la asociación Derecho a Morir Dignamente y ya había montado varios actos con el doctor Montes, médico de urgencias del hospital de Leganés que fue denunciado en 2005 (en una denuncia que un juez archivó), acusado de hacer eutanasias a enfermos terminales. Todo el mundo estaba avisado de su militancia en la muerte digna. Lo que me parece precioso y me hace sonreír es que el artículo está dedicado a la memoria de Robin Williams. Aquí hay algo, me digo. Aquí no hay performances, ni desafíos a la autoridad, ni discursos políticos. Aquí hay un hombre.

Robin Williams, depresivo, ciclotímico, quién sabe si bipolar, era una de esas personas a las que la vida le venía grande. Lo cuentan las crónicas, me tengo que fiar de ellas. Eso no le impidió levantar una carrera impresionante, mostrarse irrompible ante el mundo y hacer eso que está reservado a unos pocos, entre los que se cuenta también Antonio: inspirar a los demás. Por seguir con el tópico, Williams era el payaso que llora cuando se quita el maquillaje, pero también fue el profesor del club de los poetas muertos, y aunque Antonio era un buda de los suburbios, y el personaje de Williams, alguien que aireaba el moho de las mansiones de Nueva Inglaterra, compartían un método y el mismo gusto por el teatro aparentemente improvisado. Para Antonio, el suicidio de Robin Williams era un acto de libertad supremo frente a un mundo que no le consentía la tristeza.

Tengo la radio de fondo y escucho a Jon Sistiaga, que entra en directo en la Cadena Ser. No va a hablar de Antonio, sino a hacer su sección de los martes en el magacín de la tarde. Toca hablar de tatuajes. Le noto muy callado. El presentador, Carles Francino, le llama la atención veladamente: Jon, habla un poco. Apenas interviene y la sección está quedando un poco rara. Lo sabe, me digo. Lo sabe como lo sé yo, y como yo, no quiere estar donde está ni hacer lo que está haciendo. Tal vez no se lo terminaba de creer y esperaba que Antonio se arrepintiese en el último minuto. Tal vez se había acostumbrado demasiado a sus interpretaciones teatrales, a esa forma tan relamida de predicar que usaba cuando se sabía el centro de atención. Al terminar el programa, me escribe un mensaje. Estás al tanto, ¿verdad? Le respondo que sí, desde el primer minuto. Jon me informa de que murió en su cama, con unos pocos amigos, durmiendo y escuchando a Beethoven.

Cuando la madre de Cris se marcha le pregunto a Daniel si quiere salir a dar una vuelta o quedarse en casa. En casa, dice, y yo le abrazo al fin con unos brazos

pegajosos de los que se aparta con fuerza y risas. Ay, déjame, papá, que no quiero abrazos. En la agenda tengo tres invitaciones para esa noche: la fiesta de una librería, la inauguración de una exposición de fotos y un recital poético. Renuncio a las tres y preparo una tortilla de patatas para cenar. Daniel dice que me sale muy rica y se come dos trozos grandes.



Antonio escribía todos los miércoles en *El Periódico*. En ocasiones le acompañábamos a entregar el artículo, que metía en un sobre mostaza con el sello de Comisiones Obreras. Más de una vez ejercí de chico de los recados y entré con mucha timidez en la redacción, que estaba en el paseo de Pamplona, y dejé el sobre a la recepcionista. De parte de Antonio Aramayona, su artículo de esta semana, decía, y aprovechaba para echar un ojo a la redacción, donde sonaban teléfonos y tipos en mangas de camisa tecleaban muy rápido y muy furiosos, como en las películas. Estábamos acostumbrados a leer a Antonio y nos enorgullecía formar parte de aquella alquimia que transformaba sus ocurrencias en páginas de periódico, pero no sabíamos que también había escrito un libro.

Me lo tienes que devolver cuando lo leas, que me cuesta mucho sacar copias y no quiero que ande por ahí. Antonio me dio un volumen encuadernado en canutillo, escrito a ordenador con letra Arial. Odio las tipografías sin serif. Todo lo que nos daba Antonio estaba escrito sin serif, el mismo tipo Arial a un espacio, a veces sin justificar, con la monotonía de quien va al grano. Los sindicalistas escogen tipos sin serif porque parecen funcionales y dan la sensación de que quien los emplea sólo valora el contenido. Apuntes sobre Sócrates y la lógica de Aristóteles. Que está tirado, nos decía:  $\neg p \leftrightarrow q \vee r$ . El mecanoscrito estaba redactado con esa misma alma de orden del día de asamblea general. El título, a cuerpo grande en la primera página. *Telos, la vida enseña a vivir*.

De subtítulo profético y paradójico, buscaba un editor y fue rechazado por todos. Cuando me lo dio, aún no había perdido la esperanza. Hay una editorial que quiere sacarlo, me dijo, tal vez el año que viene, aún tengo que pulirlo un poco. Hay escritores que no saben el favor que los editores les hacen al rechazar sus manuscritos. *Telos, la vida enseña a vivir* llegaba unos años pronto. Poco después, los gurús de la autoayuda invadirían los anaqueles con sus consejos de bricolaje emocional para tristes sin causa de tristeza. Hacía años que se leía *Tus zonas erróneas* y cosas así, pero aún no era una moda.

No me cuesta nada imaginármelo con su muleta de plató en plató, de congreso en congreso, de firma de libros en firma de libros. Estrechando manos de corazones heridos, hablando durante horas en un programa de radio para solitarios, repartiendo metáforas, predicando parábolas, tocándose la pierna ortopédica como reliquia ejemplar. Su voz comprensiva y didáctica llegaría a los oídos más obtusos. Tras escucharle diez minutos, todos le darían la razón, como se la dábamos los alumnos. Su calma y su paciencia frente a la idiotez eran inagotables. No le importaba repetir diez veces la misma idea usando palabras distintas, hasta que el interlocutor asentía. Sin rendir la sonrisa, testarudo en la amabilidad. Sólo tenía un problema, pero no era

perceptible en el libro: su ironía. Llevaba dentro un duende que boicoteaba todos sus propósitos. Se agazapaba socarrón y asomaba al final de cualquier frase. Esa inteligencia tan fina lo desacreditaba como predicador. Los gurús son gente seria, incluso en sus provocaciones.

Pero eso no se veía en *Telos, la vida enseña a vivir*, que era, hasta donde recuerdo, un compendio algo desordenado de recetas para llevar una vida coherente y ética, aliñado con unas pocas citas filosóficas podadas y accesibles. La vida como propósito, con cada pieza encajada y en armonía con un todo colectivo, que es la sociedad ordenada en la justicia. Aquel libro era su Zaratustra, el texto con el que buscaba rodearse de tigres y panteras. No recuerdo bien su contenido, pero sí la sensación de su lectura y la certeza triste de que allí no estaba Antonio. No había humor ni dobles sentidos ni otras intenciones ajenas a lo didáctico. Me ha pasado con todos sus libros, que me parecen escritos por otro, quizá por eso no tuvieron el menor eco y acabaron entregados a la caridad de un librero.

*Con otra mirada* apareció en 1998, en un momento en que Antonio se había convertido en una voz popular en su ciudad, gracias a los artículos que aparecían los miércoles en *El Periódico* y donde, a diferencia de otros articulistas locales, hablaba claro, sin miedo y con independencia de siglas. *Con otra mirada* era una antología de sus piezas y, como todos los libros de artículos salvando unos pocos casos, es ilegible, porque los artículos se escriben para un día y un lugar, y casi ninguno huele bien en las páginas estancadas de un libro. Supongo que le convencieron para compilarlos. Es difícil resistirse a esas vanidades, y tal vez no sonaba del todo mal como medio para titularse escritor.

En 2009 publicó *Del amor y otras soledades*, quizá el único de sus libros donde se permitió estar. Aunque lo leí un poco enfadado por no encontrarle, me pareció entreverle hacia el final. Había un algo de su tristeza, como si se hubiera dejado entornada la puerta del dormitorio y de pronto le viéramos dormir destapado, con la pierna ortopédica en la silla y el muñón al aire. El amor pleno es soledad continua, decía. Durante unas páginas, se quitó el tono didáctico y sermoneador que dominaba su prosa como si se quitara la prótesis, y se recreó en la idea de que sólo quien sabe estar solo puede amar a otro. El amor como un acto de voluntad y no de necesidad ni de dependencia. Ahí estaba el mejor Antonio, el empecinado. Ahí estaba escrita la razón de su muerte, ya que si la vida era amor, también era un acto de voluntad y no podía verse reducida a una necesidad de esfínteres descontrolados. Antonio Aramayona vindicó su independencia, la plenitud de su libertad como individuo, y emocionó durante unos cuantos párrafos a aquellos que sabían leer bien. Qué pena que no se dejara arrastrar por esos arrebatos. Había un escritor ahí, pero su propia conciencia de la libertad, su propio orgullo de persona independiente, cada vez más frágil y cada vez más necesitada de la amabilidad ajena, le impidieron traspasar ese umbral que todo escritor ha de cruzar para entrar en la literatura, el del pudor. Se mostró frágil y desnudo una vez, pero cerró la puerta de un golpe cuando se dio

cuenta de que la habían dejado abierta. Porque Antonio Aramayona, como les sucede a casi todos los exhibicionistas, como me sucede a mí mismo, era muy celoso de su intimidad, y si se mostraba y se dejaba narrar, como yo me narro y me dejo narrar, era para no tener que narrar lo que no quería dejar al aire.

*¿Dios?* y *Sonrisas y lágrimas con algún que otro bostezo en la escuela*, libros de 2010 y 2011, son muchísimo menos interesantes y no pasan de manifiestos más o menos entretenidos y divulgativos sobre dos de sus obsesiones militantes, el laicismo y la escuela pública. Mucho más sólido el primero, contiene la idea original de que si dios existiera tendría que declararse ateo. Eso es puro Aramayona. De fondo suena un Nietzsche sin Wagner, un Nietzsche como de cajita de música, un Zaratustra de barrio de San José. Ideas de predicador para adultos que no aprobaron filosofía en el instituto. El segundo es más vindicativo, nostalgia del profesor. Se publicó cuando el gobierno español empezó a ejecutar unos recortes presupuestarios salvajes que amenazaron la viabilidad del sistema de enseñanza pública. El libro podría ser una elegía, pues coincidió además con su jubilación definitiva, tras haberse retirado prematuramente, pero quiso ser el primer ladrillo de la barricada. Mientras lo escribía, destacó como perroflauta. Empezó a frecuentar manifestaciones, caceroladas, concentraciones. Se colgaba cartelones al cuello y largaba discursos sobre la educación pública. El filósofo Aramayona, el profesor Aramayona, un referente con camiseta verde, el color de la lucha contra los recortes.

Unas resmas de papel condenadas al almacén de una librería. Pasaron desapercibidos, nadie se molestó siquiera en molestarse. Ningún Zaratustra, ningún *Ecce Homo*, ningún compañero de pupitre de la escuela de Pforta gritando su escándalo a toda la nación alemana.

Antonio, tengo que pedirte perdón, le dije. Desvió la mirada y agitó la mano derecha. Por favor, dijo, no hace falta. Sí, tengo que pedirte perdón porque no pasé ni una sola vez a verte cuando estabas en el portal de la consejera. No tenías por qué, me dijo. Sí, sí tenía, estaba obligado y no me acerqué, lo siento. ¿Sabes quién vino una vez y se hizo una foto conmigo?, me dijo. Tu amor, Andrea, menudo mal de amores gastabas, me dijo. Furioso y adolescente, le dije. Tremendo, era tremendo lo que sufrías, me acordé mucho de ti cuando vino, estaba muy guapa y muy cariñosa, como siempre. Ya, dije, alguien me contó que vivía en las montañas, hecha una hippie. Incluso ella, que vive aislada, pasó y se hizo una foto contigo, debí de ser el único que no se asomó. No pasa nada, Sergio. Sí que pasa, ¿quieres saber por qué no fui? Porque quería escribir sobre ti, pero no me atrevía. Siempre me inventaba algo mejor que hacer. Empecé a leer entrevistas y artículos y pensé que yo podía hacerlo mucho mejor, pero nunca iba. Lo siento.

Eso no era todo, me dije a mí mismo. Sospechaba que lo que quería escribir no iba a gustarle a casi nadie, que me iba a salir una historia de tozudez y soledad donde todo el mundo veía épica y justicia. Era el tiempo de los indignados, y yo me había pasado el 15M en una cámara de aislamiento con mi hijo enfermo. No entendía nada, fue como salir de un coma en el futuro y encontrar a mi viejo profesor hecho un asco en su silla de ruedas, quebrando las astillas de salud que le quedaban en una performance larguísima e incomprensible. Día tras día, durante veintitrés meses, apostado en el portal de una política segundona, en la calle más comercial y transitada de la ciudad.

La historia empezó en la primavera de 2013 durante una protesta contra la supresión de las becas para comedores escolares. A los convocantes se les ocurrió recorrer las calles del centro con un montón de fiambreras, símbolo de las comidas que los niños pobres iban a dejar de recibir. Al día siguiente, una nota del periódico aseguraba que los manifestantes habían perseguido a Dolores Serrat, consejera de educación, hasta su casa, y le habían hecho un escrache con fiambreras. Era una casualidad, no hubo tal persecución. Los manifestantes ni siquiera sabían que la consejera vivía en esa calle. Habían pasado por allí porque todo el mundo pasa por allí, es la calle por la que hay que pasear, por la que caminan los novios para hacerse fotos en el Pilar el día de su boda. Pero la consejera sintió que la perseguían, y alguien de su partido denunció a la prensa esa supuesta persecución, lo que permitió a Antonio y sus compinches emprender la persecución real.

En junio de 2013, Antonio Aramayona, profesor de filosofía prejubilado, con una discapacidad del 65 por ciento, una pierna varias veces amputada, en silla de ruedas con motor, varios infartos, un ictus, una angina de pecho permanente, principio de

Parkinson y dolores crónicos en el muñón necrosado, se puso una camiseta verde, se colgó al cuello una pancarta por una educación pública y laica y aparcó su silla junto a un portal de madera de la calle Alfonso I de Zaragoza, donde tenía su domicilio Dolores Serrat, consejera del ramo en el gobierno autonómico.

Cada día durante veintitrés meses, hasta mayo de 2015, Antonio Aramayona pasó las mañanas de guardia junto al portal, sin tapar el escaparate de la tienda de al lado y sin cerrar el paso a los vecinos del inmueble. Tampoco entorpecía a los viandantes. Legalmente, aquello no era una manifestación, sólo un hombre parado en la vía pública al que de vez en cuando se le unían espontáneos, que tomaron el hábito de entonar el estribillo del «Canto a la libertad» de José Antonio Labordeta cada vez que daban las doce del mediodía y desde los altavoces de la cercana basílica del Pilar sonaba alto y distorsionado el «Bendita y alabada», himno a la virgen. Habrá un día en que todos al levantar la vista veremos una tierra que ponga libertad, cantaban. A veces llevaban música y se ponían a bailar y coreaban consignas en favor de la escuela pública y del laicismo, pero, desde un punto de vista legal, aquello era un señor que pasaba la mañana sentado en una calle del centro, como tantos otros miles de jubilados. Así lo entendió el juez que lo absolvió de un delito de desobediencia a la autoridad en un juicio para el que Antonio tuvo que ponerse chaqueta y corbata, aunque el delegado del gobierno entendió por su cuenta que todo el número constituía una alteración del orden público y un acoso ilegal a una diputada y miembro del gobierno, por lo que le amenazó con una multa de trescientos euros diarios. La policía acudiría cada mañana a imponérsela. La respuesta de Aramayona corrió por las redes y fue muy celebrada. En ella animaba al delegado a imponerle las sanciones que quisiera, pues ni él iba a deponer su protesta pacífica ni pensaba pagar voluntariamente. Tendrían que embargárselo de la pensión. Así, decía, quedará clara la naturaleza del robo. En la misma carta reprochaba al delegado que se preocupase más por el bienestar de la consejera (y comilitante), que al fin y al cabo no sufría más molestia que la de ver su cara al entrar o salir de casa, que de los niños aragoneses que habían perdido el derecho a beca de comedor escolar y pasaban hambre. ¿No es labor de un representante del gobierno velar por los derechos y el bienestar de los ciudadanos?, preguntaba.

Dos abogadas se ofrecieron pro bono a llevarle los casos administrativos y penales. Las acusaciones eran muy serias en un momento de represión y de promulgación de leyes que limitaban la libertad de expresión y el derecho de manifestación. Lo ganó todo, y me temo que lo ganó con pesar. Esperaba algún castigo. No mucho, no la cárcel ni una multa impagable, pero sí algo que acreditase su rebeldía y expusiera a la luz de todos la violencia del sistema. Antonio desafiaba al poder con la actitud de Groucho: ¿no irás a pegar a un hombre con gafas? También como Groucho sabía que al poder a veces no le importa pegar a un hombre con gafas. Ni Groucho ni Antonio tenían la seguridad de que no les fueran a partir la cara por sus impertinencias. No se atreverán conmigo, pensaba, pero una parte de él deseaba

que se atreviesen. Cuando un artista empieza una performance en la calle siempre cree que el mejor final es hacer mutis esposado en el asiento de atrás de un coche patrulla.

Forzar la paradoja fue una de sus mejores virtudes. Si me castigas, me das la razón. Si no me castigas, también. El poderoso se queda entonces congelado, el puño en alto en gesto de rabia, indeciso entre descargar el golpe o meter la mano en el bolsillo y darse media vuelta. Si le pega, está abusando de su poder y dejando claro que el suyo es un despotismo tan brutal e injusto que no soporta el desafío de un viejo en silla de ruedas que quiere morirse. Si se guarda la mano en el bolsillo, está diciendo que su poder es tan débil que hasta un viejo en silla de ruedas que quiere morirse puede ponerlo en jaque.

Pasó veintitrés meses en el escrache, pero venció el primer día. Los juicios, las amenazas y las declaraciones que lo descalificaban e intentaban reducirlo a un gamberro o a un agitador populista sólo fueron pataletas de quien se supo vencido y desarmado y no alcanzaba a entender cómo alguien tan poca cosa les había derrotado. Por supuesto, no cambió la política de recortes, no se reforzó la educación pública ni se retiraron los crucifijos de las escuelas, allí donde hubiese crucifijos, pero Antonio ganó porque tenía razón y supo plantar su razón en mitad de la calle. Contra cualquier sentido del ridículo y cualquier indicio de sensatez o mesura. Porque él reclamaba algo que sólo se podía negar desde la miseria moral, y a nadie le gusta que le recuerden su miseria moral cada mañana cuando sale a trabajar, a ejercer esa miseria.

La despedida de Antonio corre por cuenta de sus amigos más cercanos, muy implicados en su lucha por la educación pública y laica. Nos convocan en un antiguo instituto convertido en centro social por unos okupas. El edificio está junto a lo que fue una cárcel de mujeres en la guerra civil. Mi bisabuelo frecuentaba esa cárcel. Mi bisabuelo era falangista. No sé qué hacía en esa cárcel, como conté en algún libro, y sigo sin querer saberlo.

No apretar los dientes, no decir vaya puta mierda y no dar escape a la rabia son tres de las funciones más importantes de los funerales, que nos impelen a ser elegantes, a medir los gestos de las manos y a cuidar el tono de voz. Civilizamos la muerte para seguir viviendo.

Llueve y hace mucho calor, en los funerales siempre llueve. Acude mucha gente, hasta el alcalde, Pedro Santistevé, que es uno de los alcaldes de los nuevos frentes populares que gobiernan desde 2015 en todas las capitales grandes de España. Su presencia da un tono más funebre a un acto que se quería festivo e informal. Hay en el salón una muestra relevante de lo que fue el 15M en la ciudad. Muchos llevan camisetas verdes. Son militantes de izquierdas y caras habituales de los movimientos sociales, que en Zaragoza nunca han sido muchas ni muy cambiantes. Se han hecho viejos. Lo nuevo, pienso, está hecho por viejos.

Decenas de abanicos parecen a punto de echar a volar, como una paloma con el ala rota, incapaz de alzarse del suelo. Empieza el acto con la *Sexta* de Beethoven reproducida desde un ordenador y se oye fatal porque no hay sistema de megafonía. Siguen unos discursos que casi nadie oye tampoco, y una invitación para que se levante quien quiera y diga lo que se le antoje. Con total libertad, insisten. Reconozco entre las sillas a algunos íntimos de Antonio. He saludado a Silvia, que es, mucho más que yo, la idea platónica de la ex alumna. Lo observa todo con seriedad y ojos temblorosos. Viene llorada de casa, como otros. Antiguos compañeros de docencia, profesores jubilados, tipos importantes en la vida de Antonio. Ninguno de ellos se levanta para hablar, quizá porque ya tuvieron ocasión de despedirse y no sienten necesidad alguna de hacerlo en esa sala.

Escucho las intervenciones a medias, de pie junto al alcalde, apoyado en el marco de una puerta abierta que da al patio donde diluvia. Me gusta más escuchar la tormenta, pero me esfuerzo por atender los discursos. Es difícil, porque no se dicen cosas muy originales ni muy bonitas ni muy emocionantes. Casi todos abundan en la lucha de Antonio, en los dos años que pasó frente al portal de la consejera de educación. Hablan de él como maestro y se vuelven hacia su retrato en blanco y negro (elegido por él mismo semanas antes: lo llevó a una imprenta rápida y lo entregó, enrollado, a las organizadoras del funeral) para jurarle o prometerle que

seguirán su ejemplo. Como tú nos has enseñado, Antonio. Perseveraremos en la lucha, Antonio. Sólo un ex alumno rompe la tarde e improvisa un discurso mucho más personal, que boicotea el tono de ceremonia de beatificación. La sala agradece la dosis de verdad. Casi se nota cómo baja la temperatura y las mujeres dejan de abanicarse.

En la primera fila distingo a los dos hijos, en compañía de los hermanos de Antonio. Adivino, aunque bien puedo estar inventándolo, que esta última intervención les ha gustado y también aliviado. Quizá han reconocido en ella al fin algo de su padre, y quizá por eso Javi, el hijo, se atreve a levantarse y, con voz firme, dice: yo voy a hablaros de un Antonio Aramayona un poco distinto del que se ha hablado aquí. Se expresa bien, como su padre, domina la retórica. Cuenta cómo Antonio hacía trampas cuando jugaba con él de niño, y lo define como el mejor abuelo para sus nietos, aunque hace algo que me sorprende. Dice: también hubo muchas cosas malas, pero de éstas no voy a hablar. Muchas cosas malas. Como entre cualquier padre y cualquier hijo. Como entre cualesquiera personas que se aman. Muchas cosas malas. Bastan esas tres palabras para que el rito se manche de verdad. Claro que el Antonio político y el público eran muy importantes, y claro que el guión de esta tarde ha sido escrito por él. Quiso controlar su legado y llenarlo de ruido vindicativo. El propio documental de Sistiaga, que ha colocado cámaras en todas las esquinas del salón, y quizá estos cuadernos, forman parte de esa voluntad de intervención política. Hasta a mí me lo dijo varias veces. Sergio, quiero que mi despedida sea una celebración y una reivindicación de las cosas por las que he luchado: muerte digna, educación pública, laicismo. Antonio, le dije, no puedes controlar las reacciones de la gente, no puedes evitar que estemos tristes y que expresemos esa tristeza como nos dé la gana. A lo mejor no nos apetece tomar vino ese día. A lo mejor tampoco nos apetece alzar el puño y cantar el himno de la libertad.

Pues sí pudo controlarnos. A casi todos, salvo a su hijo.

Al terminar, le doy un abrazo húmedo de sudor. Está tenso. Begoña, su hija, me abraza más fuerte. Les digo que estarán metidos en una burbuja de irrealidad. No sé por qué lo digo, pero parece que acierto. Es exactamente eso, dice Javi, que se gobierna con una *terribilità* dignísima, la del que está a punto de arruinar lo civilizado del rito gritando vaya puta mierda y apretando mucho los dientes. Dan ganas de aflojarle la correa y soltarle el bozal, instarle a que ladre y muerda. Quizá me equivoco, porque no se lo he preguntado y no sé si me respondería si lo hiciese, pero tengo la incomodísima sensación de que siente dos cosas a la vez, gratitud por todo el cariño funerario y sentimiento de robo. Ha habido una apropiación política de la muerte de Antonio Aramayona. O una interpretación, sin duda auspiciada por él mismo, que prefirió dejar su recuerdo en manos de la militancia.

Hablo con Silvia en el patio lleno de charcos, después de la lluvia. Lo ha hecho, decimos. Lo ha hecho. Qué cabezón, qué manía por ser coherente a toda costa. No se



puede ser tan consecuente, nadie lo es, decimos. Lo he pensado estos días, digo: todo encaja demasiado bien, sin contradicciones. Es verdad lo que se ha dicho ahí dentro de que siempre vivió como pensó, pero ¿no asusta eso un poco? Las personas no somos así. Prometemos cosas que no cumplimos, cambiamos de opinión, cancelamos planes, dejamos los platos sin fregar para irnos al cine. ¿Dónde está la suciedad que nos hace humanos? ¿Es cierto que Antonio Aramayona era un santo y por eso lo han santificado con los puños en alto?

No lo decimos, pero compartimos una certeza monstruosa: si Antonio se hubiese echado atrás un minuto antes de dormir su última siesta, quienes le tienen por un santo laico se habrían sentido decepcionados. En cierto modo, su muerte les consuela, porque sienta a Antonio en el trono moral y ético donde intuían que estaba. Silvia y yo (y sus hijos y sus hermanos) habríamos agradecido el triunfo del Antonio humano. Quizá porque no creemos en santos ni los necesitamos, pero echamos de menos la risa de un chiste y otra copa de vino.

Hay un hambre de liturgia y devoción en cierta izquierda, la que se considera a sí misma verdadera o realmente existente, que hace que los santos laicos no se distingan de los de la iglesia. Tras el rodaje de una de mis intervenciones en el documental, Jon Sistiaga me dijo que era un alivio encontrar a alguien que aportase una mirada crítica sobre Antonio, en medio de tanta hagiografía. Están convencidos de que es un santo, tío, me dijo. No creo que mi visión sea crítica en absoluto. Al contrario, no soy capaz de juzgar con distancia o rigor porque le quiero y le admiro muy de veras. Lo que no siento es, quizá, devoción. Pero de eso no tiene la culpa Antonio. Yo amo, con pasión y sin condiciones, pero no sé ser devoto. Amo las contradicciones y los arrepentimientos. Mi amor es hacia las personas, no hacia sus ideales ni está inspirado por la forma en que son coherentes o se desdican.

Hay otro aspecto que puede confundir mi punto de vista, y es que no sé militar y siento una animadversión casi física hacia lo gregario. No me interesa, por tanto, la dimensión política del personaje, pero sí me intriga la forma en que la disfrutaba. Cómo gozaba rodeándose de autoproclamados luchadores, cómo les arengaba y cómo les hacía sentir parte de una idea de resistencia y dignidad. Pero este Antonio tiene poco recorrido, se agota en dos consignas y tres gestos. En él reconozco al actor Antonio Aramayona, no al profesor ni al amigo.

Para el devoto puedo sonar frío. Incluso crítico, como dijo Sistiaga. No busco, sin embargo, la cara oscura de Antonio Aramayona, porque tampoco creo que la tuviese. Busco la cara que me tocó y me cambió. Busco mi propio santo eremita, mi Zaratustra, no el santo guevarista de puño en alto y grito de Pasionaria. Busco lo que dejó en mí, y sé que esos sedimentos no tienen nada que ver con sus últimas palabras, ese testamento sonoro en el que apeló tantas veces a la libertad y al laicismo.

# LA COMUNA DE PARÍS

Con dos dedos y a doble espacio en la Olivetti Lettera 22, cinco o diez páginas, no más. Una noche que caía sobre una ciudad fantástica. Una noche de silencio que tomaba todo y de la que se escapaba el protagonista. Mi personaje sentía el acoso del silencio, que no era la negación del sonido, sino una constatación física que podía tocarse y cambiaba la naturaleza de las personas. Escribía muchas historias así, la mayoría no pasaban del segundo folio. Parafraseaba a Cortázar, hacía que las casas devorasen a sus inquilinos, que voces de fantasmas atormentaran a adultos muy seguros de sí mismos que vivían con sus madres muertas en moteles llenos de pájaros disecados. Copiaba todo, plagio tras plagio, pero aquel cuento sobre el silencio físico que tomaba una ciudad no me sonaba a ya leído. Quizá fuera un poco «Casa tomada», pero el contexto, el tono y la intención eran muy diferentes. Por eso lo presenté al concurso.

No sé si Antonio lo vio también original. Seguro que lo leyó como un psicoanalista, no creo que haya otra forma de leer el cuento fantástico de un adolescente. A los diecisiete años, todo es Freud. El símbolo era obvio: el silencio, la ciudad fantástica, el protagonista que se siente extraño entre la espesura, incapaz de comunicarse con nadie porque nadie le comprende. Él habla, pero sus palabras no hacen eco, las absorbe un vacío densísimo. Imaginaba ese vacío como una esponja húmeda y viscosa de jabón, esponja vieja, que ya no da espuma.

Antonio presidía el jurado del concurso y leyó el acta sin mucha ceremonia, una tarde de invierno más oscura que de costumbre. Al abrir la plica, el autor del relato resultó ser Sergio del Molino. Enhorabuena, Sergio, te hago entrega del premio. Y me entregó un sobre con un billete de cinco mil pesetas, arrugado de mil carteras, no uno de esos lisos que dan en el banco. Sospeché que lo había puesto él mismo. Quise preguntárselo para devolvérselo. Antonio, sé que el premio lo has puesto tú, no hace falta que me regales tanta pasta, en serio, guárdatela. Pero no lo hice. Metí el billete en el bolsillo y acepté los elogios con modestia hipócrita. Porque yo ya sabía que el cuento era bueno y no creía que hubiese nadie en el barrio capaz de escribir otro mejor. Si no me hubieran premiado, habría salido de allí con los dientes apretados. Habría golpeado papeleras y farolas, habría buscado el coche del Garcés y habría pateado las puertas hasta hacer saltar las cerraduras. Pero había ganado y me sentía tan infeliz como todos los ganadores. Un poco cretino y algo sucio. No quedaba nada de la sensación que tuve al corregir el cuento y pasarlo a máquina por última vez, aquella certeza no del todo podrida de que había escrito algo bello y legible, tal vez significativo, que decía cosas no dichas, o no dichas como yo las había dicho. Ya no era el tipo que había escrito algo, sino el idiota que calculaba cuántos porros y litronas podía comprarse con esas cinco mil pesetas tras descontar el precio de un par

de libros de bolsillo, porque no podía decirle a mi madre que me había gastado todo en los bares. Me compré dos de los negros de Cátedra y me sobraron más de tres mil pesetas que, bien administradas, daban para una noche larga. Vamos, Asteres, que hoy pedimos la cerveza cara, la mexicana esa que sabe a regaliz. Fuimos al Ycaro, una covacha con una barra y tres taburetes, toda pintada de negro para que no se viera la mugre, y heavy ratonero en los altavoces. A Asteres le costaba entrar allí. El Ycaro no era elegante, no tenía *feeling*. ¿Qué cojones es el *feeling*, Asteres? Es como el duende del flamenco, eso que no se puede aprender, que se tiene o no se tiene. Y el Ycaro no lo tiene. Nada que se escriba con Y en vez de con I lo tiene. Le falta hasta la tilde. No hay elegancia sin tildes. El Ycaro es deprimente, decía, pero mola en su decadencia, no te creas que no puedo disfrutar de estos sitios, no soy tan guay como me pintas.

El Ycaro era propiedad de Chema, que a veces pinchaba «Flight of Icarus», de Iron Maiden, y nos explicaba por qué su bar se llamaba así. El tío se acercó al sol y se le derretieron las alas. No hay que acercarse al sol, en serio, no os acerquéis al sol. Vale, Chema, tranquilo, que no nos acercaremos al sol. Anda, pon dos negras de esas que saben a regaliz. Chema tenía tanto miedo a que el sol le fundiese las alas que llevaba décadas viviendo de noche y se había construido un tugurio donde no entraba jamás la luz natural. Tenía la piel ceniza, evaporada de melanina. Cuánto duraban esas tres mil pesetas, nos emborrachábamos por sugestión. ¿No queréis pillar hoy?, nos preguntó Chema al salir del Ycaro, camino del Tres Hombres. Tomad un porrito que me acabo de hacer, invita la casa. Gracias, Ícaro. De nada, chavales, y no os acerquéis al sol, os metéis en la cama antes de que salga. Descuida, Chema, descuida.

¿Y qué vas a hacer ahora?, me dijo Asteres. Tomar algo en el Tres Hombres, ¿no? Digo que si piensas escribir, cómo va eso. Ni idea. Pero ¿tú escribes a menudo? Me encogí de hombros. Tío, ese cuento era mucho, decía, lo del silencio, la noche, la espera... ¿Lo has leído?, dije. Todos en la casa de juventud lo hemos leído. Eso del silencio, Sergio, me flipa. ¿Te imaginas un mundo sin ruido? Vivir sordo, sin música. Yo me mato. Te juro que me mato si me quedo sordo. Pero ese silencio es otra cosa, ¿verdad? Sí, claro, dije, cuando escribes, las cosas siempre son otras cosas, si no, ¿qué gracia tiene? Yo creo que el Aramayona no lo ha pillado, dijo. ¿Qué dices? ¿Cómo no lo va a pillar? No, que ha pillado que es un símbolo, seguro, pero que no lo entiende de verdad. ¿En qué sentido?, dije. En que él es parte del silencio y no del ruido, ¿lo entiendes? No mucho, la verdad. Déjalo, entonces. No, no, por favor, explícamelo, dije. Pues... Mira, éstos también son parte del silencio, dijo. Señalaba la puerta del Ifi, que quedaba a medio camino del Tres Hombres, pasado el Puente de los Gitanos. Tú vas mucho aquí, ¿no?, dijo. Bueno, mucho, mucho, tampoco, dije. Yo sólo he estado un par de veces, dijo, qué pesados son con el «Sarri, Sarri» y el Gora ETA y todo, me pregunto qué pintan aquí. Chico, dije, no hacen daño a nadie. Asteres me miró con sorna y se subió las gafas. Se recolocaba las lentes cuando no quería discutir algo obvio, una forma de decir no me jodas, Sergio, pero sin decir no me

jodas, porque Asteres, patillas perfiladas, tupé y botas, quería ser elegante, y las personas elegantes lo dan todo por supuesto, por eso le costaba tanto explicarme lo del silencio. ¿Sabes?, decía, las explicaciones no son elegantes. Un chiste es gracioso si no se explica, y una ecuación contiene toda la belleza del universo (decía estas cosas: toda la belleza del universo) cuando está muda en una pizarra. Qué pena que seas tan de letras, no te pega ser tan vago. Asteres iba a estudiar física, lo tenía claro desde el colegio. Bueno, pero ¿qué es eso de que Aramayona forma parte del silencio?, dije. Ay, qué pereza, explicarlo todo. En tu cuento el silencio es el ruido, ¿no? No. Bueno, pues lo parece, está como en negativo. Aramayona se creará parte del silencio, es decir, del ruido en el cuento, pero es parte del ruido, es decir, del silencio en el cuento. Lo dices porque no lo aguantas, dije. Es un payaso, Sergio, no sé qué le veis, y un oportunista. Trae a la prensa a la mínima, siempre anda con escandalitos, le importamos una mierda, dijo. Pues yo creo que las cinco mil pesetas me las dio de su bolsillo, dije. Seguro, dijo, en la casa de juventud no tienen un duro. ¿Y no te parece generosísimo?, dije. Sergio, son cinco mil pelás, no te quedarán ya ni mil, no es para tanto. Tú siempre estás con la elegancia, dije, pues esto es elegante, ese billete es elegante, la forma en que me lo dio es elegante. Tranqui, Sergio, tío, ni que me hubiese metido con tu padre. Venga, va, dijo, pago yo estos botellines, para que veas que sigo siendo elegante.

Miro atolondrado hasta que reconozco una cara que sonrío. Señor, unos sesenta, pelo cano, aseado. Nunca sé desde dónde me llaman cuando oigo mi nombre en la calle. Tardo mucho en ubicar a las personas y sospecho que se nota. No lo soporto, me hace quedar como un maleducado. Qué tarde más dura, dice, ¿verdad? Sé a qué tarde se refiere, la de la despedida de Antonio. Ya le he reconocido, viejo compañero de claustro de Aramayona y lector de mis cosas. Yo quería aprender de esto, me dice, algo bueno nos tenemos que llevar de este trago, no sé. Paseamos un trecho por la sombra, me toma del brazo, me habla de *La hora violeta*. Qué te voy a contar a ti de la muerte. Llevaba mucho tiempo planificándolo, dije, tomó la decisión hace cinco años. Se detiene, me aprieta el brazo. No, dice, mucho más. Una vez, hace más de diez años, me llamó. Yo estaba de viaje y me llamó para decirme que se iba a matar. Le disuadí, cogí el coche y le pedí que me esperase. Viajé varias horas hasta Zaragoza, llegué a su casa y le convencí de no hacerlo, dice. Seguimos caminando y finjo que no me impresiona la historia. Cuánto dolor, dice, no alcanzaremos nunca a entenderlo. ¿Crees que Antonio era tanatofílico?, digo. Qué tontería, ¿quién ha dicho eso? Un psicólogo que sale en la película de Sistiaga, digo, se lo diagnosticó. Qué barbaridad, dice, de sobra sabes lo vital que era Antonio, esto se debe a su amor por la vida. Estaba jodido. Le jodía mucho no poder disfrutar y verse cada día más limitado. Sobre ruedas, digo. Sobre ruedas, dice. Llega un momento en que la ironía no funciona o no te sirve, dice. Puede ser un consuelo para los demás, pero te causas de tu propio humor porque no te lo crees, porque nunca te lo has creído. Antonio sufría mucho, un sufrimiento del alma, tenía demasiada energía para tan poco fuelle. Era desgraciado. Desde hacía años. En fin, yo me voy por aquí. Un gusto verte, como siempre, aunque sea así de breve. Adiós.

Viejos compañeros de claustro me han contado historias parecidas. Colegas que vivían pendientes de él, llamándole por las tardes para asegurarse de que no se había matado. Conversaciones obsesivas sobre la muerte. Cansancio. Era un incordio para muchos profesores, carne de inspección, una máquina de paradojas y de dilemas irónicos, pero también una persona con una pierna amputada, con las fuerzas menguantes, rota.

No hay sino un problema filosófico serio, el suicidio. Lo escribió Albert Camus. Y Julio Cortázar replicó: sólo viviendo absurdamente se podría romper alguna vez este absurdo. Bobadas, habría dicho Camus de haber leído a Cortázar: el absurdo no se deshace, se asume y se afronta. Eso hace el hombre rebelde.

Hay que imaginar a Antonio como Camus suponía a Sísifo, ciego y agotado tras subir la roca cuesta arriba. En esos segundos en que ha llegado a la cima y la roca vuelve a rodar abajo, antes de darse media vuelta para volver a empujarla. Sísifo sin

el peso que ha llevado, sin ver nada en sus ojos muertos, pero con la brisa en la cara. Tal vez, aspirando los aromas de la montaña. Espliego, pinos, flores de edelweiss. El desdichadísimo Sísifo, condenado por los dioses a pasar su vida inmortal acarreado la misma piedra, sería feliz entonces, de una forma incomprensible para quien no haya gozado jamás de la felicidad. Quiero preguntarle esto al viejo amigo de Aramayona. Quiero que me cuente si entiende la dicha de Sísifo, pero las mejores preguntas se me ocurren siempre cuando no queda nadie para responderlas.

Quienes diseñaron las casas de juventud, como se llamaban en Zaragoza (en otros sitios tendrían otro nombre, quizá menos fascistoide), lo hicieron asustados por los yonquis que se tumbaban en los descampados de los primeros años de la democracia. Alguien bienintencionado relacionó el aburrimiento con la drogadicción y comprobó que en los barrios como San José lo único que podían hacer los jóvenes de instituto era comer pipas en un banco. La gente cree que uno se mete en las drogas por los porros, pero el primer paso son las pipas con sal.

Bajo la apariencia de una intervención social y democrática se escondía un impulso elitista, porque aquella misión socialdemócrata venía a salvar lo más aprovechable de las ruinas del barrio. Eran centros de reclutamiento. Apenas aparecía por allí nadie ajeno al instituto. Ni gitanos ni esa gente que a los quince ya andaba cambiando bujías o levantando palés de leche semidesnatada en el almacén del supermercado. En la casa de juventud se hacía teatro, se jugaba al rol, se pintaba, se revelaban fotos, se bailaba y se escribían fanzines. Nada de eso interesaba a los que ya no iban al instituto, como demostraba un grupo de inspiración punk fundado en la propia casa. Se llamaban Airbag y su único éxito (de barrio) se titulaba «Centro FP». La letra decía:

*Fracasaste en los estudios  
en aquel colegio de habas  
y por eso terminaste  
en un centro de FP.  
Venderás tripis y porros  
a los críos de primero,  
te llenarás los bolsillos  
con su jodido dinero.*

La formación profesional era el lugar al que ningún chico listo quería ir. Mis padres no querían que acabase allí de ninguna de las maneras, y debía fiarme de mi padre, aunque ya no tuviese mucha relación con él por aquel entonces, porque era profesor de FP. La casa de juventud no se preocupaba de los que se habían salido del camino recto hacia la universidad. De hecho, se defendía de ellos con alarmas y rejas.

Antonio nos mandaba a la casa de juventud y nosotros íbamos por la única razón por la que los adolescentes van a un sitio así, por el instinto de apareamiento. Estar en ella nos convertía en niños buenos y hacía que nuestros padres dejaran de preocuparse. Nos alejaba de la bolsa de pipas, del Riojano y de las drogas. Éramos los pánfilos, los nerds, los frikis, aunque ninguna de esas palabras se usaba en 1995,



pero vivíamos ajenos a la evangelización, la educación para la ciudadanía no era incompatible con lo narcótico. Antes de cumplir los dieciocho, como el resto de mis compañeros, yo ya había probado casi de todo. Los porros eran un hábito diario que no merecía estar en la enumeración. Luego venían los tripis, quizá alguna anfetamina, y, tan sólo alguna vez, speed y coca. Nos movíamos por los bares con una libertad que otras generaciones no han tenido, y algunos camareros eran también camellos. Nos vendían el costo que guardaban debajo de la barra y nos lo cobraban con la cerveza. Los buenos chicos de la casa de juventud convivíamos con personajes como el Rata y el Temblores, que quisieron montar un grupo punk (otro más) al que llamaron, sin pensarlo mucho, El Rata y Temblores de Cojones. Una noche, la policía entró en el Berlín y el Rata llevaba el bolsillo lleno de pirulas para vender. No se atrevió a tirarlas y se tragó un puñado. Tuvieron que lavarle el estómago y pasó unos días en el hospital enchufado a un gotero. La historia le convirtió en un héroe. Cuando le dieron el alta, hubo pirulas para todos.

La droga era barata y muy abundante, salvo la cocaína, privilegio de los que habían escogido el centro de FP y ya estaban trabajando en un taller o en una fábrica y presumían de billetes de cinco mil sin arrugas en la cartera. En la casa de juventud colgaban carteles de la fundación de ayuda contra la drogadicción y daban charlas, pero aquella murga no iba con nosotros. Hablaban de los otros, porque nosotros nos drogábamos por diversión, no como los yonquis, que se drogaban por necesidad patética.

Fue en aquellas tardes de tertulia, preparando fanzines y hablando de música y de películas, donde descubrí a otros que también se quedaban despiertos hasta la madrugada para ver los capítulos de *Doctor en Alaska*. Asteres me dejaba cintas de Eric Clapton y yo le prestaba el *Led Zeppelin III*, con la canción de un ahorcado que pide ayuda para que sobornen al verdugo y le descuelgue. Con otros aprendí que no caminaba solo por las calles de Arkham y los mundos viscosos de Cthulhu, y a medida que la intimidad se hizo más susurrante y oscura me atreví a hablar de *Octaedro* y del metro de París y de manuscritos hallados en bolsillos. Se lo contaba a Andrea, que no había estado nunca en París, en aquellas tardes de haraganeo útil de la casa. Léete este cuento, Andrea, y éste, «La autopista del sur», y éste, «Lugar llamado Kindberg». Me recuerda a Kieslowski, decía ella al devolvérmelos. Kieslowski. Qué bonito sonaba en su voz y en el aire chato de las calles altas de San José. Kieslowski. *Tres colores. Azul. Blanco. Rojo*. No entendíamos nada o muy poco, pero nos encantaba no entender porque no entender era una forma de prestigio. Los simples lo entendían todo a la primera. Andrea y yo apenas intuíamos de qué iban las cosas que nos gustaban. Todo era grande, misterioso e impenetrable, y eso nos hacía a nosotros grandes, misteriosos e impenetrables. Kieslowski hablaba de Europa y nosotros éramos Europa. Hablaba de personajes tristes que no sabían expresar esa angustia que se les quedaba pegada dentro del esternón, como nos pasaba a nosotros. Pero, sobre todo, hablaba de Francia, y yo había estado muchas

veces en Francia, gracias a Michel, el segundo marido de mi madre. Había visto las carreteras y las granjas de *Azul*, y me había subido en los vagones de metro que salían en *Blanco*. Son así, Andrea, le decía, y tienes que leer a este escritor argentino que en realidad es francés. Este cuento habla de un tipo que persigue a mujeres en el metro. Uf, qué mal rollo, decía. No, no las persigue en realidad. Él se sube al metro con un itinerario fijo. Piensa: haré trasbordo aquí, cogeré esta otra línea y saldré a la calle por esta boca. En el vagón, escoge a una mujer y confía en que haga su mismo trayecto. ¿Y lo hacen?, preguntó. Nunca. Por eso una vez hace trampas y rompe sus propias reglas.

Andrea era un año mayor porque había repetido tercero de BUP y no se parecía nada al resto de chicas de la clase ni del barrio. Siempre tenía las manos frías, una voz un poco rota que usaba con dulzura en un mundo donde casi todos gritaban y un pelo rizado y oscuro que le caía hasta media espalda. Vestía de negro, discreta, desaliñada, y cogía el boli con una fuerza y una torpeza encantadoras que dejaban una marca honda en el papel, como si excavase al escribir. Era comunista o anarquista o ecologista o lo que tocara ser esa semana. Leía libros feministas que le dejaba la hermana de una amiga, que andaba metida en un grupo okupa que postulaba una especie de castración global, y quería irse de cooperante a Nicaragua. Me tenía enamorado hasta el último nervio y ella no expresaba el menor interés erótico en mí, pero no hace falta insistir en algo tan obvio y tan de folclore de estudiante. Por ella lloraba a menudo, hasta el atragantamiento, hasta la demencia. Si Andrea no me amaba, nadie me amaría nunca. Por la noche, viendo *Doctor en Alaska*, imaginaba a Maggie con la cara de Andrea y fantaseaba con morir solo y helado en la cabaña del doctor fleischman. Andrea-Maggie lloraría al arrojar mis cenizas por el Parque Mercurio, y al ver todo ese polvo blanco que la semana anterior fui yo, comprendería de pronto que me amó siempre, y lloraría entonces por su soledad, no por mi muerte.

Más allá del sufrimiento insoportable y de los impulsos suicidas, lo llevaba bastante bien, y nada me impedía ser amigo de Andrea. Amigos extraños, inseparables. Nos sentábamos juntos en clase y conversábamos toda la mañana mediante notas. Supongo que llamábamos la atención de los profesores, que preferían ignorarnos, porque muchas discusiones llevaban pasión. Otras eran sólo divertidas. Y cuando nos enfadábamos, escribíamos furiosos y nos arrojábamos el folio con violencia. Y cuando nos gastábamos bromas, nos reíamos sin esforzarnos por disimular. Andrea me salvó la vida escolar. Me extirpó el tedio que pudría la cara interna del esternón y logró que me apeteciese ir a clase por las mañanas. No llegaba tarde, subía de dos en dos los escalones del puente del ferrocarril y marchaba al trote por la cuesta final. Por el camino pensaba en qué le contaría, en cómo le hablaría del libro de Sábato y en lo necesario e impostergable que era viajar a Buenos Aires y hacernos argentinos, porque ella y yo pertenecíamos a la plaza Dorrego y no a ese camino de Miraflores que termina quién sabe dónde, entre las huertas odiosas.

Lo que empezó siendo una forma muy simple de comunicación clandestina

devino grafomanía. No escribía un diario porque aquellas notas eran mucho mejores. Con lectura y reacción inmediata, cada vez más largas. Andrea me daba patadas y codazos cuando escribía mucho rato. Quería leerlo ya. Mes tras mes, la escritura se refinaba, se llenaba de sobreentendidos, se mezclaba con los gestos y se superponía a las caricias que ella me hacía por debajo de la mesa tras leer algo que le gustaba mucho. Caricias que no me atrevía a devolver porque ya estaba muy hablado ese tema del enamoramiento y no quería estropear el cariño. ¿De qué conversábamos? No lo recuerdo. Siempre me he despreocupado del destino de mis escritos. Tiendo a olvidarlos deprisa, casi nunca releo nada de lo que publico, y aquello era material publicado. Lo había escrito para Andrea, Andrea lo había disfrutado y ya no tenía sentido dedicarle un pensamiento más. Me ponía a escribir otra nota, a responderle deprisa.

Años después, estando ambos en la universidad, cada uno en una ciudad, nos reunimos en la suya y acabamos en el piso que compartía. Tengo una sorpresa para ti, me dijo, y sacó una caja de madera que contenía un montón de papeles. No están todos, pero casi todos, dijo. Eran nuestras conversaciones. Al final de las clases, yo me desentendía de los papeles, pero ella los metía en el libro de texto y se los llevaba a casa. Los guardó durante años. No supe qué decir. Todo aquel tiempo me había convencido de que yo era para ella mucho menos importante de lo que ella era para mí, que debía esforzarme por seguir en su vida porque cualquier cosa un poco más interesante que yo me podía desplazar, y casi todo era mucho más interesante que yo. Hasta qué punto me confundía que fui incapaz de apreciar que me quería como se quiere a las personas que se te clavan y te sostienen. ¿Cómo pude llegar a pensar que era irrelevante para ella, que nuestra amistad no significaba gran cosa? Desconfío desde entonces del romanticismo y de los sentimientos arrebatados. Te vuelven egoísta, te cierran los ojos al amor ajeno. Andrea no me quería de la forma tristanisoldiana en que yo ansiaba ser amado, pero me quería mucho, y mi propia literatura me impidió gozar de aquel amor. Esa caja de madera era la prueba. Esos papeles contenían un romance mucho mejor que los que yo había leído. Había allí un enamoramiento, una comprensión y una entrega de dos personas que hoy sé que es privilegio de pocos. Fui yo quien no comprendió, no el incomprendido. No correspondí a su amor. No lo merecí.

La única persona que entendía mi relación con las palabras era ella. La única que sabía de mis intenciones, si es que entonces podían llamarse así. Porque intenciones, en San José, no se tenían. Elusiones, todo lo más. Eludir el centro de FP y alcanzar la universidad, pero no por vocación académica, sino como única escapatoria del centro de FP. Sí, yo quería escribir. No quería otra cosa, pero no era un proyecto. Lo decía como los niños dicen que quieren ser astronautas, y sólo se lo contaba a Andrea. No era un objetivo ni un sueño por el que luchar, era algo que se dice, y por eso mismo, implantable. Había que acompañarlo de una mueca y un bufido, y bajar la voz, como si me avergonzase un poco. Escribir, ya ves qué tontería. No conocía a nadie que se

dedicara a un oficio literario. Ni siquiera los profesores de literatura parecían muy interesados en ella. Alguno hasta hablaba con admiración de Joaquín Sabina, supongo que por método pedagógico, para buscar referentes populares con los que esa masa de tipos bostezantes y despatarrados se identificara, y a mí me daba pudor que alguien comparase desde la tarima aquellos ripios con Machado o Kavafis. Andrea y yo nos burlábamos en nuestras notas, aunque a ella le gustaba Sabina. No seas tan malo, escribía, que Sabina mola. Y yo dibujaba un hombre ahorcado y le devolvía el papel metiéndome los dedos en la boca, fingiendo una arcada.

Me llamó una tarde al periódico, hacía tiempo que no sabía de él, pero reconocí su voz sin que se identificase. Macho, no paras de publicar cosas. Hay muchas páginas y poca gente para llenarlas, dije. Tenemos que vernos, dijo. Quedamos a comer e insistí en invitarle. Me hacía ilusión presentarme ante mi viejo profesor como alguien de provecho con su nómina y su firmita. Escogió él el sitio, un figón de menú donde todos le conocían, en Torrero, un barrio al sur de la ciudad con peor fama que San José porque contiene la cárcel y el cementerio. Pedimos vino y gaseosa, ¿no? Ya ves que éste es un sitio decente y proletario, ¿te gusta? No, no me gustaba nada y me sentía ajeno a las exaltaciones proletarias porque estaba viviendo una de las etapas más imbéciles y luminosas de mi vida. Como hijo pobre acostumbrado a una casa donde nunca se cenaba en un restaurante, tiraba mi sueldo en farras, comidas y viajes. Me movía por la ciudad de taxi en taxi, como si quisiera desquitarme en unos meses de toda una vida de cálculos y transbordos de metro y autobús. Sólo hacía dos cosas, trabajar en la redacción y salir por ahí. Muchas veces, sin dormir en medio. Escribía con resaca o con la borrachera fresca y me acostaba con todas las chicas que podía, que eran más de las que había supuesto, no imaginé tanta alegría y disponibilidad. Ya no era el adolescente trágico que penaba por amores imposibles. A sitios como Torrero sólo iba por trabajo, para entrevistar a alguien deprimente para algún reportaje de lagrimeo o cuando nos daba por ponernos exóticos un lunes de madrugada y alguien decía que allí había una tasca de gitanos siempre abierta donde nos darían al menos unas cervezas. Nada me podía disgustar más que el vino con gaseosa de un figón proletario con un viejo profesor de Comisiones Obreras. Los sindicalistas me parecían entonces curas ceñudos.

Aquella misma semana me había acostado con tres chicas en el mismo día. Por separado. La primera correspondía a la noche anterior, pero se quedó en mi casa hasta casi el mediodía. La segunda fue una muchacha que me traía loco y con la que tenía muchas idas y venidas. Vino a pasar la tarde conmigo y se marchó sobre las diez porque tenía una cena, sospechaba que con un novio cuya existencia me ocultaba sin esforzarse demasiado. La tercera fue una vieja conocida que me encontré en La Casa Magnética que aceptó la última en mi casa. Me sentía muy orgulloso de mi vocación de sátiro y me torturaba no poder presumir de ella ni siquiera por escrito. Me identificaba con la enfermera Price, personaje de Jenny Agutter en *Un hombre lobo americano en Londres*, que vive sola en un apartamento coqueto de Londres y se ha encaprichado del joven David, mordido por un hombre lobo y muy trastornado y vulnerable. Se lo lleva a su casa y le dispara una de las insinuaciones más irresistibles y extrañas de la historia del cine: he tenido cuatro amantes en mi vida, tres de ellos en una sola noche. No me interesaban ya Marx, ni la lucha de clases, ni la solidaridad

obrero. Además, me estaba aficionando al vino bueno. Tomarlo con gaseosa me deprimía.

Sentado en aquel figón de manteles de papel, con la botella de La Casera en medio, contemplé a Antonio, que me hablaba de compromisos serios y de entusiasmos hondos, y sentí de pronto el peso enorme de mi propia imbecilidad. Estaba ya un poco roto, Antonio. Le vi cansado. No sé por cuántos institutos había pasado ya. No sé en cuántas causas andaba enfangado. Me habló de su hijo mayor, que vivía en Irlanda, y se emocionó un poco cuando me empeñé en pagar la cuenta. Las vueltas que da la vida, dijo, ahora andáis encargándoos de mí. Lo sentí triste, lejano del mundo. ¿Dónde estaba ese profesor vendavalero e incordián? Ni siquiera había sorna, ese gusto por gastar bromas en serio, todos esos juegos suyos tan desconcertantes. Parecía un sindicalista más, como los que conocía por mi trabajo. Grises, de moral estrecha, aburridos. O quizá fuera que mi recién descubierta imbecilidad era impaciente con todo lo que no sonase dionisiaco. Si Antonio seguía siendo lector de Nietzsche debía entenderlo. O tal vez no, porque daba la impresión de haberse hundido en el lado apolíneo. No me interesaba la educación pública, ni los foros antiglobalización, ni la tasa Tobin, ni la renta básica universal. Quería contarle que algunas noches, cuando no salía, escribía cuentos crípticos muy pornográficos donde mi sosias priápico penetraba hasta la hemorragia a chicas tristes y suicidas. Quería contarle que no era aún tan imbécil, pese a serlo muchísimo, como para pensar que aquellas prosas merecían una sola lectura. Que, de hecho, procuraba que no las leyese nadie, porque temía que identificasen las claves y descubrieran que me acosté con la novia de un amigo. Pero no podía dejar de escribir. Quería decirle eso, que nunca había dejado de escribir y que escribir era lo único que ordenaba el mundo y lo hacía habitable. Quería decirle que escribía por él, que si yo era Nietzsche, él era mi Schopenhauer, y que si tenía una conciencia muy borrosa de que aquellos escritos me llevarían en algún momento al país literario donde quería mudarme, era porque él me inculcó esa convicción. Había ido a comer con el maestro salvaje, pero mi imbécil impaciente sólo encontró a un viejo frágil y atado a una verborrea izquierdista incompatible con su sentido de la ironía, el dilema y la paradoja. Tenía resaca. Las decepciones son insoportables con resaca. Pero aquello era más que una decepción, porque al mismo tiempo sabía (y lo sabía en cursiva, *lo sabía*, que es como se saben las cosas de forma unívoca) que quien debía sentirse decepcionado era él. Su alumno sensible, letraherido, cortazariano y comunista había sido devorado por aquel periodistilla arrogante que parecía tener prisa por largarse.

Sergio, me dijo cuando pedimos el café, ¿a ti te han reventado los cojones alguna vez? Digo reventártelos de verdad, por dentro, que te los rompan del todo. Joder, Antonio, no sé qué quieres que te diga. A mí sí, Sergio, a mí sí. Muy cerca de aquí, en la puerta de un garaje, de una patada con una bota de esas de punta de acero. ¿Sabes quién es Antonio Salas? Sí, claro, sabía quién era Antonio Salas, el seudónimo de un periodista que hacía reportajes gonzo. Se había hecho famoso por *Diario de un skin*,

un libro sobre su infiltración en una banda de cabezas rapadas. Antonio lo había leído y se había puesto en contacto con él, algo difícil porque vivía medio escondido para que sus antiguos compañeros de banda no le encontrasen. Me he puesto a investigar, Sergio, no sabes lo que hay ahí, quién está detrás de todo eso, quién financia a los neonazis. Antonio, dije, ten cuidado. Si ya te he dicho que me han reventado los cojones. ¿Quién? Uno que me estaba ayudando, pero se torció, le entró miedo y me dejó ahí tirado. Antonio, en serio, ten cuidado. ¿Por qué, si ya me han reventado los cojones? Que me maten, si quieren, no les tengo ningún miedo. Hay que montar algo, escribir algo. Si te cuento lo que sé, ¿lo publicas? Según, dije, y no voy a publicar nada que haga que te den una paliza, Antonio, ni de coña, hasta ahí podríamos llegar.

A mediados de los años noventa, Zaragoza vivió una psicosis sobre la violencia de los cabezas rapadas. Otras ciudades españolas también, pero Zaragoza era punto de encuentro de sus organizaciones, montaban festivales de música Oi! y la prensa dedicaba muchas páginas a las palizas de cada fin de semana. Las leyendas sobre las cacerías (agresiones a jóvenes con aspecto izquierdista) eran folclore en los recreativos, en el Riojano y en los cigarros de la plaza de los Calderos cuando volvíamos al barrio los sábados. Quienes, como yo, llevábamos el pelo largo o vestíamos de tal forma que se nos identificase con un guarro, evitábamos pasar de noche por las calles y los bares que frecuentaban los cabezas rapadas y, por supuesto, nos alejábamos mucho del estadio de fútbol los días de partido, pues entre la hinchada berreaban los neonazis más violentos. La paranoia llegó a tal extremo que mi madre me requisó una camiseta, regalo de un amigo. Era roja con la hoz y el martillo y las siglas CCCP. No te vas a poner eso, me dijo, parece que vas pidiendo a gritos que te maten. Sigo pensando que mi madre exageró mucho, pero su actitud era coherente con el miedo que se vivía en la ciudad, en especial en barrios como San José. Los hechos son difusos y sujetos a tergiversación, hipérbole u omisión, pero el miedo es unívoco. Cuando triunfa en un ambiente, no hay estadística que lo rompa o lo consuele. El escritor Miguel Serrano reflejó el clima de aquella Zaragoza en su novela *Autopsia*. Al leerla, supe que fue real y no sólo se sentía en mi familia ni en mi barrio.

Aquella noche no hablé mucho y me fui pronto a casa, pero no podía dormir. Me levanté, hice café y puse la radio. Imaginé a Antonio llamando a uno de esos programas de madrugada. El poderoso profesor, mi inspiración, devorado por la paranoia, paralizado por leyendas adolescentes sobre cabezas rapadas. Recordé a Mauri, que apareció un día con la cara hinchada y el cuerpo lleno de moretones, feliz, con las pupilas abiertas, como si se hubiese puesto hasta las orejas de cocaína para compensar la modorra de los calmantes. No os lo vais a creer, dijo, anticipando una incredulidad que en San José siempre había que dar por supuesta. Cruzaba el Parque Miraflores, dijo, y me empezaron a llamar. Serían, qué sé yo, ¿las cuatro de la mañana? Era muy de noche, no había ni dios. Eh, tú, guarro, oigo que me gritan. Y yo, medio tajado. Busco un hueco para salir corriendo, pero me han emboscado.

Salen de entre los árboles. Ni los cuento, macho, todos con la bómber y las botas. Ahí me digo: Mauri, si quieres salir de ésta, tiene que ser a hostias, así que la primera es tuya. Me acerco al más chulito, en plan déjame pasar, gilipollas, y el chulito se ríe, así que me acerco más, muy tranqui, y le digo ¿me dejas pasar, por favor? Lo tengo justo delante, y se ríe, el cabeza de billar de los cojones, así que lo agarro de la nuca y le suelto un cabezazo en todas las napias. No se lo esperaba, co. El tío se va al suelo y empieza a sangrar como un gorrino. Los otros se quedan parados y yo aprovecho para echar a correr, pero me pillan enseguida y me empieza a caer la del pulpo. Me tumban y me caen hostias como si granizase. Intento levantarme y me tumban otra vez de una patada. Pero aún les jodí bien antes de tumbarme del todo. A uno le rompí los huevos y a otro le di un mordisco en un brazo que yo creo que casi le arranco un trozo. Joder, dijimos, ¿y cómo terminó todo? Los maderos, dijo. Debieron de notar el barullo desde la garita y se acercaron. Salieron todos corriendo y dejaron al chulito tirado en la hierba. Para mí que estaba inconsciente. No se movía. Pensé: ¿y si me lo he cargado? Les pregunté a los maderos, pero no me dijeron nada. Me llevaron a urgencias, me dieron unos puntos y unas pirulas de puta madre para el dolor que si queréis luego os paso, a medio talego cada una. Yo creo que me lo he cargado. Venga, invito yo, a la salud de esos hijos de puta. Y se hizo un porro del costo de su reserva, el que no vendía a nadie.

Ya he escrito que en San José veíamos muchas series de policías, así que no tardamos en percibir inconsistencias en el relato de Mauri. Quizá si no lo hubiese contado tantas veces, no nos habría llamado la atención. Venga, yo invito, decía, y al pasarnos el porro nos preguntábamos por qué había cambiado tanto la cronología. Por qué unas veces la paliza era a las cuatro y otras a las dos. Por qué a veces era noche cerrada y a veces empezaba a clarear. Por qué a veces salía el puente que hay junto a la comisaría y a veces no. Por qué a veces la ambulancia se llevaba al cabeza rapada y otras Mauri se marchaba en un coche patrulla desde el que veía al tipo tumbado, quizá ya muerto, sobre un emplaste de sangre. A veces salían de entre los árboles y a veces se plantaban en mitad del camino de grava. Y lo más importante: por qué Mauri cruzaba solo el Parque Miraflores de madrugada. Si algo estaba claro en la mitología del miedo neonazi era que ese parque era el preferido de los calvos para sus cacerías y palizas. Pese a todo, algunas pocas veces lo cruzábamos. Por la misma razón por la que yo cruzaba en diagonal el descampado de los Trofeos Pódium, para que no pudiesen decir que teníamos miedo. Pero el Parque Miraflores era nuestro bosque del lobo, nadie podía reprocharnos cobardía por bordearlo y buscar la tranquilidad luminosa de la avenida del Tenor fleta. Al contrario, meterse en él de noche era propio de gilipollas. Y Mauri era un poco gilipollas, en el peor sentido, porque tolerábamos a los gilipollas soberbios, pero no a los idiotas. ¿Por qué te metiste en Miraflores, subnormal?, le decíamos al final del porro. Él se encogía de hombros. Yo qué sé, siempre voy por ahí y nunca me había cruzado con nadie.

A su espalda, dudábamos. En las noticias no salió ningún cabeza rapada muerto ni



herido, la policía no vino ni para hacerle unas preguntas de carril y ningún neonazi asomó por San José en busca de venganza. Mauri siempre andaba con líos de trapicheo. Empezó revendiendo costo a los amigos, hasta que un camello le rompió la cara y se retiró un tiempo breve. Cuando volvió, se profesionalizó. Cada vez vendía más y sospechábamos que se había quedado con alguna esquina. Nos dijimos que se pasó de listo en un mercado poco abierto a la libre competencia y le dieron una tunda. Se inventó lo de los skins por prestigio y tal vez vergüenza.

Pensaba en Mauri, en lo mal que le había ido en la vida y en que también podía ser, como imaginaba antes con Antonio, uno de los desgraciados que llama a la radio para desahogarse y sentir la paz narcótica de una voz modulada que asiente. Hola, Antonio, buenas madrugadas, te escuchamos. Mira, te llamo porque hace unos días me reventaron los cojones en la puerta de un garaje. Entiendo, Antonio, pero tengo que pedirte que no te expreses así. Te golpearon en los testículos, ¿no? No, me reventaron los cojones, ¿es que nadie habla claro aquí?

Mierda, Antonio, volví a pensar, puede que en voz alta, ¿qué te ha pasado? ¿En qué andas metido? Quise volver a verle, llamarle en ese mismo instante. ¿Qué hora era? Casi las cuatro. A lo mejor estaba despierto. Quería decirle que lo dejara, que el tal Antonio Salas, el del libro *Diario de un skin*, era un fantoche, y que todos esos periodistas gonzo e infiltrados no eran más que chulitos de gimnasio como Mauri. Les conocía bien. Les gustaba presumir de sobrevivir a todas las guerras. Dios, cómo los detestaba. Había leído aquel libro. Horrible. ¿Qué le había llamado la atención de esas páginas a alguien tan inteligente como Antonio? Esa forma tan simple de meter miedo. Era la misma estrategia que usaban los periódicos para asustar a las madres de San José. La gran conspiración, el mundo de las sombras armando al lumpenproletariado con botas militares y esvásticas para liquidar la resistencia de los viejos barrios trabajadores, partiéndoles la mandíbula a los nietos de los obreros que nunca pudisteis matar. *American History X* en la clase de ética. El skin arrepentido que salva a su hermano del odio, con banda sonora moteada de crescendos redentores, violines y metales a la vez. Todo basura, Antonio, le decía aquella madrugada, como si Antonio estuviese junto a mí en el sofá. Déjalos en paz, son críos que dentro de poco serán destruidos por un mundo de adultos donde tendrán que borrarse los tatuajes nazis si quieren descargar cajas en la puerta trasera de un supermercado para ganarse el tabaco que se fumen y la cerveza de oferta que se beban. Vivirán muchos años y sentirán vergüenza cada vez que vean el trozo de piel decolorada donde estuvo el tatuaje de una cruz gamada. Y todo eso lo sabes, Antonio, le seguí diciendo, lo sabes bien.

No le llamé. Me quedé dormido en el sofá, como tantas otras noches, me duché deprisa cuando sonó el despertador y me bebí un café camino del periódico, donde llegué con las ojeras y la voz ronca de cada mañana, como si hubiese salido. Busqué en el archivo las últimas agresiones neonazis. Apenas había referencias, así que intercepté a uno de los redactores de sucesos en la máquina de café, y me contó que

habían bajado mucho. Antes era un no parar, dijo, todos los fines de semana había palizas y detenidos. El Baeta entraba y salía del juzgado de guardia cada dos sábados, pero desde que los equipos de fútbol se pusieron serios y dejaron de regalarles las entradas y de reservarles sitio en las gradas, se acabó. Ahora, el problema está en los polígonos. Como Zaragoza está en medio, vienen de Madrid y de Barcelona a montar juergas. Pillan una nave y dan conciertos de música Oi!, pero no suelen entrar en la ciudad. Eso de las cacerías de los años noventa ya es historia. Además, la policía controla mucho.

Me sonó muy razonable. Le di las gracias y llamé a Antonio. ¿Vas a publicar algo? ¿Te puedo contar cosas?, me dijo. No creo, el tema no interesa mucho por aquí. Ya, dijo, entiendo, y noté su disgusto. No pasa nada, no te preocupes, ya encontraré la forma de contarlo. Lo siento, Antonio, de verdad. No hay nada que sentir, dijo. Oye, me dejaste muy preocupado, ¿qué es eso de que te reventaron los cojones? No te pregunté porque no supe reaccionar. Nada, nada, dijo, no pienses en ello, no tenía que habértelo contado. ¿Estás bien?, dije. Bueno, el cuerpo no va a mejor. No te metas en líos, te lo ruego, le dije, tienes lo de Attac, tus cosas de Comisiones, tus alumnos. Tienes un montón de frentes, no juegues a rollos de infiltrado ni a reportero intrépido, no les sigas la corriente a los Antonio Salas del mundo, que tú vales más que todos. Bueno, bueno, dijo, te lo agradezco mucho. Estaba irritado. Apenas disimulaba. Joder, Antonio, cuídate. Y tú también, Sergio, y tú también, que tienes que bajar el ritmo, ¿estás escribiendo algo? Cosas, dije, nada concreto. Escribe, joder, y déjate de hostias, no te preocupes por mí, en serio. Un abrazo, Antonio. Venga, cuídate.

Colgué sintiendo que lo abandonaba a su suerte una vez más, y al mismo tiempo me convencía de que tenía razón y que no podía jalearse sus fantasías de gran héroe americano. Incluso en el supuesto de que lo que me contara fuese publicable y de que, además, me dejaran publicarlo, ¿qué lograría? ¿Que volviesen a por él? Si le habían agredido de verdad, si había alguien tan miserable como para golpear a un hombre inválido, ¿qué les impediría volver a hacerlo? O darle otros sustos. Antonio era muy vulnerable, aunque no me quiero descargar de culpa. Escribo desde el presente y puede parecer que contemporizo con mi yo de entonces. Sé que le fallé. Huí de Antonio para preservar a Antonio. O eso pensé aquella mañana al colgar el teléfono, porque la cobardía inventa muchas excusas para pringar al cobarde con la laca de la dignidad.

Nos propuso montar un festival por la paz, o algo así. Una función para alumnos y profesores, la típica actividad de clase de ética. Igualdad, tolerancia, derechos humanos, etcétera. Tocaríamos todos los palos de la desdicha social: Andrea haría de prostituta atrapada en una red esclavista, una obrilla de teatro representaría la tiranía de las dictaduras y cosas parecidas, tediosas, pero tan obvias que al público no le quedaría más remedio que darnos la razón y aplaudir. El mundo era muy malo y nosotros, el futuro, veníamos cargados de buenas intenciones, como las del camino al infierno.

Un rato después, cuando ya nos habíamos acomodado en el reparto de papeles y discutíamos ideas, Antonio escogió a cinco de nosotros, nos llevó a un aparte y nos pidió confidencialidad. Vamos a reventar el festival, dijo. Os voy a presentar a unos alumnos de mi otro instituto y, si estáis de acuerdo, la vamos a armar. Claro que estábamos de acuerdo, y también ansiosos por conocer a esos discípulos que tenían trato de privilegio con Aramayona. Quedamos en una cafetería lejos del barrio y allí conocimos a Silvia, Jonás, África y a algunos más. Tenían una intimidad muy engrasada entre ellos y con Antonio. Eran chicos más alegres y sofisticados que nosotros, los de San José, parecían nuestros primos de ciudad, recién llegados al pueblo para enseñarnos el gran mundo.

Sólo he mantenido algún contacto con Silvia, quien se sentó a mi lado en aquella cena filmada por Sistiaga. Nuestras vidas apenas se cruzan, pero cada vez que la veo noto una familiaridad y una sensación de casa que pocas personas me dan. La mayoría de la gente que tratamos a los dieciséis se vuelve extraña de adultos, incluso extranjera. Con Silvia hay un reconocimiento que sólo percibo con unos pocos amigos. Pueden pasar años desde la última vez que nos vimos, pero nada se ha oxidado, preservamos la armonía. Obvio decir que eso mismo me sucedía también con Antonio.

Una de las actuaciones del festival del buen rollo era el testimonio de una refugiada bosnia. Lo interpretaba una chica del otro instituto que demostró tener muy buenas dotes de actriz. Era 1996, los periódicos venían llenos de crónicas de refugiados bosnios, por lo que resultaba muy sencillo armar un testimonio falso que sonara verosímil a partir de cuatro clichés de telediario. Nuestra actriz se cubriría la cabeza con un pañuelo e interpretaría su papel con mucho sentimiento y melodrama, para que fuera más creíble. El público, convinimos, no quiere naturalidad, sino afectación lorquiana, que al sufridor se le note lo sufrido.

Hacia la mitad del patio de butacas aguardarían sentados Silvia, Jonás, África y compañía. Al llegar a una frase concertada, se levantarían y reventarían el acto. Tu misión, dijo Antonio mirándome, será procurar que la cosa no se desmadre. Que no

les peguen, vaya. Era lógico. Mi metro ochenta y pico siempre ha disuadido a los matones de enfrentarse a mí. Soy muy pacífico y por entonces incluso caminaba encorvado, como pidiendo perdón por mi presencia, pero nadie quería provocarme, por si acaso. Me doy cuenta ahora de que Antonio también quiso asignarme el papel de apaciguador en aquella última cena, cuando el plan era que dijera a los postres que se iba a matar y sólo yo lo sabía y debía templar los ánimos. Misiones para el bruto alto con cara de empollón.

Yo estaba en un lateral del escenario cuando nuestra bosnia de atrezo dijo la frase convenida, y escuché desde el público gritar: ya está bien de putas mentiras. Vuélvete a tu país. España para los españoles. Aquí la gente se muere de hambre y no les atienden porque no son moras de mierda como tú. Me asomé y vi a Silvia, Jonás, África y compañía encaramándose a la escena. De la primera fila se levantó un chico con fama de buenazo que era una torre humana. Me sacaba una cabeza y nadie le había visto jamás con actitud agresiva. Por eso, cuando pasó a mi lado y me preguntó si aquello era de verdad o parte del espectáculo, respondí que por supuestísimo que era real, que yo estaba tan alucinado como él. Entonces, se volvió hacia uno de los neonazis, lo agarró, lo alzó un metro del suelo y lo arrojó con todas sus fuerzas al fondo del escenario. Qué guardaespaldas más inútil fui. Tuve que aplacar al gigante, interponerme entre su cuerpo y el del alumno magullado, que se preguntaba en el suelo qué había pasado. Salvé mi honor impidiendo que le pateara el hígado y las costillas. Al parecer, nuestra mole pacífica había pasado algún mal rato por culpa de los cabezas rapadas y no quería desaprovechar la ocasión de romperle un par de huesos a uno de ellos.

Antonio intervino. Vamos, vamos, podemos convencer a estos chicos, etcétera. Pero nadie quería convencerlos de nada. Silvia, Jonás, África y compañía apenas mantenían la compostura y yo me preguntaba cuánto estaba dispuesto Antonio a aguantar. Quizá no supiese que en aquel barrio y en aquel instituto no se arredaban a la hora de partir caras. Calma, calma, repetía, hemos invitado a nuestra amiga bosnia para que nos cuente su experiencia y... Que se vuelva al castillo de Drácula, gritó uno de los falsos nazis, envalentonado de nuevo. El público silbó y gritó. Fuera, fuera. Miré a Antonio e intenté decirle que cortase el rollo, pero mis ojos miopes nunca han sido sutiles ni expresivos. Pareció entenderlo como una señal para echar un par de leños más a la hoguera. Vamos a plantearles con orden y con calma que no pueden imponerse con violencia, vamos a convencerles, etcétera.

De vuelta al ejercicio de Hitler y el botón que mata a seis millones de judíos. La fuerza del diálogo y la argumentación frente a la violencia y la amenaza. El público golpeaba las butacas, gritaba, saltaba. Fuera nazis del instituto. Fuera, fuera, fuera, fuera. Volví a mirar a Antonio. Esa vez pareció comprender mi súplica, pero la ignoró. Hizo un gesto de aguantar un poco más. Aún no es el momento. Chicos, chicos, esperad, esto es parte de la función, calmaos. No lo dijo Antonio, sino uno de los alumnos metidos en el complot, alguien prudente que quería evitar un

linchamiento.

Qué chungos son en tu barrio, dijeron. En el otro instituto montaron algo parecido y la respuesta de los estudiantes fue mucho más civilizada y conciliadora. Es que en San José no somos de dialogar, dije. Sois gente mala, qué miedo dais. Y yo reía con orgullo, porque me gustaba mucho esa reacción de no pasarán, durrutiana, altiva, navajera, fiel a la tradición ácrata y quinquí que se nos atribuía. Por eso nos sentíamos a salvo cuando cruzábamos de vuelta las fronteras del barrio los sábados por la noche. A su resguardo no había cabezas rapadas.

Creo que Antonio no calculó bien y puso a sus alumnos en un peligro innecesario que le habría añadido un disgusto más a su ya muy larga lista de desencuentros con la inspección del ministerio. Lo supo y se rió por dentro. Por fuera se mantuvo grave, preocupado y profesoral. Esto es intolerable, dijo, o cualquier otra cosa que se espera de un docente. Pero, tras las gafas, Groucho reía, feliz, travieso. Había forzado el dilema una vez más. Había obligado a todo el mundo a expresar una postura. De eso iba todo.

Jon me abraza y me susurra: ya verás, de puta madre lo tuyo. Se coloca en la alfombra del *photocall* que han montado en el Palacio de la Prensa de Madrid y posa ante los fotógrafos. Observo con envidia su cara angulosa y su cuerpo pequeño y moreno. Parece un elfo recién llegado a la ciudad que debería deslumbrarse y esconderse tras las cortinas y no manejar tan bien el juego de la fotogenia. Admiro su nervio, siempre bajo control. Tiene una seriedad y unas sombras expresivas en la piel un poco curtida y áspera que temo. Voy a aparecer en una pantalla de cine con mi barba larga, mi ojo vago y estrábico a ratos y mi corpacho gordo que no se sabe sentar en un sillón. Un monstruo hablando de su hijo muerto, como una madre orangutana y loca que trepa por la jaula del zoo con el cadáver de su cría, que no se deja arrebatar por los cuidadores. Yo sólo iba a salir en el documental de Antonio, pero Jon leyó *La hora violeta* y me propuso hablar en el primero de la serie. La muerte de Antonio es un hilo que electrifica otras muertes, las actualiza, las recubre de significado. Acepto porque estoy empeñado en conseguir cuidados paliativos a domicilio para los niños y quiero contarlos. Muerte digna, dicen. Lo decía Antonio a todas horas: muerte digna.

Me siento en las primeras filas y me resigno a oírme repetir lo que ya he dicho tantas veces. Y, sin embargo, suena nuevo. No por mí, sino por el ritmo y la textura de las imágenes. Se habla de la muerte como a mí me gusta hablar de ella, sin subrayados ni eufemismos. Al terminar, de camino al escenario, Jon me vuelve a abrazar y me pregunta qué tal. De puta madre, Jon, de puta madre. Es eso lo que admiro de él, su capacidad de controlar un acto como ése, dominando el discurso y el ritmo sin dejar de atenderme y de ser cariñoso conmigo. Lo que viene después ya no lo envidio, porque lo sé hacer. Sé fingir interés y respeto hacia preguntas idiotas, así que no me asombra su temple cuando el grupo de plumillas reacciona ante el documental como una cuadra de treceañeros. Esto de hablar de la muerte, ¿a quién se le ha ocurrido?, pregunta con soberbia un redactor de una de esas webs de chismorreo televisivo. O sea, ¿qué queríais, deprimirnos? ¿Quién pensáis que va a ver esto? Jon responde educado, da explicaciones largas sin dejar de sonreír. Al final, se acerca un periodista que conozco. Me saluda. Joder, tío, no sé qué decir, qué fuerte, no sabía que salías. Mira, menos mal que ahora me voy a una cosa de moda donde nos van a dar cócteles, porque, si no, esto no hay quien lo aguante, qué horror, qué angustia, de verdad. Sonrío y le agradezco el saludo. Que te vaya bien, ya nos veremos, digo, y dentro, muy dentro de mí, donde hierve el tuétano, le llamo imbécil. Llamo imbéciles a todos los demás, por no llamármelo a mí mismo. Yo soy el imbécil. Qué hago allí, por qué sigo hablando, por qué sonrío. Por qué no me encierro en casa y no contesto nunca el teléfono. Eso debería hacer. Imbécil, gordo, monstruo.



La familia de Rober conservaba su casa en aquel pueblo del llano ventoso, en un lugar donde crecían viñas retorcidas y viejas de las que aún no habían aprendido a sacar vinos dignos de una copa de buen cristal. Veníos a las fiestas, nos dijo a Mauri y a mí, y fuimos en un autobús que tardó una edad media en llegar, dándome tiempo para odiar a Mauri y su risa de adicto y desear que ese fin de semana pasara rápido. Mi única experiencia en unas fiestas de pueblo había sido en el de mi padre, a los catorce años, poco después de aquel concierto de Barricada. Me dieron una propina muy generosa y me desearon que lo pasase muy bien. ¿Cómo? ¿Con esos desconocidos que tampoco querían estar conmigo? A medianoche, tras haber dejado tres cervezas a la mitad, estaba solo y muy aburrido en el paseo de las ferias. Me acodé en una caseta que vendía patatas y hamburguesas y pedí algo de comer antes de volver a casa. Entonces, vi a uno que llamaban el Coscurro apoyado en el otro extremo, mirándome. Ey, melenitas, me dijo, a ti te vamos a quemar el pelo esta noche. Le sonreí, cansado, y le dije que muy bien. No te rías, melenitas, me dijo, que va en serio. Volví a sonreírle, intentando proyectar algo de amabilidad y miré hacia otro sitio, tamborileando en el mostrador mientras mi hamburguesa chisporroteaba en la plancha. Que le hace gracia, al gilipollas este, dijo, volviéndose a dos que le acompañaban, que se rieron como mulas. No puede ser, me dije, estos chavales han visto mucho cine de cárceles. Oye, tú, mírame cuando te hablo, imbécil, ¿te crees que puedes venir al pueblo a pasearte con tu melenita de maricón y sobarnos a todas las chicas? Y volviéndose al de su derecha: ¿sabes que andaba antes con tu hermana de la manita? Intenté defenderme: qué va, tío, estuve con ella en el Stop. ¿Y qué mierdas tienes tú que hablar con mi hermana en el Stop?, preguntó el otro, pupilas dilatadas, voz ronca. Aquí no, dijo el Coscurro, luego. El viejo de la caseta me lanzó la hamburguesa, pagué y me di media vuelta. Para volver a casa de mis tíos había que cruzar el puente y el tramo del parque sin luces. Podía dar un buen rodeo por otras calles, pero eso delataría mi miedo, así que mordí la hamburguesa y me interné en lo oscuro sin acelerar mucho el paso. Enseguida les oí detrás de mí. Iban riéndose. Los imaginé vestidos de blanco y con bombines. Ey, melenitas, no corras tanto, que te vamos a contar una cosa. Oí el chasquido de unos mecheros. Melenitas, cantaba el Coscurro, mira lo que tenemos. Me volví un instante. Jugaban con los mecheros, los encendían y me apuntaban con su llama. La fogata que tiene que salir de esa melenita, esta noche no pasamos frío. No te van a quedar ganas de acercarte a ninguna del pueblo, maricón de mierda. Seguí sin correr y aún mordí un par de veces la hamburguesa. Confiaba en que me diera tiempo de alcanzar la zona iluminada, donde tal vez estuviera mi primo o alguno de sus amigos y pudiera refugiarme un rato en su corro, pero todavía quedaba bastante sombra cuando oí sus pasos corriendo. Sin



mirar atrás, eché a correr yo también y arrojé la hamburguesa. Mis catorce años esqueléticos y veloces se impusieron a la garrulez beoda de mis perseguidores. Salí del parque y subí las cuestas que llevaban al pueblo viejo y a las bodegas. Crucé la plaza de la iglesia y giré hacia la plaza de toros. No había nadie, la fiesta seguía abajo, junto a la estación y el río. Los ruidos de la feria subían con la brisa, muy amortiguados. Sobre ellos sonaban mis zapatillas, delatándome en cada adoquín que pisaba. Me detuve a coger aire y reprimí los jadeos para escuchar. Eran ellos. Subían la cuesta. Ey, Bon Jovi de mierda, no corras tanto, maricón. Seguí subiendo, aunque sabía que el ruido de mis pasos, ampliado por la caja de resonancia de las calles, delataba mi huida y les permitía seguirme. Debía buscar un refugio y no hacer ruido, pero ¿dónde? En el castillo, donde subían las parejas a darse el lote. Si no me alcanzaban antes de llegar arriba, podría sentarme al cobijo de unas piedras y esperar tranquilamente a que se fueran. Volví la cabeza al pasar la última farola del camino y les vi. Ya no eran tres, parecían cinco, si no alguno más. Habían reclutado a otros bestias, la cosa iba en serio. Melenas, maricón, te vamos a meter un pino por el culo. Parecía que Coscurro, que debía su nombre a su gordura, se había quedado atrás, pero los otros ganaban metros y a mí se me acababa el fuelle. El castillo era en realidad una torre vigía en ruinas que sirvió para que moros y cristianos se vieran venir desde lejos unos a otros. A su alrededor había restos arqueológicos de muchas épocas. Al menos tres grandes civilizaciones habían construido cosas allí, y ninguna había erradicado a tipos prehistóricos como el Coscurro. Mientras escogía un agujero, pensaba que no había sido muy inteligente, que no debía haber abandonado la feria. O tal vez sí. Quizá en la pista y en los bares, amparados por la multitud, Coscurro y sus amigos podrían haberme prendido fuego en el pelo sin que nadie viese el mechero. Por otro lado, si me encontraban ahí, con su excitación, nada les iba a frenar hasta romperme cada hueso. Nadie evita la paliza por salir corriendo, cantaban Barricada, y la gente del barrio lo tomábamos por un axioma. Pero corríamos. Sólo Mauri tenía el cerebro lo bastante roto para quedarse a recibir los golpes. Era nuestro boxeador tronado. Los demás corríamos, aunque supiéramos que nos iban a pegar igual, porque así se hacían las cosas, sin esperanza. Estudia, trabaja, sé bueno, que la paliza te la van a dar igual, pero no dejamos por ello de trabajar, estudiar y ser buenos. Cuentan que, de vez en cuando, alguien se libra de la paliza. Algunas veces, alguien corre tanto y tan bien que nadie le da alcance. O se esconde en las ruinas como un soldado entrenado. Encontré una especie de hornacina a resguardo del viento y medio oculta por unas zarzas. Me acurruqué y esperé. A los pocos minutos les oí llegar. Bon Jovi, que te hemos visto meterte aquí, no nos jodas y sal ya, que era broma. Cerdito, llamó Coscurro, ven, cerdito bonito, que nosotros no somos de soplar y soplar. Éste se ha pensado que somos lobos, tú. Venga, sal, que te vamos a enseñar cómo hay que tocarles las tetas a las hermanas de los demás. Pasaron muy cerca, jugaron con el mechero, rondaron mi escondite durante un tiempo. No habrá bajado por el otro lado, ¿verdad?, se dijeron. Que no, lo hubiéramos visto, ése está aquí aún.

Qué tontolaba, ¿qué se habrá creído? Viene aquí con su cara de lameculos y su pelito de maricono y parece que no ha matado ni una mosca. A éste lo que le pasa es que no le han pegado dos hostias bien dadas. Sal, melenitas, que te vamos a enseñar.

Cómo evité la paliza por salir corriendo es algo que sigo sin explicarme. Pasaron por encima de mí varias veces y pienso que incluso alguno me vio, pero fingió que no porque la carrera, la oscuridad y la brisa de lo alto del cerro les habían hecho olvidar por qué me perseguían. Con la adrenalina y las pulsaciones en un nivel normal, al homicida le cuesta seguir su propio instinto. Se marcharon de nuevo al pueblo, sin apenas hablar, y dejé de oír sus pisadas, pero no me atreví a salir. Me quedé encogido en mi refugio antiaéreo mucho tiempo, tal vez horas, hasta que me convencí de que era imposible que acechasen en el camino, que ya se habían olvidado de mí, que para entonces ya le estarían quemando el pelo a otro con las piernas menos largas que las mías. Caminé despacio hasta casa y me acosté a oscuras, y sólo al arroparme noté que me temblaban las manos y las piernas. Me acurruqué, como si siguiera en la hornacina aquella y las sábanas fueran las zarzas, y me dije que nunca más volvería a ese pueblo ni a ningún otro que tuviese fiestas con Coscurros y mecheros.

Hasta que Rober nos invitó al suyo. Pero Rober no parecía muy de su pueblo, no lo llevaba a hombros ni se le pegaba al paladar. Casi podía decirse que no era su pueblo, sino el pueblo donde su familia tenía una casa, que era bien distinto, porque así podíamos pensar que íbamos a un lugar extranjero, como turistas, no como primos lejanos del Coscurro.

Nos sacudimos el olor a autobús que se había pegado a los vaqueros y nos dejamos llevar por Rober a su bodega. Esta noche cenaremos en la cueva, dijo, y nos llevó hasta una puerta que se abría en la ladera de un tozal, como una versión seca y pobre de la casa de Bilbo Bolsón. Tras ella, unas escaleras empinadas que bajaban hasta una bodega excavada en la tierra blanda de arcilla. Antes se guardaba el vino aquí, dijo, ya no. Sillas, sillones desventrados, sofás hundidos, mantas, señales de tráfico a modo de lámparas. Un vertedero en torno a un hogar que chisporroteaba y sacaba el humo por un conducto tosco y estrecho. Aquí se está caliente, dijo, dejad las cosas por ahí. Mauri llevaba costo de su reserva, estaba generoso aquel fin de semana, y ahí mismo se hizo el primer canuto, que fumamos en silencio. Vamos al bar, dijo Rober, arrojando la pava a las brasas, resuelto, mucho más firme que en San José, como si llenara más el cuerpo. Será el aire del pueblo, me dije, buscando las siete diferencias entre aquel mozo con maneras de líder y el otro, el que hacía siglos escuchaba discos conmigo en el suelo de la habitación de su hermana. Caminaba más erguido, incluso parecía más fuerte. Para, tío, le dijo Mauri en la calle, que parecemos las cabras de tu rebaño, joder, qué prisas llevas.

Hacía demasiado frío para la efusión callejera, por eso aquel pueblo del llano prefería la intimidad de las bodegas y la alegría de la barra del bar. No hubo verbenas, bailes en la plaza ni casetas de feria donde disparar rifles de balín, sólo grupos de amigos que se emborrachaban civilizadamente en sus sótanos y en alguna taberna.

Me relajé, seguro de que ningún Coscurro aparecería armado con un mechero. Mauri sólo usaba el suyo para quemar el hachís y encender los porros, lo que hacía a un ritmo industrial. ¿Cuánta droga había traído? No se acababa nunca. Llegamos a la madrugada rotos de risa por nada, todo nos hacía reír, y bailamos un pogo los tres en la bodega. Échale más leños al fuego, tío. Lo que tienes que hacer es poner Leño, macho, y quitar esa mierda, que me torra la cabeza, dijo Mauri, derrumbándose sobre el sofá y buscando el mechero y el librito de papel de fumar. ¿Qué tiene de malo esta música?, dijo Rober. Joder, dijo Mauri, que está bien para un rato, pero llevamos no sé cuántas horas con la mierda del vasco, hostia puta, que ya me he enterado de que el estado español es muy malo, no me lo digas siete horas seguidas. Pon algo de Metallica, co. Pero no el último, dije. Ya estamos, dijo Mauri, pues el último mola mil. Creo que tengo aquí el *Master of Puppets*, dijo Rober. Eso, eso, la de «Sanitarium», dijimos. Esperad, que no sé si lo tengo, dijo, hace siglos que no lo pongo. Normal, dije, desde que te juntas con los de Pamplona ya sólo escuchas eso. Qué gilipollas sois, dijo Rober. No es Pamplona, Sergio, es Iruña, dijo Mauri, y a los tres nos volvió a dar la risa del hachís. Iruña, gritábamos, tirados por los suelos, retorcidos entre carcajadas. Su puta madre, qué pesados son estos vascos, decía Mauri, y parecía que nos calmábamos, pero volví a decir Iruña, y nos dio la risa de nuevo, cada vez más fuerte, imparable. Es una pesadilla, dijo Rober, no puedo parar, cabrones. Nos calmamos y Rober repartió más cerveza. Queda poca, avisó. Eso se va a apagar, dijo Mauri, habrá que echarle más madera. Pues sí, dijo Rober. Tendríamos que quemar algo más que madera, dije yo. El coche del Garcés, dijo Mauri. Pero eso hay que quemarlo en la calle, dije, para que se entere el barrio. No sé, tío, dijo Mauri, yo lo quemaría todo, el puto pueblo entero. Con este frío apetece, ¿que no? El pueblo no, pero ¿la bandera?, dijo Rober. ¿Qué bandera? La puta bandera de España, dijo, con lo fachas que son los viejos aquí, se iban a pillar un rebote de mil pares de cojones. Por mí, vale, dijo Mauri, me apetece tomar el fresco. Pero ¿qué bandera?, dije, ¿la del ayuntamiento? Si está muy alta, no podemos cogerla. Bah, dijo Rober, me aupáis un poco, llego al balcón y la arranco, no está más alta que una canasta de baloncesto. Pero, tío, dije, muy acobardado, que nos van a ver, que eso es un delito. Co, co, co, co, dijo Mauri moviendo los brazos como alas de gallina, que se hace caquita el Molinita. Nada, quédate aquí dormidito, que te arropamos y te damos un besito, no te vayas a hacer pupa quemando la banderita. Iba a decir que no quería terminar la noche en el puesto de la guardia civil, que me daría mucha vergüenza explicarles a mis padres una idiotez tan enorme, pero eran las tantas de la madrugada, apenas podía abrir los ojos de los porros y no me apetecía otra cosa más que hacer idioteces. Vamos a por la bandera. Espera, dijo Mauri, que lío uno para el camino.

Si no fuera por los banderines que decoraban las calles, nadie diría que se celebraban unas fiestas. Las casas cerradas, ni siquiera ladraban los perros que siempre ladran en los pueblos. ¿Veis cómo se llega fácil?, dijo Rober, y era verdad, ni siquiera hacía falta trepar al balcón, alguien alto y en forma podía enganchar el

extremo de la bandera de un salto. Aupamos a Rober, que gritó la tengo, y tiró de ella con todas sus fuerzas. Le bajamos, la enganchamos nosotros también y dimos un par de tirones hasta que empezó a soltarse del mástil, que se combaba hacia nosotros. Me di cuenta de que estábamos gritando un montón. Cuando conseguimos arrancarla del todo, nos vitoreamos a nosotros mismos. Rober la puso en alto y echó a correr, y Mauri y yo le seguimos mugiendo y rebuznando y gritando oeoeeoe. Nadie se asomó, nadie nos gritó silencio, no nos cruzamos con ningún vecino que volviera a casa desde una bodega. Sin la menor noción del sigilo, bajamos corriendo las escaleras de la cueva de Rober. Espera, que pongo música, dijo. Y sonó Kortatu. Sarri, Sarri, Sarri, Sarri, Sarri, Sarri, Sarri, *askatu*. Bailamos un pogo pisoteando la bandera, pateándola de una esquina a otra, arrancándole jirones, rotos de risa. Vamos a ponernos serios, va, dijo Rober, que esto es una protesta solemne. Puta España, gritó Mauri. Puta España, grité yo. Y la arrojamos como marineros que lanzan un cadáver al mar. La bandera tapó las brasas y agrandó la penumbra. Un banco de humo se escapó del tiro y llegó a nuestras caras, pero aguantamos las ganas de toser. Nos parecía que el rojo y el gualda se iban a confundir con el rojo y el gualda de las brasas y que pronto no se sabría dónde empezaba el fuego y dónde el trapo, pero no fue así. La bandera, hecha de algún tejido sintético, tardaba en arder. A ver si va a ser ignífuga, dije. Capaces son estos fachas de hacer banderas ignífugas para que no se las quememos, dijo Rober. ¿No huele muy mal?, dije. Yo no he sido, dijo Mauri, sin que nadie se riera ya. Joder, parece que de verdad hacen las banderas de mierda, dijo Rober. O que son una mierda, dije, y huelen como tales. Como tales, dijo Mauri, ¿no puedes hablar normal, puto listillo? Nadie le respondió. Mira, mira, ya arde. Madre mía, si está desapareciendo. Dios, qué llama, ¿no es muy alta esa llama? Pues aquí no hay extintores ni nada. Esto arde mucho, echaos hacia atrás, cuidado. Rober, ¿no hay agua o algo? Le podemos echar una manta. Hostia, échasela, échasela, que esto es demasiado. Corre, venga, dale. Písalo, písalo, y lo pisamos enloquecidos, como si bailásemos otro pogo. Luego, nos desplomamos en el sofá. Sácate otras birras, anda. Son las últimas, dijo Rober. Nos quedamos dormidos antes de terminarlas.

Revisé el periódico a diario durante semanas. Buscaba en los breves y en la letra más pequeña una referencia a la desaparición de una bandera. La guardia civil busca a los vándalos que arrancaron la bandera constitucional del ayuntamiento de. Varios testigos vieron a jóvenes con estética abertzale llevar la enseña por las calles, bla, bla, bla. Pero no hubo noticia ni testigos. Rober dijo que en el pueblo no se comentó el tema. Quizá el alcalde se dio cuenta al día siguiente y colocó otra bandera antes de que nadie diera la alarma, con ánimo conciliador. Quizá el alcalde era buena gente. El caso fue que no trascendió, no hubo denuncia, ni investigación, ni tan siquiera uno de esos escándalos con sordina que se hacen fuertes en las barras de las tabernas y en los cuchicheos de las salitas. Nos decepcionó un poco. A los tres nos aterraba que nos pillaran, pero esperábamos que nuestro ritual revolucionario hubiera tenido algún eco. Dar que hablar, como el Zorro o Spiderman. Nada de lo que hacemos le importa

a nadie, dijo Rober, y yo asentí.

Me invitan a firmar en la feria del libro de Jaca. Es una feria extraña, en mitad de julio, con la temporada editorial cerrada, pensada para los veraneantes montañeros. No sé por qué acepto ir, tengo que empezar a decir que no, me noto muy cansado. El día es frío y ventoso, llueve a ratos. Los puestos de cuatro editoriales y librerías del lugar se abren a la nada, no se ven ni paseantes despistados, de esos que llegan por error, de camino a otro sitio, y manosean los libros un poco por vergüenza, por fingir que sabían dónde van y no se han perdido. La firma es un desastre y decido acortarla. Mis anfitriones se disculpan. Con lo buena que era esta feria, dicen, no sabemos qué pasa este año. Miro el móvil, contesto correos atrasados, ya me he desentendido del todo de la firma, en la que sólo he dedicado tres ejemplares, cuando se acerca un tipo que me saluda con mucha familiaridad. No sabes quién soy, ¿verdad? Ni idea. Soy Andrés, del instituto. Hacíamos una revista, ¿te acuerdas? Andrés, claro, esos ojos azules. Recuerdo a través de sus ojos, el único rasgo reconocible, porque el resto de su cuerpo pertenece a un hombre tímido que me cuenta, con ese tono deslizante de los que no quieren dar muchas explicaciones, que lleva años viviendo en un pueblo del Pirineo. Mira, dice, sólo quería saludarte, me enteré de que venías a la feria y he aprovechado para darte un abrazo, pero no me puedo quedar, que entro a trabajar ahora. Son las ocho de la tarde, así que le pregunto si trabaja de noche y vuelve a deslizarse el tono: en la hostelería, ya sabes, es lo único que da de comer en estos tiempos, empiezo el turno de cenas ahora mismo. Yo tengo que cenar algo antes de volver a Zaragoza y pienso en preguntarle dónde trabaja para ir allí, pero hay algo en su timidez que me desconcierta, como si en vez de timidez fuese vergüenza. Bueno, me voy, dice, que llego tarde.

Los reencuentros son una recarga energética, algo de lo que fuimos regresa a los huesos y no podemos evitar sonreír y darnos palmadas como bonobos que vuelven a su tribu tras una hambruna. Me he encontrado a otros compañeros y gente del barrio en situaciones muy distintas, y nunca he sentido que se avergüencen de nada, incluso aunque confiesen que no les gusta su vida, pero Andrés tenía un ánimo de derrota que había contagiado a sus ojos azules, el único vestigio de aquel joven gritón y líder que hacía una revista como podía comandar una banda callejera en el Bronx de los años setenta. Le gustaba el periodismo, pero le gustaba más la agitprop.

Ya estoy conduciendo a Zaragoza bajo una lluvia de verano, cuando me doy cuenta de lo obvio. Andrés se avergüenza del fracaso, de esa idea americana del fracaso que llevamos injertada con celuloide y que consiste en servir cervezas en un bar. Es absurdo, me digo, pero a la vez recuerdo lo mucho que le gustaba escribir, lo hábil que era para la polémica. No sé qué ha pasado en todos estos años, pero tal vez verme ahí, junto a mi montón de libros, le dio una nueva dimensión a ese cliché con

forma de canción de Bruce Springsteen. Siento rabia y busco furioso una emisora que no tenga interferencias de las señales francesas que traspasan la frontera, mientras procuro no perder la concentración en la bajada peligrosa del puerto de Monrepós. Soy yo quien debe sentir vergüenza. Un escritor ridículo en mangas de camisa, helado de frío junto a una pila de libros sin vender en una feria menor donde no hay nadie. Soy yo el de la estampa ridícula, el que debe disculparse y salir corriendo. Soy yo quien ha traicionado el espíritu de aquella revista que casi nos cuesta la entrada en la universidad.

Se titulaba *La Comuna de París* y la fundó un alumno al que no llegué a conocer y cuyo nombre he olvidado, que se marchó a estudiar periodismo a Bilbao, dejando una estela de mito en su recuerdo. En la redacción de *La Comuna*, formada por sus discípulos, se hablaba con devoción del que abrió la senda. Dirigían el asunto Chesús y Andrés. Chesús era fotógrafo y tenía casi en usufructo el cuarto de revelado de la casa de juventud, la habitación maldita. Una madrugada montaron una juerga unos cuantos de la casa y mezclaron muchas drogas y alcohol del Riojano y acabaron improvisando una sesión de espiritismo de la que ningún participante quiso dar detalles. Desde aquella velada, no se atrevían a ir a los baños del final del pasillo y creían que el laboratorio de fotografía era una puerta del infierno. Por entonces eran muy populares en el barrio los tripis, cartoncitos impregnados de LSD, y en ese grupo les tenían gran afición. Consideraban a Chesús un temerario, un pequeño dios que no conocía el miedo, por pasarse tantas tardes encerrado con la luz roja. Quizá también le tomaban por un misántropo rarito, aún no se usaba la palabra friki, tan abusada después. Chesús diseñaba la revista en su Mac, Andrés coordinaba los contenidos y unos pocos los escribíamos y les dábamos una forma que entonces creíamos literaria. Como estaba hecha por alumnos y se parecía mucho a una actividad extraescolar, el instituto nos dejaba usar la multicopista de la secretaría para tirarla. El formato era medio A4: unos folios doblados por el centro. En blanco y negro, como mandaba el precepto estético de los fanzines, que nosotros vendíamos como protoperiodismo, pero que sabíamos que era, ya desde el título, agitprop. De la más ingenua de barrio, pero agit-prop.

Una tarde, en la casa de juventud, el padre de uno de los de la sesión de espiritismo llegó con un coñac de más y se encendió hablando de compromiso y rabia juvenil. Los grises, desacato a la autoridad, censuras, vietnamitas, la noche en que Tejero. Esas cosas. Sacó la billetera y enseñó orgulloso un carnet del PSOE. Mirad la fecha de alta, dijo. 1976. De los primeros, dijo, socialista de siempre, veinte años ya. Los chicos nos miramos como si aquel hombre fuera un exhibicionista de gabardina en la puerta de un colegio. Un carnet del PSOE era lo menos subversivo que podía enseñarnos alguien. ¿Por qué nadie iba a sentir orgullo por pertenecer a algo así?

Cuando hablo de izquierda en este cuaderno y refiriéndome a ese barrio y esos años, hablo de esa izquierda extraparlamentaria, minoritaria, caótica, fragmentada, discutida, biliosa, impenitente, gutural y totalizadora que parecía hecha de mil siglas cambiantes pero que siempre estaba formada por los mismos tipos mal vestidos. Una izquierda cuya única presencia pública estaba en las pintadas de los descampados y, cada cuatro años, en los bloques de propaganda electoral gratuita de la tele, donde funcionarios de registro civil con jersey gordo y gafas de los años setenta hablaban de



obreros e imperialismo. No había más izquierda en San José. No, al menos, en mi San José, el que iba a conciertos benéficos de La Polla Records para recaudar fondos para el ejército zapatista de Chiapas. Una izquierda que nos permitía ser ácratas de Kropotkin por la mañana y estalinistas de Albania por la noche, y en cuyo santoral estaban, sin discordancias, Durruti, Allende, el Sub Marcos, los sandinistas, Lenin, Mao y, para los que íbamos de cultos, Pasolini y Neruda.

En esa iglesia había también una capilla para ETA. En 1996, la capilla estaba vacía. Alguien había retirado las imágenes y casi nadie se atrevía a rezar en ella, a la vista de todos, pero muchos se resistían a cerrarla o a consagrarla a otro santo. De puertas afuera, ETA era indefendible. Dejó de serlo a finales de los ochenta, cuando perpetró las grandes matanzas. Pero, de puertas adentro, según las noches y según las compañías, todo sonaba más equívoco y burlón.

Zaragoza siempre ha tenido una comunidad vasca reconocible. Había una tradición antigua que llevaba a los jóvenes vascos a estudiar a la universidad local, sobre todo medicina y veterinaria. Los estudiantes vascos eran parte del folclore de la ciudad desde el siglo XIX, pero también había vascos en las industrias y en otros sitios. No fue del todo raro que uno de ellos abriese en los años ochenta una especie de herriko taberna en la zona de copas donde los chicos de quince años comprábamos los primeros tripis. Se llamaba Ifi y estaba, tal vez a propósito, en la calle Vasconia. La bebida era barata y la música (Kortatu, Su Ta Gar, Soziedad Alkoholika) hacía sentir a la parroquia que estaba en un garito de Donosti o de Pamplona. Ahora tengo claro que parte de esa clientela eran policías secretos y que otra parte serían informadores que mantenían a los agentes al tanto de las idas y venidas de cualquier vasco no controlado.

Había un mural que pedía amnistía, una hucha para los presos (que no siempre estaba) y todas las banderas, consignas y logotipos abertzales. Y nuestros diecisiete años en medio, con la borrachera dulzona del pacharán malo que servían en chupitos. La música en euskera, el calor, el olor a serrín, los pogos y, de vez en cuando, la euforia de un tripi, nos llenaban de emoción transgresora. Nadie celebraba un crimen de ETA, eso estaba más allá de lo aceptable, pero mira, que se jodan un poco. Es una guerra, un conflicto, y está claro quiénes son los oprimidos. ¿Quién era el señor X? ¿Lasa y Zabala? ¿Intxaurren? Kortatu cantaba: Barrionuevo y su plan zona especial nos trae por fin la seguridad. Y Barricada aquello de: estás asustado, tu vida va en ello, pero alguien debe tirar del gatillo.

Tardo mucho en asimilar el alcohol, por lo que me disocio pronto del grupo. Mientras la mayoría alcanza la euforia de la camaradería, yo aún mantengo una serenidad antisocial y tímida. A los diecisiete años, esto se traducía en soledad y marginación. Poco a poco me iba apartando del corro, hasta que me despedía a la francesa. No llegué a ser amigo de esos chicos vascos tan confianzudos y sonrientes, mayores que nosotros, pero no por ninguna aversión consciente ni a ellos ni al clima de exaltación abertzale del lugar, tan exótica y atractiva, sino porque no tenía

suficiente alcohol en la sangre. Acompañaba a mis amigos de instituto y asentía cuando les oía decir que se jodan, como si el pacharán fuese una poción mágica que les convertía en *gudaris* aragoneses. Volvíamos de madrugada a San José, siempre por calles secundarias, y a veces nos sentábamos a echar un cigarro en la plaza de los Calderos, con un último litro que pagábamos entre todos en un garito de la calle María Moliner. Después, el grupo se disgregaba a la vuelta de cada curva. Uno tras otro se metían en portales pobres, con puertas que rechinaban, y se perdían en zaguanes sin luz, con humedades en el techo y sin ascensor. Todas las escaleras eran como la mía: suelo de terrazo con el rodapié pintado y desconchado. Yo era el último. Vivía al final de todas las calles, y al despedirme de Rober, comprendía su fascinación y su rabia de *gudari* vicario. Había hecho nuevos amigos, algo mayores, currantes con coche y carnet de conducir, y había heredado de su hermana el gusto por San Fermín y Pamplona. Con su pandilla viajaba a menudo allí, donde también habían hecho más amigos, y desde que llevaba esa vida ya no había más chupa ni Judas Priest ni Barricada ni tan siquiera La Polla Records, condenados por españolazos. Le habían salido piercings en varios apéndices, vestía una zamarra azul con capucha y una franja horizontal de cuadros blancos y negros en el medio, y el pelo, un poco largo por detrás y corto por delante. Nuestro amigo de Jarrai, le llamábamos. Que no soy de Jarrai, hostias, decía. Ya apenas nos veíamos, más que algún que otro sábado. Él no contaba nada de su nueva vida y nosotros no preguntábamos.

Me quedaba cruzar el solar de Trofeos Pódium, que tanta gente desaconsejaba, pero rodearlo era una cobardía. ¿Y si me veían esquivándolo? ¿Qué pensarían de mí? Se correría la voz por el barrio: el Molinete se hace caquita por la noche, y cantarían quién teme al yonqui feroz, cosas así. Cruzaba en diagonal, las manos en los bolsillos, cantando entre dientes «Mierda de ciudad», de Kortatu, que había sonado cuatro o cinco veces en el Ifi: todo este sábado me lo voy a pasar privando en mi casa hasta reventar, ya estoy harto, no quiero salir más, siempre lo mismo, mierda de ciudad.

No he encontrado ningún ejemplar entre mis papelotes y no recuerdo qué pusimos en *La Comuna de París* para que tanta gente que no nos había leído nunca se llevase las manos a la cabeza. Ni siquiera me acuerdo del título. Escribimos una carta falsa de un preso de ETA que no se arrepentía y que explicaba que la verdadera violencia era la del sistema. ¿Hubo alguna broma con un comando en San José? Un aviso de bomba de un grupo de liberación nacional de San José, llamamientos a plantar barricadas en la puerta del instituto, qué sé yo. Quizá nada de eso, no imagino qué pudimos escribir para provocar tanto disgusto, pero sí recuerdo bien la excitación anterior, lo seguros que estábamos de liar una gorda. Buscábamos trascender, estábamos hartos de que *La Comuna* sólo encontrara eco entre los raritos que la hacíamos. Esta vez, dijimos, se van a enterar.

Algún profesor dio la voz. Estos muchachos se han pasado. Alguien llevó el

fanzine al claustro, y allí convocaron un consejo escolar. El jefe de estudios nos miraba con una decepción profundísima cuando se nos cruzaba en los pasillos. Temían que el asunto trascendiese y llegara a un inspector. O peor aún, a un medio de comunicación de verdad. Que el periódico local abriese una página titulado: alumnos de un instituto público de Zaragoza hacen apología del terrorismo en una actividad extraescolar. Debieron de pasar mucho miedo. Eran tiempos de rechazo tajante del terrorismo de ETA. Nuestra gamberrada no sólo era anacrónica, sino un peligro para la carrera de quienes dirigían el instituto.

No recuerdo tampoco si hubo escena solemne con bronca en el despacho del director o si todo sucedió a los gritos en los pasillos, pero el jefe de estudios nos impuso una condición para evitar el expediente y la expulsión: confeccionar un número de rectificación y disculpa. Fingimos hacerlo a disgusto, sobre todo Chesús, que defendió con más entusiasmo la libertad de expresión, pero agradecemos en secreto salir airados con tan poca pena. Al fin y al cabo, en *La Comuna* estábamos los mejores alumnos, los que íbamos a sacar sobresaliente en la selectividad, y hubiera sido un daño enorme para el propio instituto que la banda de los listillos se quedase fuera de juego.

Preparamos un número de ocho páginas con una rectificación a la que añadimos un no obstante tímido a favor de la libertad de expresión, porque Chesús insistió mucho, pero dejando claro que ni éramos etarras ni queríamos serlo ni nos gustaban los etarras y ni siquiera nos caían bien. A Andrés se le ocurrió dedicar las páginas centrales a compilar opiniones del claustro. La mayoría eran reprimendas graves. Cómo os habéis pasado, chicos. Espero que hayáis aprendido la lección. Una cosa es la libertad y otra muy distinta el libertinaje, etcétera. Pero hubo una que nos gustó mucho y que colocamos en el centro a un cuerpo más grande. La firmaba Carmelo, profesor de historia del arte: es como el acné, una típica adolescentada. Acertaba, claro, y le quitaba todo el dramatismo a lo que en verdad sólo había sido una gamberrada de chicos raritos que sabían perfectamente dónde estaban los límites del debate y los habían rebasado con el único propósito de incordiar. Pero nos gustaba también por lo que tenía de exculpatorio. Nuestra broma se basaba en la bisoñez. No nos podían pedir responsabilidades, pensábamos, porque sólo éramos unos imberbes haciendo travesuras.

Quizá no insisto lo bastante en que era el año 1996. Faltaban pocos meses para que ETA secuestrase y asesinara a Miguel Ángel Blanco, el concejal de Ermua, un pueblo de Vizcaya, cuyo crimen condensó toda la abyección terrorista. En 1996 ya no había coartada moral ni política posible, no ya para defender a ETA, sino para ser complaciente. Muchos abertzales habían plantado distancias, si no oceánicas, sí fluviales, entre sus proyectos políticos y la violencia, y aunque a la banda le quedaba una base social más o menos amplia en Euskadi, estaba aislada, cada vez más cerrada en sí misma, como un búnker, y desconectada de las simpatías que en otro tiempo tuvo entre algunas izquierdas del resto de España. Había que forzar el cinismo hasta

la mueca para jugar con ese fuego, por eso nuestra única disculpa era la juventud. Sin embargo, si nos parecía divertido hacer unos pocos malabares con ese tabú era porque persistía un clima de indolencia, porque había en barrios como San José un recuerdo de sueño guerrillero que ETA seguía evocando en esa izquierda que cantaba a la Nicaragua sandinista y de la que estaban hechas nuestras ideas de revolución. Quedaban brasas de aquel prestigio bombardero, que tal vez se remontaban a los orígenes anarquistas del barrio, cuando sus hijos se iban a Barcelona a pegar tiros con la FAI. Veinte años después, creo que no queda nada de eso. Una ética elemental se ha impuesto incluso en las cabezas más calientes y tirapiedras, pero en 1996 era una transgresión comprensible. No disculpable, pero sí comprensible, como comprensible era que fuéramos a bailar pogos al Ifi y que a Rober le gustase cada vez más el ambiente de los garitos de Pamplona. No teníamos esa verja moral que se levantó definitivamente el 13 de julio de 1997, cuando todo el país vio el cuerpo de Miguel Ángel Blanco cubierto con una sábana, con varios disparos, pero aún vivo, a punto de morir en un hospital. Aquel día aún éramos adolescentes, pero quizá ya no se nos hubiera ocurrido esa adolescentada.

A Antonio le llegaron los ecos de aquello. Es probable que también diese su opinión en esas páginas. Si fue así, lo he olvidado, pero sí recuerdo cómo se negó a reír cuando le señalé la cita de la típica adolescentada. ¿Quieres saber qué pienso de verdad?, me preguntó. Que, efectivamente, es todo una gilipollez que se ha salido de madre. Dije en el claustro que no tenían que obligaros a nada, que había que dejarlo estar, pero ahí dentro sólo entienden de castigos, si no castigan a alguien no se quedan tranquilos. ¿Os queréis disculpar? Genial. ¿Creéis que os habéis pasado? Fantástico. Pero no me vengáis con adolescentadas ni con pobrecitos vosotros. Asumid lo que hicisteis libremente. Eso es la libertad, joder, no seáis tan cobardes.

Me callé porque no quería darle la razón, pero al mismo tiempo me di cuenta de que siempre nos trataba como a adultos libres. Jamás había condescendencia ni altivez en su forma de dirigirse a nosotros. Justo lo que más me molestaba de mis padres y el motivo de mi furia y mis portazos y mis planes frustrados de coger el primer tren a Madrid. Si le respetábamos, le escuchábamos y le buscábamos para la confianza y el dolor era porque en sus historias no había moraleja ni admonición. O eso creíamos.

## SEGUNDA NATURALEZA

Hablaban de dios y había un cura en la mesa. Era uno de esos programas matinales de tonos pastel donde se grita mucho y un público de jubilados aplaude con desgana. Antonio representaba al ateísmo. Así lo rotulaban. Antonio Aramayona, filósofo ateo. Todos los demás, por lo que se intuía, eran católicos. Me fijé primero en su silla. Ya no había muleta, iba sobre ruedas, como no se cansaba de repetir. Era una silla aparatosa, eléctrica, que se conducía con una palanca y dos botones en el reposabrazos, aunque eso no se podía ver, porque en la tele no se apreciaba el detalle. El resto de los invitados gesticulaba desde sus sillas sin ruedas, a juego con el plató. Gritaban y se movían mucho para que el contertulio discapacitado no acaparase todos los planos. El plató era su piscina. Al hablar, nadaba y buceaba como un campeón olímpico, y los demás tragaban agua, boqueaban y miraban a los lados porque no entendían lo que estaba pasando. ¿Qué coño haces, Antonio? Lo dije en voz alta y me di cuenta de que deseaba que me oyese, pero Antonio seguía en el plató, con su sonrisa, su paciencia y su ironía moderada y bien dirigida.

Así que, le gritaba una señora muy excitada, ¿me está diciendo que celebra la navidad? Es usted un hipócrita. Ceno con mi familia en privado, explicaba Antonio sin alterarse, porque... Ahí está la doble moral, decía la señora, usted es ateo cuando le conviene, pero no para zamparse el mazapán de Soto, ¿verdad? Pues no se puede estar a todo. Si es ateo, es ateo. O sea, que no puedo comer polvorones, decía Antonio. Claro, eso es lo que quieren, dice la señora, el jijí-jajá de la navidad, pero sin su sentido litúrgico. Usted es como los que se casan por la iglesia por el bodorrio, pero nunca van a misa. En nuestra asociación, Movimiento Hacia un Estado Laico, decía Antonio, hay también personas creyentes que piensan que la religión es un asunto privado, porque lo que defendemos es que la religión desaparezca de las instituciones públicas. Pero usted no puede negar, decía el presentador, que España es un país católico, donde más del setenta por ciento de la población, según el CIS, se declara creyente. Bueno, dice Antonio, eso habría que verlo, porque sólo un treinta por ciento de los contribuyentes marca la casilla de la iglesia en la declaración de la renta. Eso es porque hay mucha hipocresía, decía la señora, hipócritas como usted, que sólo quieren comer polvorones. Y dale con los polvorones, decía Antonio, si ni siquiera me gustan, yo soy más de turrón del duro.

Me sonrojé. Crees que estás utilizándolos, dije, pero eres su bufón, el medio es el mensaje, Antonio, no puedes contra la tele. Iba a difundir el laicismo como un predicador difunde su religión, y quizá por eso lo que yo sentía era la ofensa del discípulo. Antonio Aramayona estaba siendo profanado por un programa para beatonas de pueblo. Qué se habrá creído el profesorucho ese, pensarían, diciéndonos si podemos o no podemos ir a misa, robándonos la navidad de los colegios. Si le

dejamos, volveremos al treinta y seis, violarán monjas, quemarán iglesias. No le golpeaban por la misma razón por la que la policía no le detuvo años después, cuando se apostó en el portal de la consejera de educación: porque llevaba gafas, como Groucho Marx. Creía que amplificar su discurso en la tele era bueno para su causa. El ruido, la indignación y el escándalo de los fanáticos era gasolina para su incendio. Si él era feliz, ¿por qué me sentía yo tan incómodo?

Al llegar a la redacción, le mandé un correo. Al fin te he visto en la tele. A los diez minutos, me llamó. ¿Qué te ha parecido? Se ve que te lo pasas bien, le dije. Es un completo disparate, me dijo, con el cura y aquella señora de los polvorones, y los presentadores pinchándome todo el rato, pero hay que decir estas cosas, Sergio, yo estoy comprometido, como muy bien sabes, en luchar por un estado laico, y si no llevamos el debate a los sitios donde está la gente, no hay tu tía. Mira, esta semana santa nos vamos a poner con unas pancartas en la procesión del viernes y vamos a mostrar nuestro profundo pero pacífico rechazo a que el alcalde y los concejales participen en la procesión. No te van a dar bola, Antonio, ya sabes cómo es esta ciudad. Pero si no hacen más que llamarme, tío, dijo, están encantados. Fíjate que no digo nada raro. No, claro que no, dije, y eso es lo que me extraña, que das una versión de ti mismo muy moderada. Es que el nivel es tan básico, dijo, que lo único que se puede hacer es ir allí, aguantar el chaparrón e insistir mucho en estos planteamientos elementales de separación de la iglesia y el estado. No vayas más, Antonio. ¿Por qué? No es digno, no se te entiende, la tele no funciona para estas cosas, sólo quieren que des espectáculo, dije. Pues lo doy, dijo, mientras pueda exponer estas ideas. Son todos contra ti, dije, y me arrepentí de decirlo porque otra vez estaba siendo condescendiente.

Mientras escribo esto, busco en YouTube aquellos programas, pero han desaparecido. Sólo encuentro una entrevista en el magacín matinal de la tele autonómica, año 2009, donde presenta el Movimiento Hacia un Estado Laico, MHUEL. Suena como Muel, un pueblo de los alrededores de Zaragoza famoso por su cerámica. Cada vez que veo las siglas pienso en una asociación de artesanos y en mercadillos medievales. Todas las preguntas inciden en que España es católica, en cómo se le ocurre emprender una batalla contra un rasgo cultural tan marcado. Antonio habla de la necesidad de anular el concordato con el Vaticano, de suprimir las subvenciones a la enseñanza religiosa y de eliminar cualquier símbolo católico de los edificios públicos. Está sentado en una silla normal, la de ruedas estará aparcada fuera de plano. El pelo muy corto, un jersey digno y una cara saludable, con todos los dientes, aún no deformada por los ataques, la farmacopea y la intemperie del escrache a la consejera. Es un activista civilizado y pudoroso, que no camina cubierto con pancartas y camisetas con lemas. No aparece aún el Antonio perroflauta que será, pero ya no está el Antonio que fue, mi profesor, el del experimento de Hitler, el de los nazis que revientan cojones. Le escucho, tomo notas y me pregunto si el Antonio pretérito fue una invención mía. No sólo en estos cuadernos, donde lo es (un

personaje que exagero, disminuyo y manipulo como se exageran, disminuyen y manipulan todos los personajes), sino en mi propia memoria. ¿Existió alguna vez aquel Antonio seductor que cambiaba la vida de sus alumnos o sólo lo fabulé a partir de las impresiones neblinosas de un adolescente que no entendía nada? Silvia, Paula, Ingrid y los demás alumnos parecen apoyarme: no lo inventé. Para ellos también fue alguien crucial. Pero ¿y si he sublimado sus propios recuerdos? ¿Y si entre todos hemos fabricado una alucinación? Porque aquel Antonio sólo está en nuestros recuerdos, que son ficciones que cambian cada vez que nos las contamos. No asoma ni en sus libros ni en la tele. Me extraña que nos crean. Ese Antonio de cortísima distancia sólo aparecía en el aula y en el café. O en su casa, con el péndulo de Newton. Incluso en la performance y en la hipérbole del activismo espectacular, donde es más fácil reconocer al Aramayona nuestro, falta algo íntimo y radical.

Entre el material que va amontonando internet aparece una foto en blanco y negro que había olvidado y que hoy leo como una estampa religiosa. Estamos detrás de una mesa de madera pesada y antigua, como de tribunal de inquisidores. En el centro, en una silla más alta que las demás (ha dejado la de ruedas debajo de la tribuna y le he ayudado a alcanzar su asiento de orador), Antonio, el único que mira a la cámara porque es el único consciente de que nos están haciendo una foto. A su izquierda, Joaquín Casanova, editor del libro, tapado en parte por un ejemplar y por el micrófono, del que está haciendo uso. A su derecha, Miguel Ángel Liso, antiguo director de *El Periódico de Aragón* y gran jefe de un grupo de prensa. En el extremo derecho, junto a él, Begoña Aramayona, la hija, casi una insolencia de alegría y belleza en ese tribunal de estirados con la próstata en revisión. En el extremo izquierdo, junto al editor, yo, que no quepo en la mesa y apoyo la cabeza en la mano, tal vez para no dejarme derrotar por el sopor. La culpa de la foto es de Liso, que ha aleccionado al fotógrafo, su empleado, para sacar a todos bien claros y de frente. Es un encargo del gran jefe, no se admiten tonterías, por eso el retratista no se atreve con escorzos, primeros planos, desenfoques o cualquier otro acercamiento que no transmita veneración. Hace lo que le han mandado, un retablo bizantino en el que Antonio es todo pantocrátor y simetría. La fecha, 25 de mayo de 2009, y el lugar, el salón de grados del instituto Goya de Zaragoza, que hoy es un instituto público más, pero que históricamente fue el primero y único de toda la ciudad, por eso su salón mantiene ese polvo de ateneo y esa asma de novela de Baroja. Antonio Aramayona sabía ponerse solemne para la ocasión, como si se entregase a sí mismo un diploma, y explicó la composición del retablo, que había diseñado con cuidado y respeto litúrgico. Me he acompañado en esta presentación de las tres columnas de mi vida, dijo: la familia (y señaló a su hija Begoña); la enseñanza, mi fuente de energía, encarnada en mis alumnos (y me señaló a mí), y los compañeros de camino, de ideales y de trabajo (y señaló a Miguel Ángel Liso). Todo símbolo, un *horror vacui* de imaginería.

*Del amor y otras soledades* era el título del libro que se presentaba, el mejor de



los suyos, como ya he escrito arriba, y recordaba un poco a aquellos libritos de Erich Fromm, un puñado de ideas acerca de la amistad y de cómo el cariño y las distintas formas e intensidades de afectos son herramientas para rayar la utopía. Por entonces empezó a abusar de esa palabra, utopía, que no estaba tan presente en su vocabulario cuando nos daba clase. No tengo claro qué quería expresar con ese concepto, y puede que él tampoco. Muchas veces prefería lo evocador a lo concreto, como les pasa a los buenos oradores, porque saben que la emoción está hecha de palabras intangibles. Tal vez, pienso ahora, no hablaba tanto de utopías en el instituto porque no necesitaba aún ganarse el amor de nadie. El 25 de mayo de 2009 estaba ya sobre ruedas, retirado de las aulas, cuestionado tal vez como articulista (aunque las palabras y los gestos de Liso mostrasen lo contrario), comprendido a medias por sus hijos, peleado con sus correligionarios laicos. Me di cuenta de que se guardaba la ironía en el bolsillo y se ponía serio y tierno y un punto solemne en público. No tan solemne como el pantocrátor de la foto que salió publicada en el periódico. Quizá fuera la moqueta desteñida del salón de grados, el ruido que los goznes oxidados de las sillas abatibles hacían cada vez que alguien se removía en el asiento o el polvo en suspensión que flotaba en el haz de los focos, pero, mientras el editor hacía los honores y declaraba, como declaran todos los editores, que aquel libro era especial y que le había emocionado y que había escogido la portada con un cuidado escrupuloso y etcétera, y Antonio asentía agradecido y se arrancaba con unas palabras preliminares antes de cedernos la palabra, sentí que aquel viejo profesor estaba de veras muy solo, y yo me sentí solo con él, incomunicado en mi soledad. Era una soledad, la de Antonio, de las que no se dejan romper. Me daban ganas de llevármelo a tomar una cerveza, montarlo en su silla motorizada y volver al figón de Torrero, a pagarle la comida que aún le debía, porque se la dejé a deber aunque aboné la cuenta, estuve ausente aquella vez que me contó que le habían reventado los cojones de una patada. Ha elegido el peor camino para encontrar el amor, publicar un libro. Quizá, pensé mientras oía por décima vez la palabra utopía, porque ha renunciado a ser amado y ya sólo aspira a ser adorado, pantocrátor laico, señor de la educación pública, filósofo de los amores utópicos.

El editor pronunció mi nombre y supe que me tocaba hablar. No pensaba comentar nada del libro, no era mi cometido. Yo estaba como idea platónica de los alumnos, tribuno de su plebe, y a ese papel me ceñí. La crónica que firmó el periodista Roberto Miranda al día siguiente en *El Periódico de Aragón* decía:

Sergio del Molino calificó a Aramayona como «maestro integral, que a todos nos ha dejado tocados en la pasión por la vida». Y agregó que «no veía al instituto como una preparación para la vida», sino que enseñaba que «aquello ya era la vida».

No desdejaré a Roberto Miranda, ya que no recuerdo lo que dije porque estaba pensando en otras cosas mientras lo decía. Supongo que fue así, aunque lo de maestro integral me suena a producto de panadería, y lo de pasión por la vida es un cliché que

ni siquiera mi yo de 2009, que aún vivía ahogado entre clichés, habría escrito sin mortificarse. Concuero con la imagen de Pígmalión, que es la misma que vengo dibujando en estos cuadernos, pero la torpeza de las palabras no hace justicia a la idea de elegancia que predicábamos Asteres y yo cuando éramos sus alumnos. Dijera lo que dijese, el público aplaudió con el debido respeto y tomó la palabra Begoña o Miguel Ángel. No escuché, como tampoco me había escuchado a mí mismo, y seguí pensando en las soledades de Antonio, tan poco machadianas, tan a la vista.

Unos días antes habíamos comido juntos en una taberna del final del paseo de Sagasta parecida al figón de Torrero, para hablar del libro y del acto de presentación. Salí de la comida con una acidez a la que no puse nombre hasta aquella tarde en el salón de grados. Está solo. Lo que le pasa es que se siente solo. Me enfadé conmigo mismo por no haberme dado cuenta antes de algo tan obvio. ¿Por qué no lo adiviné cuando empezaron a entrar y salir personajes del local mientras comíamos? Señores con jersey lleno de bolitas, calvos de dos pelos que se peinaban con raya, individuos de mostacho lanar, un desfile de presbicias y lumbalgias que saludaban a Antonio con la felicidad de encontrar a alguien más estropeado que ellos. Él me los presentaba: Fulano, profesor de matemáticas. Mengano se acaba de jubilar de profe de lengua. Zutano, como yo, daba filosofía. Fulano era un genio del ajedrez, y se sentaba en una mesa del fondo a jugar consigo mismo. Mengano, un poeta soberbio. Inédito, por desgracia, porque su poesía era demasiado buena para este mundo melindroso. Zutano había traducido por su cuenta todo Nietzsche, porque estaba mal traducido, y había dedicado sus tardes, durante veinte años, a poner en castellano correcto cada frase del filósofo. Le pregunté dónde estaba publicada su traducción, y me miró con su mostacho hiperbólico, nietzscheano sólo en lo grueso, pero no en el estilo, y se dio la vuelta sin responderme. Le has ofendido, me dijo Antonio, su traducción es altruista, no quiere venderla a nadie. Se mezclaban en ese bar los olvidados del sistema de enseñanza pública, sus fracasos docentes. Antonio había pasado por muchos institutos de la ciudad, y de todos se había llevado amigos buenos, pero también había acogido a los raros, a los perdidos, a los ensimismados y a los endemoniados. No es que los acogiera de verdad, pero acababan orbitando en torno a su silla, y él los dejaba orbitar.

En realidad, Antonio iba a esa tasca porque era una de las pocas cercanas a su casa en la que podía entrar con la silla de ruedas. Se resignaba, por tanto, a sufrir a esos asteroides salidos del sistema educativo, que chocaban contra su cuerpo sin dejarle muchos cráteres. Sus amores no eran éstos. Seguían vivos, pero un poco más distantes o más tibios o más cansados o abismados en su propia suciedad. O asustados, ante las amenazas de matarse cada tarde. En algún momento descubrió que el reclamo de la utopía funcionaba, que la gente estaba dispuesta a dejarse consolar por su voz. Tal vez rescató sus enseñanzas sacerdotales y aprendió a congregiar una parroquia. Aquel 25 de mayo de 2009 aún estaba ensayando la predicación. Pronto dominaría la técnica.

Estuve a punto de no quedarme a cenar tras la presentación porque me dolía mucho la tripa, pero me pareció mal excusarme y acabé en una de esas cenas de señores que tanto gustan a los periodistas de periodismo en las venas, como era Liso, que había firmado páginas memorables en *Diario 16*, que había visto tanques en la Unión Soviética, que se había ganado a golpe de tecla el respeto de una profesión muy poco respetuosa. Todos pidieron cabrito, especialidad de la casa, y yo una lubina que comí con aprensión, temeroso de vomitar en medio de una anécdota de la glasnost o de la caída del muro de Berlín. Lo pasé bien. Antes del postre ya había olvidado tanto mi malestar físico como el espiritual, si es que puedo llamar así a la percepción desolada de mi antiguo profesor. No me repuse por la lubina, ni por las batallas de reportero de Liso, aunque las contaba bien y eran muy entretenidas, sino porque Antonio reapareció. En la intimidad del fondo del restaurante, frente a su hija y junto al hombre que le contrató como articulista, nos volvimos a reír. Se esfumó la utopía, nadie la echó de menos, porque la risa es puro presente, no admite providencias. Se le relajó la cara, como cuando nos daba clase y todo empezaba y terminaba en esa hora, no había grey ni cielos que asaltar ni otros mundos posibles.

Cuando me analicé, dijo Antonio, usando la jerga correcta, porque quienes se psicoanalizan dicen que se analizan, quedé en paz conmigo mismo. ¿No os habéis analizado nunca? Tenéis que hacerlo. Me reí. Claro, Antonio, ahora me tumbo en el diván, ¿me analizas tú? No puedo ser yo. Ya lo sé, dije, te faltan la barba y la levita, Aramafreud. O Lacanayona, mejor. Se puso serio. No sé por qué te parece tan gracioso. Venga, hombre, Antonio, que el psicoanálisis es como echar las cartas o leer la mano. De verdad que no entiendo tanto cachondeo, dijo. Se estaba enfadando de veras. Me sentí patoso, eché marcha atrás. No, vale, si a ti te sirvió, dije. No se trata de que me sirviera o no, se trata de que es un método de autoconocimiento maravilloso, y tal vez deberías probarlo, sin prejuicios, con alguien con quien te sientas a gusto, yo lo hice con una amiga.

Me pasaba algunas veces, malinterpretaba el tono irónico de Antonio, medía a lo largo sus sarcasmos y suponía que afectaban a todo sin saber que había asuntos sagrados fuera de toda sorna. La reunión se tensó un poco, pero enseguida se diluyó el grumo. Sólo a mí se me quedó esa sensación de idiota que suele durarme mucho tiempo. No soporto que las personas a las que quiero y admiro piensen que las tomo por tontas o que minusvaloro sus creencias. He tenido amigos cristianos, de fe sincera, con los que me he esforzado por no hacerles sentir raros. Sin hipocresías, dejando claro mi ateísmo y sin esconder nunca lo que pienso de la religión, pero anteponiendo mi amor y mi consideración por su inteligencia. No siempre lo consigo. Cuando me relajo, el sarcasmo me puede, y me desconcierta mucho enfadar al otro. Porque mi ironía no es un ataque contra ellos. Quizá sea imposible de transmitir, pero que yo juzgue como idioteces algunas de sus creencias no significa que crea que ellos son idiotas. Lo disocio del todo, pero eso puede deberse a que no tengo creencias, sólo un puñado de ideas vagas que van cambiando de página en página. Mi mente es

como mis libros, sin línea cronológica coherente, divagadora, obsesiva y olvidadiza a la vez. No creo en nada, así que no se me puede ofender. Ésa es una explicación. La otra es que mis creencias, que alguna tendré, son tan poderosas que las llevo en el inconsciente. Creo tantísimo en ellas que me importa un carajo el desprecio que puedan inspirar en otros. Porque la ofensa denota debilidad. Se ofende quien no está seguro de lo que cree, quien hace esfuerzos por convencerse. El creyente de verdad es alguien inmune a la opinión ajena. Sea como fuere, me inquieta mucho que las personas cuya inteligencia tengo en mucha estima piensen, tan siquiera un segundo, que las tomo por memas. Y no sé arreglarlo, y tampoco me atrevo a pedir disculpas, porque disculparse es como volcar el cubo de la fregona después de haber derramado la leche por el suelo. Por eso el ofendido suele olvidar mi ofensa mucho antes que yo, que me la llevo a casa y la muevo por la ciudad unos cuantos días, hasta que se pudre y empieza a apestar y ya no sé dónde tirarla.

¿A Andrea le sirvió?, pregunté con el café, cuando a Antonio ya se le había olvidado mi insolencia. ¿Que le sirvió qué?, dijo. El psicoanálisis que le hiciste, dije, ¿le sirvió? Antonio sonrió y removió el café. Hombre, Sergio, eso no podría contártelo, y menos aquí. No quiero saber de qué hablasteis ni que violes ningún secreto, dije, sólo quiero saber si le sirvió como te sirvió a ti. Suspiró sin mirarme y levantó la vista, como si se hubiera cansado de pronto. Sergio, tú no te dabas cuenta porque eso es el amor, no darse cuenta. Lo hemos hablado en la presentación, está en mi libro. Andabas con tu propia soledad, no podías ver lo evidente, lo que habrías visto si no la amases. Bueno, dije, pero ¿sirvió? Me temo que lo de esa chiquita era muy complicado y estaba más allá del análisis. Estaba jodida, lo sabes ahora, ¿verdad? Sí, claro, dije, y Liso contó algo (hablando de estar jodido, una vez en Ucrania...) y la conversación se escapó muy lejos. Sí, claro, dije yo. Pero no sabía nada, acababa de enterarme.

Qué te ha dicho, de qué habláis tantas tardes en su casa, con el péndulo de Newton y su clac, clac, clac. Le hablas de mí. Qué tontería, claro que no le hablas de mí, yo no existo, qué pintaré yo. Quiero saber si te tumbas en el sofá, ya que no tiene diván. Si él se sienta en la cabecera, sin que puedas verle pero sí escucharle, como si su voz no saliera de su boca, sino de la caverna ósea de tu propia conciencia. Déjame en paz, decía, aunque tal vez tampoco decía tan brusca eso de déjame en paz. No me miraba, me pedía por favor que no preguntase, cambiaba de tema en la siguiente nota. Pero yo necesitaba saber y no había aprendido aún a no preguntar. Aceptaba el silencio porque no me quedaba más remedio, pero me pasaba el resto del día enfadado. Con ella y con él, pero sólo lo expresaba con ella. Tiránico, imbécil, brutal. Por la noche me avergonzaba y me prometía a mí mismo no volver a preguntar, pero a la semana siguiente, cuando me enteraba de que había vuelto a su casa, me poseía otra vez ese agresor sordo e iracundo. Qué te ha dicho, de qué habláis en su casa. Dímelo.

Sentía celos, es ridículo escribirlo. Ridículo porque aún hoy siento vergüenza y me resisto a decirlo claramente, por eso me obligo a escribirlo bien legible, con el trazo de cada letra dibujado sin dudas, que la ce no parezca una de y que la ele no pase por i mayúscula. C-e-l-o-s. Así, muy bien escrito. Sentía celos de Antonio Aramayona, que me robaba lo único que consideraba mío, el poder de consolar a Andrea. Podía soportar que no me quisiera, pero que respetase al menos mi papel de hombro amigo, que me dejase usar la voz para decirle que todo pasaría, que nada era tan grave. Podíamos odiar el mundo juntos si me dejaba pasar el sábado con ella. Podíamos gastar todas las aceras de Zaragoza la Vieja y salir del barrio y llegar al sitio ese donde ponían jazz. Un sitio elegante, como los que le gustaban a Asteres, con gente adulta y relajada que lee libros, se sube las gafas y ríe entre sí de comentarios tan ingeniosos que se nos escapan. Vamos, Maggie de *Doctor en Alaska*, sentémonos al fondo y compartamos una cerveza, pues no nos llega para dos, y seamos como esta gente de luces tenues y madera y espejo. Aquí me lo puedes contar todo y todo se solucionará, porque no hay tragedia que no encuentre un consuelo con un poco de jazz de fondo y la sensación de fundirnos en una película de Kieslowski. Eso somos, personajes de cine francés. ¿Quieres un cigarro? Qué bien se está aquí, ¿verdad? Pero los personajes de Kieslowski nunca hablan de sus cosas, decías. Los personajes de Kieslowski apenas se miran, evitan encontrarse con los ojos y pasan la escena uno junto al otro, tal vez deseando darse la mano, sin dársela tampoco. El decorado se difuminaba por el humo de todos los cigarrillos, cuando los bares llevaban la niebla por dentro y permitían que las caras que nos importaban apareciesen nítidas, en un primerísimo primer plano. ¿No estás mejor, Andrea? No lo estaba, y mis preguntas lo empeoraban. Lo hubiera estado si yo hablase de otra cosa,

si me preocupase de veras por las películas de Kieslowski o quien fuere. Pero no sabía hablar de otras cosas para hablar de lo importante. Me faltaba vida para entender la metáfora y el silencio. Un adolescente cree que todo puede ser dicho y que debe ser dicho de inmediato y sin entonar, con la voz desafinada de la edad.

Andrea acababa pidiéndome que nos fuéramos. Salíamos de aquel bar tan sofisticado y adulto y lento y volvíamos a San José por calles laterales y silenciosas. Todo está escrito, y esto ya lo puse en ficciones en un libro que titulé con un verso de Mao Tse-tung, donde Andrea se llamaba Alejandra:

Dejamos atrás camiones de la basura y panaderías con las luces encendidas y harina flotando en el vano de la puerta abierta. Seguimos riéndonos fuera del centro, en barrios que nunca he pisado y calles pobres y mal iluminadas, con baldosas sueltas en las aceras y baches en el asfalto. No sé cuánto rato llevamos caminando. Sospecho que demasiado, que nos hemos alejado muchísimo de nuestras camas. [...] A nuestra derecha, el río fluye denso y negro, cansado, sin que le roce todavía el amanecer. El ruido del tráfico en las autopistas empieza a dominar. Los polígonos industriales arrancan sus máquinas. El mundo se despereza y Alejandra camina entre basuras con el vestido de verano, los zapatos de tacón, la melena suelta y el maquillaje corrido por el sudor y la risa. Recordamos alguna película francesa. El final trágico de Truffaut con las luces y las sirenas de París amortiguando el silencio del fondo.

No había tacones ni vestido de verano ni melena suelta. Tampoco nos reíamos, y las calles de la periferia no eran exóticas, pero hubo un tiempo en que necesité que todo fuera así. Sin unas lentillas románticas jamás habría encontrado el camino a casa en aquellas noches en que Andrea marchaba delante de mí al salir del bar aquel, y yo andaba deliberadamente lento, para exasperarla y obligarla a ralentizar sus pasos y pasar tal vez unos minutos más conmigo. Apenas hablábamos, enfadados el uno con el otro, por mis preguntas y sus no respuestas, y nos decíamos adiós en la esquina de su calle, donde ella se apiadaba de mí (¿por qué?) y me ofrecía el último cigarro sentados en el bordillo. Y ahí sí que hacíamos algo parecido a las paces, y me besaba la mejilla antes de tirar la pava y subir a casa, y yo me quedaba un rato largo sentado en aquel bordillo, fumando otro cigarro y calculando cuántas horas faltaban para que saliera del Portillo el primer tren a Madrid. También soñaba con escapar cuando sentía que ya no pintaba nada en la vida de Andrea.

Nunca supe qué pasaba en aquellas tardes de jueves en que Andrea se excusaba porque tenía que ir a casa de Antonio a hablar de sus cosas. Sólo sabía que los viernes estaba más triste y callada, que apenas cambiábamos notas en clase y que le apetecía irse a casa pronto. Lo achacaba al psicoanálisis. Cogí *La interpretación de los sueños*, que mi madre tenía en una edición barata de grandes obras contemporáneas por fascículos, y lo abandoné antes de la página cien, porque Freud tampoco me explicaba qué pasaba con Andrea. Por qué de pronto no quería saber nada de nadie, se encerraba en casa durante semanas después del instituto, y por qué luego quería salir y nos arrastraba a los bares más bullangueros y bebía chupitos de absenta de tres en tres hasta que había que sacarla a la calle para que no se desmayase, como aquella noche que vino hacia mí con los ojos casi en blanco y me dijo al oído que se iba,

sujétame-por-favor, y se me desvaneció en los brazos y la sostuve por la cintura, pero se me escurrió y la camiseta se le subió hasta los hombros y yo no sabía cómo levantarla y taparla a la vez, no llevaba sujetador y todo el mundo le veía las tetas y tal vez algunos pensasen que estaba intentando desnudarla. O tal vez no, porque fueron unos pocos segundos, hasta que la subí con una mano, le bajé la camiseta con la otra y me la eché al hombro y en tres pasos la había sacado a la calle e intentaba reanimarla apoyada en el capó de un coche. Andrea, ¿qué coño te pasa? Lo que a ti no te importa, dijo antes de vomitar a mis pies.

Jon Sistiaga consiguió al menos dos cosas improbables con el documental sobre Antonio, que era el último de una serie de cinco episodios sobre la muerte (en el primero, el que se presentó en el Palacio de la Prensa, salí yo hablando de mi muerte, porque las muertes nos son propias y todas las muertes de los que queremos son también la nuestra). La primera fue omitirse a sí mismo. Le reprochan acaparar demasiado plano y protagonizar la narración de sus historias, pero no creo que sea un vicio suyo ni un rasgo extemporáneo. Lo raro es renunciar a la primera persona del singular, fingir que son otros ojos los que miran y otra voz la que habla, y quizá eso sí que sea soberbio, adoptar un punto de vista divino y sin mácula. Impostar la voz o doblarse en boca de otros es como acariciar con guantes de fregar, y a mí me gusta que las manos huelan a lo que han tocado, no me fío de quien no quiere manchárselas. Decía que a Jon le reprochan estar demasiado encima de las historias y taparlas con su cuerpo, que se agranda en la pantalla (porque en persona cuesta creer que pueda tapar a nadie), pero en el documental de Antonio desaparece por completo. Ni su voz ni su cara. Es la voz de Antonio la que guía el relato, una voz que se sabe de ultratumba y que celebra su travesura, como el enano que se escondía tras el mago de Oz. Jon sólo aparece al final, en un plano fugaz, entre el público del funeral o como se llame la ceremonia, firme, emocionado. Ya está. Apenas un toque. Consiguió así ser elegante cuando todos apostábamos por que la elegancia iba a ser violada, descuartizada y arrojada a los perros. La segunda cosa que consiguió fue retratar una Zaragoza bella. Mi ciudad, ventosa, arisca, halitósica, cuartelera, asmática y grasienta, parece un lugar cálido y grato donde tumbarse a morir. Antonio recorre el Parque Grande con su silla motorizada, la cámara le sigue y en su recorrido se despliegan colores de primavera, caminos de Swann, cuevas de Besançon, prados de Turner, catedrales de Rouen y tejados de Hopper. Eso no es mi ciudad, la que me pisa y escupe desde las ventanas de aluminio desarrollista. Quizá sea la de Antonio, o la que vio el equipo de Jon. El documental no retrata Zaragoza, sino el Shangri-La en el que decía vivir Antonio. Colocaron una cámara en su córtex, y las sinapsis y neuronas se hicieron edificios y semáforos. La película enseña su cabeza.

Estoy en Shangri-La, Sergio, decía a menudo, y lo decía a todo el mundo. Estoy en Shangri-La, Silvia. Estoy en Shangri-La, Marisol. Estoy en Shangri-La, Jon. Por eso debo finalizar mi vida ahora, porque estoy en Shangri-La. Quién podía suponer que Shangri-La era un parque de la *belle époque* un poco modernista y un poco echado a perder, como el Parque Pignatelli y su tímpano neoclásico en la puerta.



No sufrí la fealdad de Zaragoza hasta que mis padres se divorciaron y tuve que pasar los fines de semana alternos en el piso de mi padre, que alquiló uno interior en la calle Hermanos Pinzón, en el barrio de las Delicias. San José sería bronco y de baldosa rota, pero se abría al páramo del sur y tenía cielo. En las Delicias el cielo era un lujo que se disfrutaba a partir de la planta octava. La calle Hermanos Pinzón era oscura, olía a basura de mercado y tenía un local azul rotulado «Pub» del que salía y entraba gente demasiado mayor para andar frecuentando pubs. Las ventanas del piso de mi padre se asomaban a un patio de luces muy amplio y rectangular que tenía por suelo el techo de una nave. No caminéis por ese techo, nos advirtió a mi hermano y a mí, que es muy frágil y podéis caer al taller, que está lleno de maquinaria y chatarra. De vez en cuando, algún vecino transgredía la norma para recoger unos pantalones que se habían caído, y yo esperaba que el techo crujiere bajo él y desapareciera, pero nunca pasaba nada. El patio era una colmena. Cientos de ventanas donde gente en calzoncillos y camisetas del mundial del ochenta y dos freían pollo y veían teles a un volumen muy alto. Me recordaban a los peces que pescábamos en el puerto de Gandía cuando era pequeño y mi padre se empeñó en enseñarme a hacer algo con las manos. Porque siempre le había preocupado mi psicomotricidad. Este niño es muy torpe, se le caen las cosas, se tropieza todo el rato, no coordina, no tiene puntería. Me apuntó a fútbol y no metía goles ni acertaba a darle una patada al balón. Me compró una pelota de baloncesto y me obligó a pasar una mañana con él hasta que metiera unas cuantas canastas. Supliqué llorando que me sacaran de allí, y era mi madre quien me cogía de la mano, me secaba las lágrimas y me decía que no me preocupara, que no tenía que volver si no quería. Pescar, quizá, era el último intento de salvarme antes de darme por perdido y dedicarse a mi hermano, que apuntaba maneras mucho más atléticas y viriles. Comprábamos lombrices que insertaba en el anzuelo sin ninguna esperanza de que picara nada. Pero los idiotas de los peces caían. Al final de la velada, media docena boqueaban en el cubo. Coleteaban mientras se asfixiaban y abrían y cerraban las branquias pidiendo que los mataran. Tardaban mucho en morir y sus ojos se parecían a los míos cuando quería dejar de tirar canastas al baloncesto. Quería matarlos, pero no me atrevía ni sabía cómo. Déjalos, procura que no se salgan del cubo, decía mi padre. Así miraba yo por la ventana del piso interior de Hermanos Pinzón, procurando que no se salieran del cubo. Los vecinos boqueaban, agitaban sus colas escamadas y abrían y cerraban las branquias. En San José no pasaba eso, no había cubos. La tristeza tenía otra forma más ventilada, casi rural.

Mi padre salía por las noches a bailar salsa con una asociación de divorciados. Iban a una discoteca de la calle Bretón que, cuando empecé a salir un par de años

después, descubrí que quedaba muy cerca del Ycaro. Tenía un portero con traje y nadie menor de treinta años entraba o salía. Cuando iba al Ycaro, daba un rodeo por la universidad para no pasar por delante de la discoteca. Asteres se dio cuenta. Te da palo cruzarte con tu padre, ¿verdad?, dijo, y señaló la puerta de la discoteca, en la otra acera, de la que salían dos parejas de viejos borrachos, gritando y manoseándose, que pararon un taxi y se montaron en él entre carcajadas. Qué puto asco, tío, dije. Pues tienen la edad de los Led Zeppelin, dijo. Calla, dije, los Zeppelin son elegantes, ¿has visto tú elegancia en eso? Qué tufo, apestaban a pachulí. ¿Lo hueles desde esta acera? Claro, hay olores mentales, dije, huelen a pachulí aunque no se hayan echado pachulí. Tu padre tendrá que follar, dijo. Joder, Asteres, dije, me estás dando la noche. Vámonos al Tres Hombres, que allí sabes estar callado.

Llegaba al piso de Hermanos Pinzón antes que mi padre y, si no daban *Doctor en Alaska* por la tele, me fumaba un par de cigarros en la ventana, a oscuras, para que sólo vieran una brasa moviéndose. Nunca dormían en aquel patio. A cualquier hora que me asomase, había gente viendo la tele, discutiendo, tomando café en tazas grandes junto a un aparato de radio. Una noche sorprendí a una pareja desnuda. No se dieron cuenta de que les observaba. Su piso estaba dos más abajo que el mío, así que no les veía las caras. Dos torsos paseándose por una habitación en la que sólo había una cama. Fumaban, charlaban, él le acariciaba los pechos, ella se la ponía dura con la mano, se colocaba a horcajadas y parecían follar sin interés. Yo, que no había pasado de chuparle los pezones a una chica en el parque, junto a las vías, perdía el instinto de apareamiento. Si aquello era lo que estábamos condenados a perseguir, prefería aguantarme las ganas antes que coletear con las branquias asfixiadas en una habitación con una cama pobre mientras un adolescente contempla mi torso desde su ventana a oscuras.

Qué feas son las Delicias, le decía a Asteres. Echaba de menos San José y sus descampados. No había solares en las Delicias. Para volver a casa pasaba por una comisaría enorme que estaba cerrada por todas partes pero tenía cámaras en las esquinas. Me imaginaba al policía viéndome pasar a través del monitor y riéndose de mi figura. Me imaginaba al Coscurro de uniforme reconociéndome y diciéndole a su compañero: mira, ahí va el melenitas ese de mi pueblo del que te hablé. Vamos a divertirnos un rato con él, coge la porra.

Mis padres son viejos, decía Asteres en el Tres Hombres, pero están ahí. Cuando llegue a casa, mi viejo estará ahí, trasteando con algo, arreglando aparatos, haciendo puzzles. Ahora le ha dado por hacer puzzles de mil piezas, está con uno del lago Lemán, porque curró en Suiza, ya lo sabes, y dice que le recuerda esos años en que conoció a mi madre y tal. Es un puzzle jodido, todo agua, lleva un par de semanas con él y mi madre se cabrea porque ocupa la mesa de la cocina. Estoy seguro de que cuando llegue a casa me lo encontraré riñendo con Ginebra, cagándose en el nacimiento del Ródano. Pero me hace gracia, mi viejo, y me preguntará qué tal me ha ido, y me dirá que no beba tanto, que se me funden las neuronas, y le ayudaré a poner

media docena de piezas antes de irme a la cama. Es agradable, de verdad, Sergio, y lo que te pasa a ti es que tu viejo no hace puzles y se pasa las noches en esa discoteca de la calle Bretón, ¿verdad? El puzle, dije, es el patio interior del piso de mi padre. A mí me matan las Delicias, me deprimen mogollón. ¿Cuánta gente vive allí, toda prieta, toda rozándose?, dije. Escribe un cuento, dijo. Ya lo he escrito, dije, se titula «La mirada de los peces». ¿Tú sabes pescar, Asteres? Ni puta idea, dijo, el que pescaba era mi padre, en el lago Lemán, pero es que no tenía dinero para otra afición, y así fumaba y echaba el domingo. A mí me enseñó mi padre en el Grao de Gandía. Íbamos por la noche y me sentaba en los amarres. Olía a Ducados, mi padre, tenía los dedos amarillos de nicotina y me corregía con ellos cuando metía mal la lombriz en el anzuelo. Todo estaba bien hasta que picaba un pez. No hay que tirar fuerte, o el pez se suelta. Hay que sostener la caña firme, de pie. Yo era muy pequeño y creía que los peces me iban a tirar al agua. Soltaba hilo y recogía, soltaba hilo y recogía, hasta que conseguía levantar la caña, tan flexible y curva, y recogía el sedal. Mi padre aplaudía con el cigarro en la boca y desenganchaba el pez y lo echaba al cubo, y mientras cebaba el anzuelo para volver a lanzarlo, lo veía morir. Ya, dijo Asteres, y por eso tenemos que dar toda la vuelta por la universidad, para no pasar por la puerta de la discoteca. No, por eso no, dije, es porque a mi padre no le gustan los puzles. ¿Y por qué no vais a pescar un finde de éstos?, dijo. ¿No me has escuchado?, dije, porque pescar es una mierda.

No sé si entiendo la muerte de Antonio Aramayona, porque entenderla equivaldría a comprender algo que quizá no pueda comprenderse. Dicen algunos físicos teóricos, como Asteres, que la ciencia puede tener límites. Esas cosas inexplicables de lo cuántico, que una partícula pueda estar y no estar a la vez y otras maravillas que suceden muy dentro del átomo, pueden deberse a un fallo de observación. No a que miremos mal, sino a que no tenemos capacidad para mirar de otra forma. Por mucha tecnología y matemática que usemos para auparnos sobre nuestros pies, contemplamos el universo con dos ojos que se deterioran si miran mucho, y lo hacemos encaramados a una roca diminuta que da vueltas en torno a una estrella periférica de una galaxia rodeada de miles de otras galaxias. Quizá ya hemos visto suficiente desde nuestro limitadísimo punto de vista. Todas esas rarezas cuánticas tal vez se deban a que no llegamos a más. En la metafísica, la muerte puede ser también un límite del conocimiento. El simple hecho de estar vivos nos incapacita para comprenderla. La genética dice que sólo somos recipientes de genes inmortales, pero no tiene ningún sentido que la vasija sea consciente y pueda pensar sobre su propia mortalidad mientras los genes contenidos en ella saltan de útero en útero, mutando y evolucionando, sin escribir nunca un libro ni componer una canción. Que la caducidad y la trascendencia estén en el continente y no en el contenido destruye la lógica de una especie que embotella vinos.

Como la vasija caduca que soy, sí comprendo la pulsión destructiva de Antonio. Entre vasijas nos entendemos. Yo también quiero una muerte así. Lo sabía, dijo mi madre cuando se lo conté, ya sabía que me ibas a venir con esto. Cris tampoco quiere que me extienda mucho. Ya lo saben, mejor darlo por entendido, como hacen las buenas familias. Como hablo entre bromas, se me tolera el discurso, pero en cuanto el otro siente que hablo en serio pese al sarcasmo, o precisamente por él, no quiere seguir la conversación. Quitá, bicho, no digas esas cosas tan feas.

Cuando trabajé de periodista me enseñaron a no hablar de suicidios porque animaba a muchos a tirarse por los puentes. Efecto contagio. Demostrado, decían. Unos años y varias lecturas después, sigo sin tenerlo claro. Nadie lo tiene, el suicidio se escurre de las manos de los estudiosos. ¿Por qué leer sobre un suicidio iba a animar a otro a cortarse sus venas? Parece el argumento de una película de John Carpenter: *El virus de los suicidas*. Si ves a alguien suicidarse, el virus salta y te suicida a ti. Creo que la hipótesis tiene algo de exculpatorio, como si el suicida no tuviera ninguna responsabilidad sobre su muerte, como si no fuera el acto supremo de libertad.

Hay una envidia del suicida, como se envidia al que se despide de un trabajo odioso haciendo un corte de mangas al jefe. No se le perdona que tome la última

palabra y niegue al mundo el derecho a réplica. Es lo que siempre admiré de Antonio, que hiciese lo que le daba la gana. Por eso me gustaba más de cerca que de lejos. Por eso le prefería en el aula antes que en la calle, en el café antes que en la tribuna, en la conversación antes que en los libros. Me gustaba donde me podía dar ejemplo y no donde quería darnos ejemplo. Donde se dan los abrazos y no caben los aplausos.

Se vestía de baturra cada 12 de octubre y yo me burlaba. No, chica, si te respeto, pero respétame tú a mí, le decía, que voy vestido de mi tierra, con la chupa y las botas, esto también es folclore, cultura popular, a ver por qué no puedo ir yo así vestido a dejarle flores a la virgen. Cada día del Pilar, miles y miles de personas llevan ramos a la patrona, formando un manto de quince o veinte metros de flores que se pudren al cierzo. En serio, ¿por qué vas? Porque me da la gana, decía, porque va todo el pueblo de mi padre, porque me veo guapa. Pero si ya eres guapísima, y como más guapa estás es cuando. Calla, decía, por ahí no, calla. Y yo callaba, divertido e intrigado. Allí iban las amigas, cada vez más feministas, cada vez más comprometidas, más okupas, más concienciadas de la necesidad absoluta de una castración química universal, con el moño apretado, el ramo en la mano y uno de esos trajes complejos, llenos de cordeles, botones, cintas y vuelos, que costaba dos horas poner y medio sueldo comprar. Los que se lo compraban, porque Andrea llevaba uno de su abuela, arreglado, ajustado y actualizado, pero con el mismo aroma de alcanfor que salía de los baúles de aquel caserón del Pirineo del que sus ancestros bajaron a la ciudad y que ahora es un hotel o un camping o unos apartamentos o algo que ya no recuerda a la abuela, que ni siquiera legó a sus hijos esas palabras montañesas, ese idioma de rescoldos que se apagaron a pisotones. Pero la abuela vive un poco cada 12 de octubre. Eso es lo que no entiendes, me decía, que salgo por mi abuela, que todas salimos por nuestras abuelas. Bajaban las cuevas de San José, que a esas horas huelen a dos cervezas, la de la fábrica que ese día no trabaja, y la derramada durante la noche y que llevábamos pegada a las botas y al jersey y al pelo sucio y hasta a las lentillas, adheridas a los ojos, reseca y roja tras tantas horas de humo y bares. La noche del 11 al 12 de octubre era una de las pocas en que veíamos amanecer. Toda la ciudad salía. Sólo los más tristes y los más locos se quedaban en casa. O los más devotos, los que querían dar lo mejor de sí mismos en la ofrenda y no querían ser sorprendidos en delito flagrante de resaca. Y Andrea, que tampoco salía porque madrugaba mucho para atar lazos, abrochar botones y apretar un poco más el moño sobre el cuero cabelludo.

Mauri y yo acabábamos en su portal, con la borrachera ya despejada, porque el dinero se nos agotaba a las cuatro de la mañana, y a las siete buscábamos a algún conocido que nos prestase cuarenta duros para unos churros antes de ir a la cama. Nos tumbábamos en el banco de la acera de enfrente. Hay luz en su cuarto, decía yo, pronto bajará. Qué coñazo, decía Mauri, ¿tú crees que así te la vas a follar? Ni le contestaba. En esos momentos era más agradable la compañía de Asteres, pero Asteres no quería tumbarse conmigo en ese banco. Ni siquiera se lo contaba, sabía que se mofaría de mí. O, peor, que me tomaría en serio y me hablaría de acosos, de

obsesiones indecentes, de enfermedades mentales e, incluso, de una falta completa de elegancia, que era el reproche más grave que podía salir de él. Deja a la chica en paz, me diría, con toda la razón. Por eso no iba con Asteres, para no darle esa razón que casi siempre tenía. Escogía a Mauri, al loco Mauri, nuestro boxeador tronado, dócil y rabioso a la vez, indiferente a cualquier amoralidad siempre que hubiese cerveza y hachís para todos. Venga, hazte uno mientras esperamos, le dije, y se puso a liar con diligencia y maestría. Si hacer porros fuera un oficio o un arte, pensaba, Mauri sería una especie de Paco de Lucía o de Glenn Gould, con esos dedos tan gruesos que se volvían elásticos y cartománticos en cuanto sacaba el librito y la piedra. Cada canuto, una variación Goldberg.

Se apagó la luz de su cuarto. Ya baja, tío, esconde eso, por si va con su madre. Pero no hizo falta, porque salió sola. No le sorprendió vernos. Tíos, llevo una hora oyéndoos berrear, dijo, ya os vale. Y, mirándome a mí: mi madre te ha visto, y mira que mi madre cree que eres un chico majo. Lo que soy, dije. Pues no le hagas pensar otra cosa, dijo, que te quiere de novio para mí. Mira, dije, tu madre es una mujer muy sabia que sabe lo que te conviene. Mauri me pasó el porro y se inclinó hacia mi oído, susurrando: ¿ves por qué no te la vas a follar nunca? A lo mejor puedes probar con la madre, ¿está buena? Le aparté de un empujón y me puse al lado de Andrea, que me cogió del brazo. Mauri nos siguió unos pasos por detrás, no sé si por un instinto caballeroso o porque ya no sabía con quién estaba ni hacia dónde íbamos. Podrías haberte venido con nosotros, dije. Esta noche, no, dijo, ya sé que no lo entiendes, pero esto no va de religiones ni de vírgenes ni de nada. Va de tu abuela, dije. Tampoco del todo, dijo. Pues entonces, no sé. Se paró en la esquina de San José y Tenor fleta. Mauri se había quedado dos manzanas más atrás, zigzagueaba, tal vez se durmiese en un portal, ya no le interesábamos. Andrea me miró con largura y me acarició la cara. Ay, Sergio, dijo, no te puedo abrazar porque me he pasado dos horas poniéndome este puto vestido, pero no sé qué hacer contigo. ¿Qué quieres decir?, dije. No tienes que hacer nada. No lo entiendes, ¿verdad?, dijo. No, Andrea, la verdad es que no. Me acarició la cara con suavidad, esa mano que siempre estaba fría, el pulgar dibujando círculos en mi mejilla. Yo tampoco, Sergio, yo tampoco entiendo nada. Y estoy muy cansada de no entender nada. Pero me he levantado a las cinco, me he puesto esto, he preparado las flores y de pronto todo parece que está bien. Qué quieres que te diga, que no sirvo para nada, que rompería el espejo cada mañana por no verme, que me clavaría los cristales y me los comería, pero hoy no, hoy todo está bien, estás bien tú, que apestas a todo, no sabes lo mal que hueles, me vas a pegar el tufo y se van a secar las flores, está bien la calle, está bien el charco ese, todos esos que vuelven a casa, esta luz de farola, todo, todo, todo me parece bien. No lo entiendo, pero está bien. Y tú, Sergio, tú no tienes esto. No entiendes, nadie entiende, pero no tienes esto, no encuentras un día en que todo está bien, nada molesta, nada sobra, ¿sabes?

Y no lo sabía. Me costó muchos años saberlo. Creo que empiezo a sentirlo ahora,

en este instante, mientras escribo, cuando Andrea ya sólo es un recuerdo, una búsqueda en Google las tardes en que me pregunto qué fue de su vida, un tropiezo entre papeles viejos, un nombre conocido, un salón de actos de instituto o un profesor que decide matarse. Todo está bien, nada molesta, nada sobra.



Uno de esos sábados en que Cris trabaja llevo a Daniel al Parque Blanco. Llegamos al fondo, a los columpios que están junto a la torre de los italianos y la calle donde vivía Antonio. Me siento en el banco donde charlé con él por última vez y dejo que mi hijo corra con su bici y se suba al tobogán. Me gusta hacerme a un lado y fingir que no estoy, sus cuatro años autónomos e intuitivos. Pronto hace dos amigas. Se sienta con ellas a jugar con la tierra, tienen cubos y palas. Son un poco mayores que él y le ayudan con amabilidad a excavar y a levantar castillos. Da las gracias, pero también incordia. Se ha olvidado de mí, ni siquiera sabe en qué parte del parque me encuentro. Si me levantara y me marchase, tardaría mucho en notar mi ausencia. Me siento un poco divino, demiúrgico, tutelándole desde otra dimensión cuya existencia puede negarse. Mi hijo me ha eliminado de su vida, pero sólo en el espacio que forman los columpios. Allí no tengo sentido, y me gusta esa invisibilidad, que es una forma de ensayar la muerte. Sé que me matará muchas veces, y quiero disfrutar de estas primeras muertes indoloras, antes de que use armas blancas y munición adolescente, antes de que meta un par de libros en una mochila y dé un portazo con la intención de coger el primer tren a Madrid.

Daniel ensaya una libertad sin pescados que coletean y se asfixian en un cubo. No sé si los padres y los maestros enseñan cosas o delimitan un mundo en el que los hijos y los alumnos puedan aprenderlas por sí mismos. Me gusta pensar lo segundo porque no soporto la mirada de los peces, aunque no estoy dispuesto a dejar que la intemperie erosione y endurezca a mi hijo si puedo protegerlo con mi cuerpo enorme. De momento es fácil, sólo tengo que sentarme en un banco y verle jugar con la arena hasta que se haga de noche y le invoque con su nombre, aunque en realidad me estaré invocando a mí mismo, haciéndome presente en ese mundo donde no tengo sentido, pero llegarán Andreas y Róberes y Astereses. Llegará un concierto de Barricada y un Coscurro que le querrá quemar el pelo. Tendrá que pasar más de una noche agazapado en unas ruinas árabes, y yo no estaré en este banco al sol de invierno ni tendré palabras ni caricias ni seré otra cosa que un viejo incapaz. Me gustaría que encontrase entonces a un Antonio Aramayona pulsando botones de Adolf Hitler en alguna de las aulas donde se aburrirá. Alguien que le dé cinco mil pesetas en un sobre y le enseñe que puede cortar el mundo a machetazos de Olivetti si es eso lo que le salva de la niebla de los descampados y de las banderas quemadas. Alguien que se deje romper, empequeñecer, ridiculizar, que se arrugue con los años y se muera hecho una madeja de contradicciones y paradojas, encogido de hombros, con la *Sexta* de Beethoven en los altavoces del ordenador. Alguien que no sea yo, porque a mí me importa demasiado y no sabré dejarle adquirir esa segunda naturaleza que le separará para siempre de mí y le transformará en otro, casi extraño, incomprendible,

alienígena, persona.

Alguien que no tenga que decir nunca: Daniel, es tarde, vámonos a casa.

# GRACIAS

La mirada de estos peces es la de su autor, y todas las distorsiones, ficciones, omisiones, hipérboles y delirios se deben a su profunda miopía y astigmatismo, a las dos lesiones de las córneas, a la ausencia de tercera dimensión y de visión lateral, a la práctica ceguera del ojo derecho, al cansancio y a la conjuntivitis, pero hay un puñado de personas que han influido, tal vez inconscientemente (sin duda, inconscientemente), en que estos ojos miren como han mirado en estas páginas. De más está aclarar que cada recuerdo es una ficción y que cada ficción se transforma en recuerdo. Ahí van los nombres de algunas de esas personas, con mi gratitud.

Javier Aramayona, que habló sin miedo, aunque al principio se nos cayeron las pintas de cerveza al suelo, aquella tarde en Madrid.

Silvia Miró, a quien siempre dejo a deber tanto y no viene a cobrárselo.

Paula Ortiz, lenta, musical, entusiasta, en cuyas películas veo algo que tiene que ver con algunas palabras de estos cuadernos.

Eduarne Portela, que me enseñó en su libro *El eco de los disparos* y en su conversación inteligente y serena que el relato generacional nunca está en los blancos ni en los negros, sino en esa maraña inmensa de grises donde todos somos culpables e inocentes a la vez.

Jon Sistiaga, que en la sangre lleva leucocitos, plaquetas, glóbulos rojos y plasma, además de periodismo.

Pedro del Molino, cuya mirada sobre el barrio se cruza con la mía, para chocar, empastarse, contradecirse, discutir, asentir y confundirse sin que nadie sepa decir si mira él o miro yo.

Y algunas lecturas de Albert Camus, Rüdiger Safranski, Friedrich Nietzsche, Ramón Andrés, Al Álvarez, Steven Pinker y Pierre Bourdieu, entre otras muchas que aletean por aquí y por allá y cuyos libros se han ido amontonando junto a estos cuadernos.

Y algunos nombres que han influido en la forma final de este libro, pero de forma radicalmente consciente.

Claudio López de Lamadrid y todo el equipo de Penguin Random House en España.

Ella Sher.

Pilar Álvarez.

Cristina Delgado.